

PAVIA

—
LAS

ESPACUMBAS

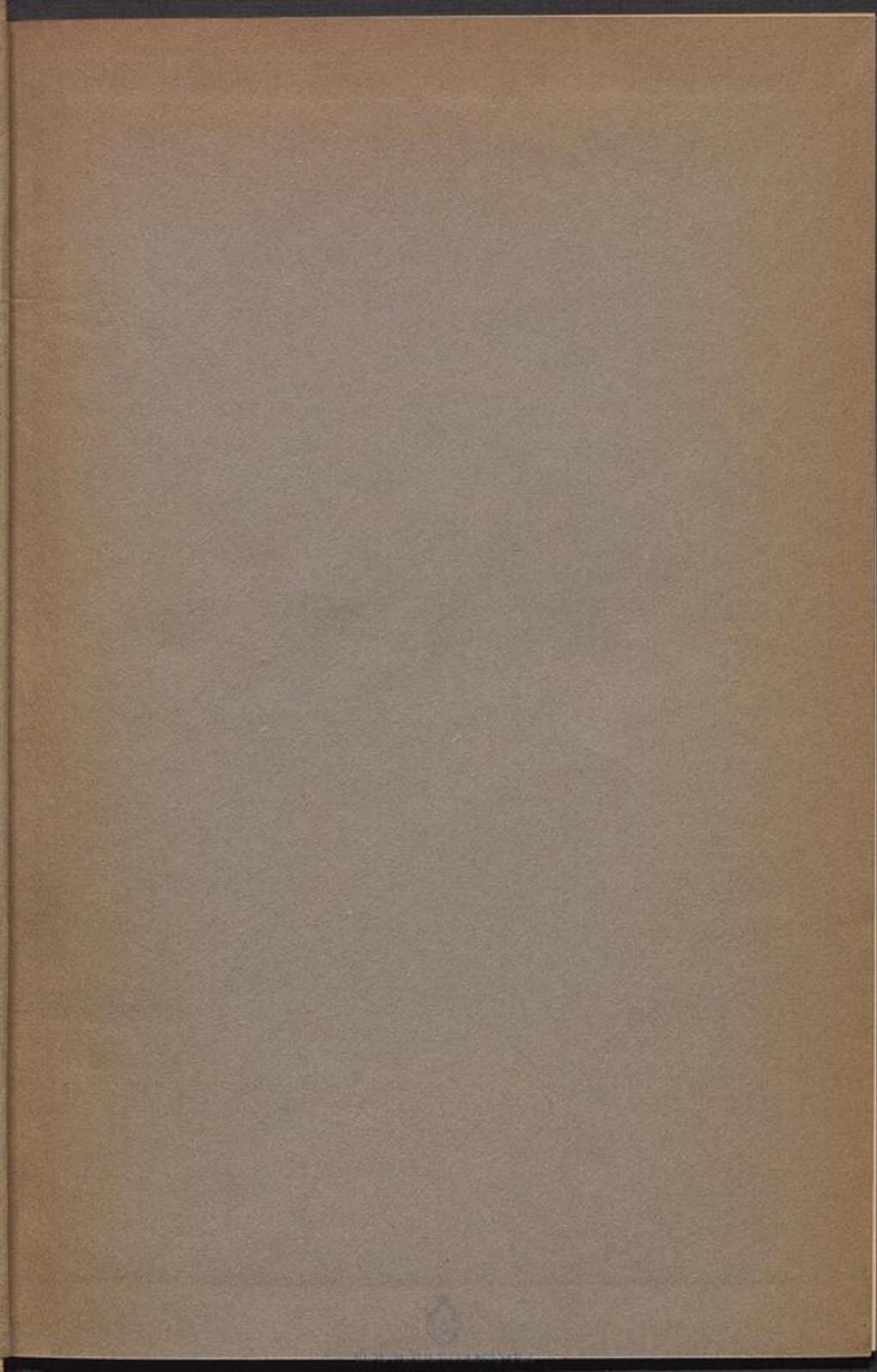
DE

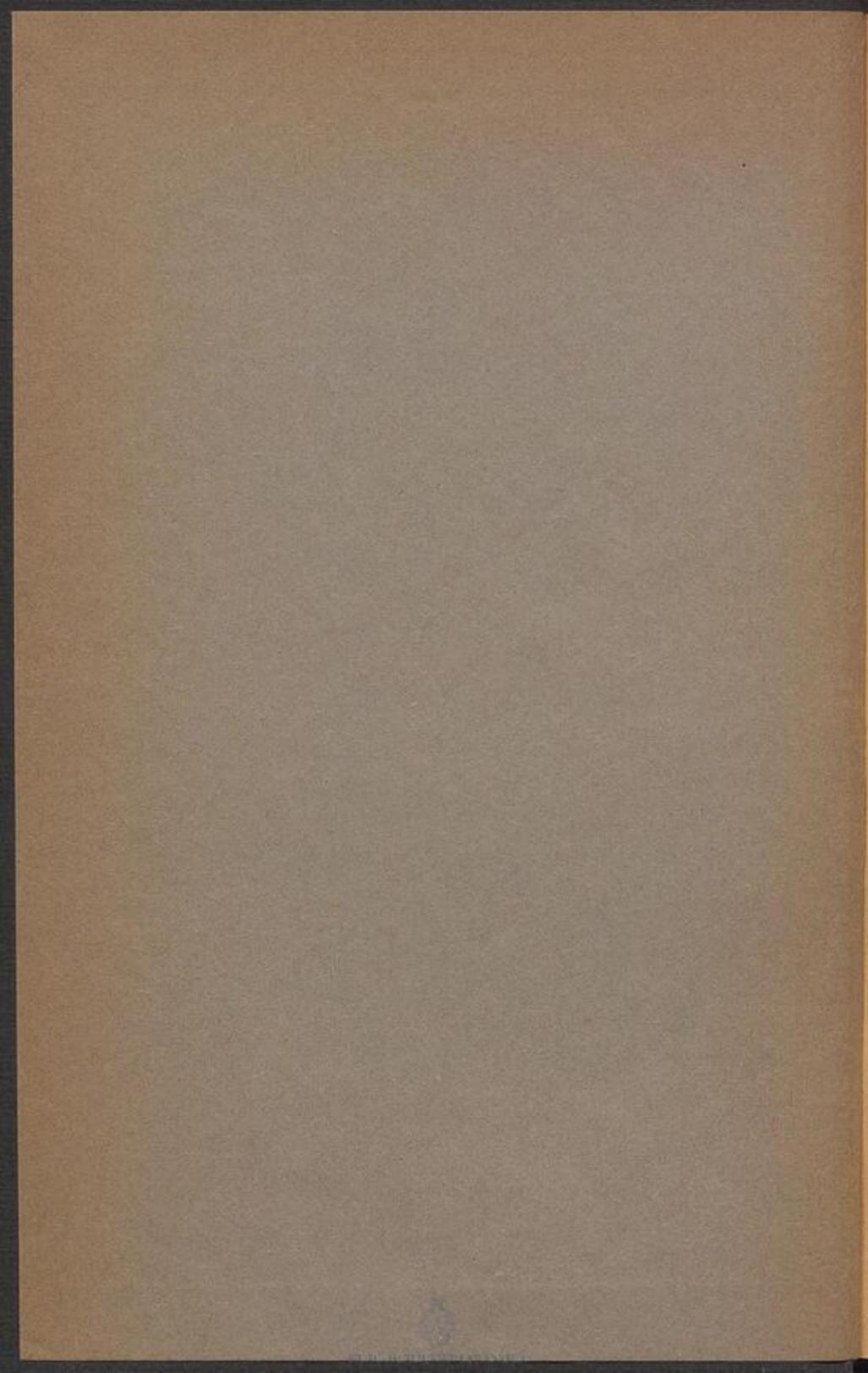
ROMA

1
—
VH

58

J-VII-58





At la Real Academia
Española

El autor

Mayo 1895.

LAS CATACUMBAS

DE

ROMA







ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE CUBA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



LAS CATACUMBAS DE ROMA

POR JOAQUIN PAVIA



Bajo-relieve de Aniceto Marinas.

FOTOGRAFIA DE HAUSER Y MENET.—MADRID

PRIMERA VISITA DE PIO IX Á LA CRIPTA DE LOS PAPAS EN LA CATACUMBA DE SAN CALIXTO



LAS CATACUMBAS DE ROMA

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS POR

JOAQUÍN PAVÍA Y BERMINGHAM

ARQUITECTO

*Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando,
miembro de la Sociedad Francesa de Arqueología, etc.*

SEGUIDAS DE UNA

NOTICIA ACERCA DE LA VIDA Y OBRAS DEL ARQUEÓLOGO ROMANO

JUAN BAUTISTA DE ROSSI

Edición ilustrada con una fototipia.



Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

MADRID

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Juan Bravo, 5. Teléfono 2.198.

MDCCCXCV

LIBRO DE...
MAY 18...

MAY 18...

Esta obra es propiedad del autor, quien ha cedido el importe íntegro de esta edición, sin deducción de gasto alguno, en favor de los **Asilos de Ancianos** que las *Hermanitas de los pobres* sostienen en España.





OBISPADO DE VITORIA

*Como Gobernador eclesiástico de la Diócesis, Sede plena, concedemos la licencia que Ud., á nombre de Don Joaquín Pavía y Bermingham, Arquitecto, vecino de San Sebastián, solicita, para que se pueda imprimir y publicar el manuscrito intitulado **Las Catacumbas de Roma**, toda vez que, según la censura, nada se halla en él que se oponga al dogma Católico, ni á la sana moral; antes al contrario, la fe viva que respira y datos que aporta á la Historia eclesiástica, especialmente á la de los tres primeros siglos, hacen edificante y provechosa la lectura de dicha obra.*

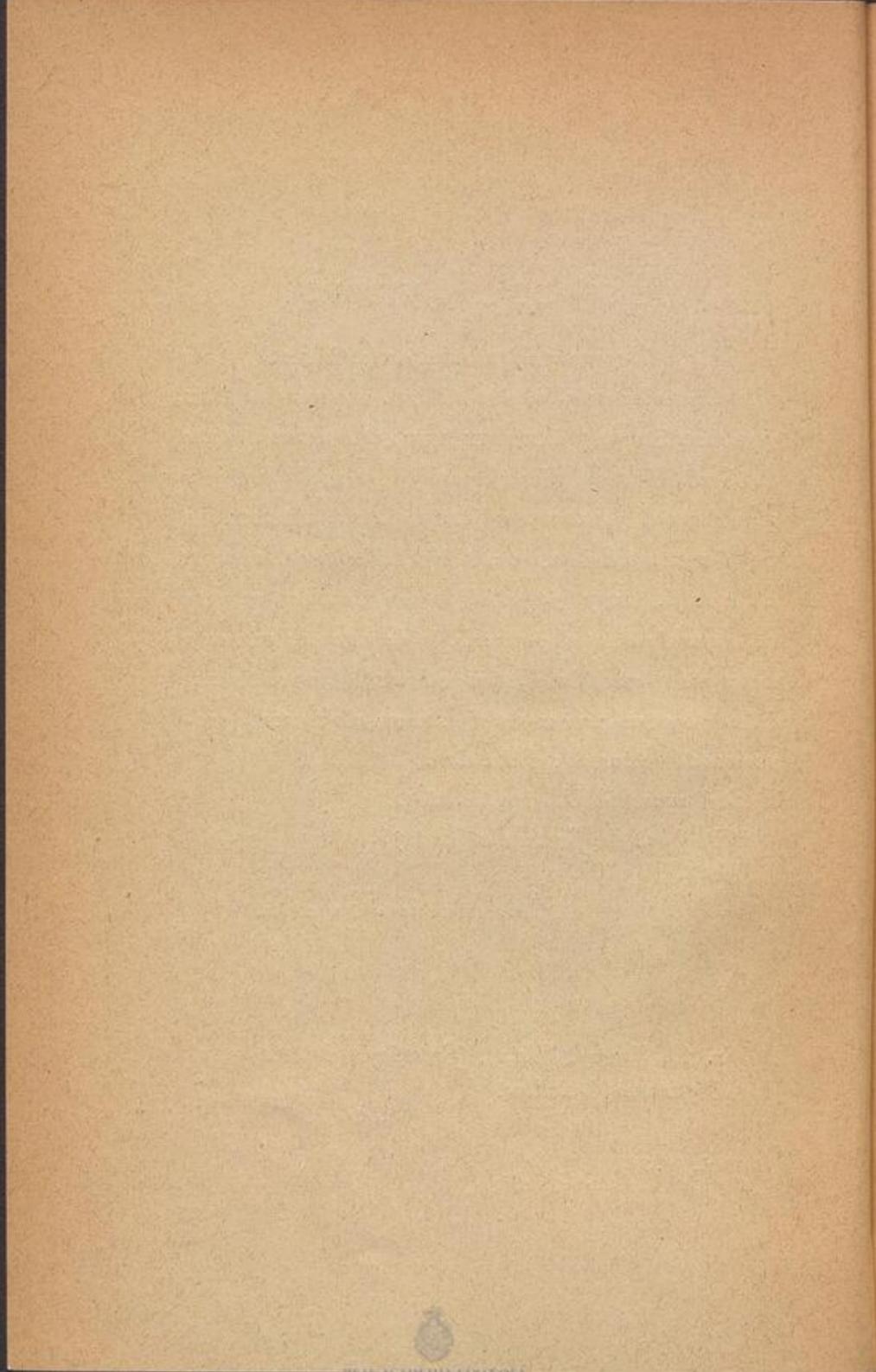
Dios guarde á Ud. muchos años.

Vitoria 12 de Septiembre de 1894.

Dr. Ignacio Hernández.

Sr. D. Joaquín Ustoa, Secretario de estudios de este Seminario Conciliar.

Vitoria.



PRÓLOGO

UANDO España toda se preparaba á realizar la grandiosa manifestación de fe católica, *la Peregrinación de obreros españoles á Roma*, que tanto consuelo había de dar al atribulado corazón del recluso del Vaticano, nuestro amado Pontífice León XIII, pareció oportuno al digno Presidente de la Sociedad *Centro Católico*, de esta capital, el Presbítero D. Jesús María Echeverría, invitar á las personas que por sus aficiones, por sus estudios ó por cualquiera otra circunstancia conocían la historia y los monumentos de la Ciudad Eterna, á dar algunas Conferencias familiares en la cátedra de aquel Centro, que sirvieran para que de una manera sencilla y con menor fatiga se instruyeran los futuros peregrinos, y quedaran en mejores

condiciones de poder apreciar los tesoros de todo género que encierra la Ciudad de los Papas, y sentir los dulces afectos que despiertan la vista de los monumentos regados con la sangre y las lágrimas de los mártires y confesores, la de los templos, testigos de la grandeza del Catolicismo, y de los sacrificios de sus hijos, que hacían un deber de la oración y de la humildad.

Sin duda alguna, el haber residido el autor de estas Conferencias larga temporada en la capital del orbe católico, como pensionado de mérito de la Academia de Bellas Artes que allí tiene España, fué el motivo que impulsó al Sr. Echeverría á solicitar mi cooperación, que, aun cuando harto modesta, me apresuré á prestarle en beneficio de mis paisanos, con quienes me unen además los vínculos de una común creencia y de unos mismos sentimientos de fidelidad al Jefe visible de la Iglesia de Cristo.

Como sucede á menudo en casos semejantes, el plan que me propuse para llevar á cabo mi cometido distó mucho de ser el que llegué á realizar. Hubiera deseado desarrollar en tres Conferencias sucesivas, valiéndome del examen de los monumentos que los futuros peregrinos habían de visitar durante su estancia en Roma, estos tres temas interesantes: los primeros tiempos de

la Iglesia cristiana; la sociedad pagana, con la cual luchó durante tres siglos; el triunfo del Catolicismo y la misión providencial de los romanos Pontífices: con tal objeto compuse mi primera Conferencia, pero, contra lo que se podía esperar, dada la poca afición que en nuestro país despiertan, en general, los estudios arqueológicos y la índole del auditorio á quien aquélla iba dirigida, el asunto despertó marcado interés y se me hicieron repetidas indicaciones para que diera más desarrollo al tema elegido, ahondando en la materia con la narración de los sucesos más ó menos ligados, en el transecurso de los siglos, á las veneradas Catacumbas cristianas. Á tales indicaciones respondieron las otras dos Conferencias que pronuncié, en las cuales, de una manera harto sucinta, procuré reasumir, tomándolos de la historia de la Iglesia, cuantos sucesos de algún interés hacían referencia ó estaban más ó menos relacionados con los cementerios ó hipogeos cristianos de Roma. No decreció en estas dos últimas Conferencias el interés que despertó la primera, y la atención que me dispensó el público, que me honró con su asistencia, compensóme con creces el trabajo de componerlas y pronunciarlas.

Sin embargo, jamás cruzó por mi mente la idea de

publicar estas Conferencias, escritas á vuela pluma, sin pretensión alguna, y en las cuales lo bueno que pudiera encontrarse es seguro está espigado en campo ajeno; así es que por mucho tiempo no presté oídos á los consejos que en tal sentido se me daban por amigos, á quienes el cariño era venda que les impedía ver los defectos de que las mismas adolecen, y de que mal podían presentarse al público ataviadas con ropaje literario, cuando su autor, ni por su profesión, ni por sus estudios, ni por sus aptitudes podía alardear, no ya de bueno, ni tan siquiera de mediano escritor. Pero hubo de hacerme desistir de mi actitud el juicio benévolo que mi escrito mereció á una docta persona que en su sagrado ministerio, no obstante su elevada dignidad, se dedica á la enseñanza superior de la juventud: desvaneció este benévolo censor los escrúpulos que me asaltaban respecto á la pequeñez de mi trabajo, comparado con el de tantas obras maestras como sobre este asunto han brotado de plumas extranjeras; hizome notar que mi modesta obra, exenta de pretensiones, podía despertar el deseo de acometer empresa semejante á alguno de tantos brillantes escritores católicos como abundan, para bien de nuestra Santa Madre la Iglesia de Cristo y honra de nuestra patria; que en el ínterin

cumpliría una misión, no por modesta menos interesante, la de poner en manos de las personas que no pueden por sus estudios ni por sus obligaciones dedicarse á estudios profundos sobre la materia, y en especial de la juventud escolar de nuestros Seminarios Conciliares, un Manualito que les instruyera respecto á los hipogeos cristianos de Roma, á ciertas particularidades de la historia de la Iglesia en los tres primeros siglos, y al desarrollo y alcance que la nueva ciencia de Arqueología cristiana ha alcanzado en nuestros días para gloria del Catolicismo, gracias á los esfuerzos de los dos grandes Pontífices Pío IX, de imperecedera memoria, y León XIII, que hoy día reina en el orbe católico.

Decidido, pues, á dar á la estampa lo que no es más que un sencillo ensayo arqueológico, por un momento pensé en refundir completamente las Conferencias, dando á la obra otra forma más en consonancia con el nuevo fin que me proponía; pero aparte del cúmulo de trabajo que semejante propósito representaba, y que en el estado de salud en que por entonces me encontraba no era fácil acometiera, hízome desistir de tal propósito la consideración de cuán á menudo buscamos en lo *mejor* la excusa de nuestra pereza; limitándome por lo

mismo á revisar las Conferencias que hoy publico, disponiendo al final del libro un índice, que, si bien extenso, quizás en demasía, obedece á la idea de poder hallar con facilidad en el cuerpo de la obra, cualesquiera de los puntos que en ella se tratan, sin necesidad de leer en la misma más que lo meramente indispensable, y poder abarcar fácilmente de una ojeada el conjunto de la doctrina que contiene; ya que, sin este auxiliar, la forma de conferencia no es la que más se presta á consultar con fruto un escrito, antes ó después de leído.

En el lapso de tiempo que ha mediado desde que se pronunciaron estas Conferencias hasta que se dieron á la prensa, Dios llamó á su seno al hombre extraordinario que adivinó la mente sagaz de Pío IX, el notable sabio y ferviente católico Juan Bautista de Rossi, tan respetado y querido por todos los sabios de las naciones más adelantadas, tan protegido y honrado de Pío IX y León XIII. Las revistas y periódicos de los países cultos se apresuraron, á raíz de este suceso, á hacer la biografía del Prefecto del Museo Cristiano del Vaticano, y no han sido escasos en número los libros que se han publicado, en varios idiomas, acerca de sus obras y de la marcha que imprimió al estudio de la

Arqueología cristiana. No creo que en España se haya escrito nada respecto al particular (al menos no he tenido ocasión de verlo); unido esto á la consideración de que en un libro que se ocupa de los descubrimientos realizados en las Catacumbas, durante los pontificados de Pío IX y León XIII, hubiera sido imperdonable no dedicar algún recuerdo á la memoria de Rossi, me animó á esbozar una reseña biográfica de este insigne sabio, que á la par serviría para dar á conocer algunas particularidades y detalles, no exentos de interés, relativos á la vida y movimiento intelectual de la capital del orbe católico durante la segunda mitad del siglo actual. Y en esto no he hecho más que guiarme de los consejos de persona que, por sus conocimientos y posición social, se hallaba en condiciones de poder apreciar, mejor que otra alguna, la oportunidad del Apéndice que he añadido á mi obra.

Bien se me alcanza que, bajo cualquier punto de vista que se considere, el complemento necesario de una obra de esta índole hubieran sido las láminas referentes á los diversos extremos que abarca el asunto de aquélla. Por desgracia, en nuestra patria, harto empobrecida, son escasísimas las publicaciones de la índole de ésta que se pueden permitir semejante lujo,

cuando no cuentan con subvención alguna; el precio de venta, que forzosamente habría que asignarles, imposibilitaría el que pudieran ser adquiridas por las personas que pueden sacar de ellas mayor fruto. Por eso he tenido que limitarme, bien contra mi deseo, á no ilustrar este ensayo sino con una sola fototipia, la del bajo relieve ejecutado por el laureado escultor D. Aniceto Marinas, que representó en él, con feliz inspiración, la escena culminante de la vida de Rossi: la visita del inmortal Pío IX á la cripta de los Pontífices del siglo III. De esta obra de arte, como se verá, se habla con extensión en el Apéndice, y entonces se comprenderá la razón que me ha movido á incluirla al frente de este libro.

Hijo sumiso de la Iglesia Católica, por la misericordia de Dios, no podía atreverme á dar á la prensa una obra que forzosamente ha de rozarse y tratar de verdades de que aquélla es maestra y depositaria, sin pedir la licencia necesaria á quien únicamente puede concederla, y es gran consuelo para mí, y honra inestimable, poder copiarla como introducción á estas Conferencias.

Libro que se ocupa tan principalmente de los primitivos cristianos, parecióme que debía salir escudado por la caridad que de manera tan heroica practicaron aquellos modestos discípulos de Jesucristo, y lo menos

que podía intentar al publicarlo era que sirviera para enjugar alguna lágrima de nuestros hermanos, de aquellos que un día podrán presentar ante el trono del Eterno, como mérito de inestimable precio, la pobreza llevada con resignación cristiana en espíritu de penitencia; las *Hermanitas de los Pobres* tuvieron la bondad de aceptar este modesto óbolo en favor de los infelices ancianos que encuentran alivio á sus males, consuelo á sus aflicciones en los Asilos que en España sostienen aquellas piadosas mujeres, honra de su sexo, y á ellas seré deudor de que hasta el término de esta obra haya sido fiel al fin que me propuse desde el día que la comencé: *la mayor gloria de Dios*.

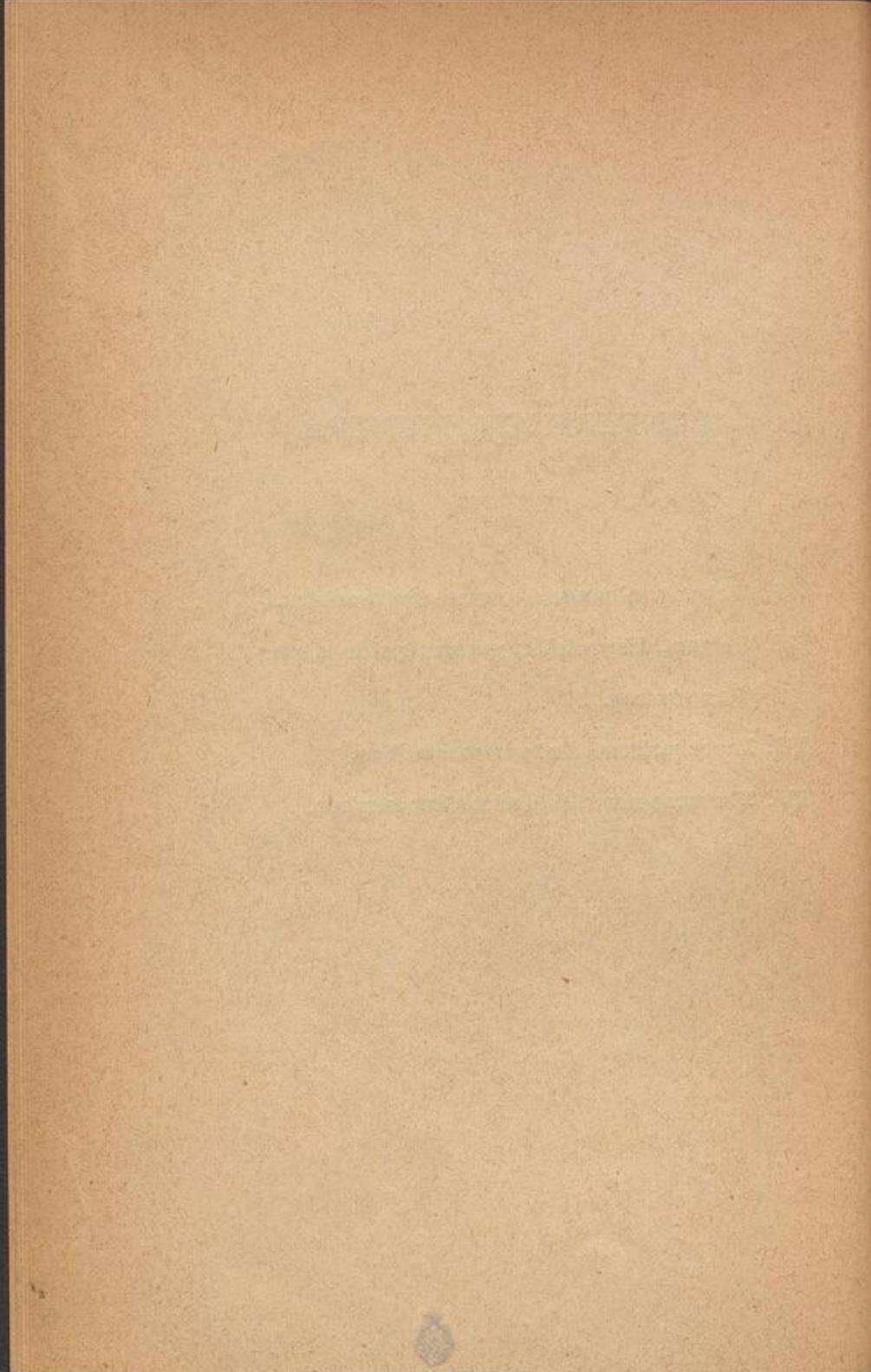
San Sebastian, 1894.





CONFERENCIA PRIMERA

- I. Objeto y alcance de estas conferencias.
- II. Origen, disposición y descripción de las Catacumbas.
- III. Inscripciones de las Catacumbas.
- IV. Pinturas murales de las Catacumbas.



SEÑORES:

a atenta invitación del digno Presidente de este Centro, y las indicaciones que desde este sitio se hicieron por persona que, por su sagrado ministerio, podía y debía recordarnos el deber que tenemos, todos los que nos preciamos de católicos, de defender y difundir la verdad cristiana dentro de la esfera de individual acción de cada uno, en la medida de los pocos ó muchos conocimientos que posea, son los motivos que me han obligado á aceptar el honroso encargo de daros hoy una conferencia, y en ellos únicamente puedo fundarme para pedir os previamente vuestra indulgencia. Y á fe que si no estuviera seguro de contar con ella,

fuera grave atrevimiento por mi parte ocupar este asiento, que anteriormente tanto han honrado los señores que me han precedido en estas conferencias: ellos, con su vastísima erudición, su claro talento, su fácil y elegante dicción, y demás dotes que á Dios plugo concederles para bien de las doctrinas que sustentan, han cautivado vuestra atención ilustrando vuestra inteligencia, á la par que despertaban en vuestro corazón los más acendrados sentimientos de adhesión á la sacrosanta religión de nuestros mayores. No puedo, por mi desgracia, alardear de poseer tales condiciones, y por otra parte, la clase de estudios á que he debido dedicarme por razón de mi profesión, no son en general los más á propósito para despertar el interés de los oyentes; pero dispuesto siempre, cual hijo sumiso, á prestar la ayuda de mis débiles fuerzas y escasas facultades á la defensa de las verdades de que nuestra Santa Madre la Iglesia católica es guarda y depositaria, he debido elegir para mi conferencia un tema tan interesante, tan caro á nuestras creencias, que me hiciera acreedor á ser perdonado en la empresa que aco-

meto, la cual, repito, es harto superior á mis fuerzas.

Cuando nuestro espíritu descansa algún momento en el áspero camino de esta vida terrenal, y, cual fatigado viajero que al pararse breves instantes á tomar aliento, dirige sus ojos al trayecto recorrido, complaciéndose en mirar los sitios que deja atrás, recordamos los albores de nuestra existencia, aquella edad feliz de nuestra infancia, en la cual nuestras cristianas madres nos enseñaron á reverenciar el nombre de Dios, á bendecir el de su Santísima Madre la Virgen María, á dirigir al Eterno nuestras primeras plegarias y á someter nuestras acciones á la santa Ley contenida en los preceptos del Decálogo, vemos, en aquel mundo de ideas y sentimientos que entonces conmenzaban á surgir en nuestras inteligencias y conmover nuestros corazones, aparecer dos recuerdos que siempre van unidos cual el refulgente brillante y el oro que lo engarza, los *Mártires*, las *Catacumbas*, los humildes héroes que hicieron sacrificio de su vida siguiendo el ejemplo de su divino

Maestro el Redentor de la humanidad, y el teatro de sus glorias, el templo de sus oraciones, el lugar donde sus restos mortales reposaron después de sus victorias.

La penumbra en que aparecen estos dos recuerdos de nuestra infancia desaparece paulatinamente con la edad; y en nuestra adolescencia, ¿quién no ha tenido ocasión y cuidado de devorar, que no de leer, con creciente interés las inimitables páginas de *Fabiola*, de esa obra en la cual el ilustre Purpurado ha conseguido aunar en apretado haz la más pura unción religiosa, la erudición profunda exenta de efectación, y las galas de una narración conmovedora?

Y es en vano que más tarde, en el torbellino del mundo, los vientos de incredulidad, la voz de las pasiones ó los respetos humanos traten de debilitar en nuestra mente la refulgente aureola que rodea á los mártires, y el respeto que nos inspiran las sagradas Catacumbas; que si la mano que grabó tales ideas en nuestra inteligencia, tales sentimientos en nuestro cora-

zón, podía parecer débil, su marca permanecerá indeleble, como que aquélla era guiada y sostenida por fuerzas sobrehumanas, la fe, que conmueve los montes, la divina caridad, que se refleja mejor que en ningún otro afecto terreno en el *amor maternal*.

Cuando en nuestra edad madura, formada ya nuestra inteligencia, hemos visto á protestantes y racionalistas, en su afán de atacar al Catolicismo y de dudar de todas las glorias de la humanidad, poner en tela de juicio la verdad de las *Actas de los Mártires* y la autenticidad de las Catacumbas, ¡con qué afán, con qué anhelo y alegría hemos leído la refutación de tales errores y calumnias en las brillantes apologías de los escritores católicos, que tanto han abundado en nuestros tiempos, para consuelo de los creyentes!

Sin embargo, pocos católicos, en razón á sus estudios y aficiones, han podido presenciar y darse cuenta de la vergonzosa derrota que el racionalismo ha experimentado en el último baluarte donde intentaba defenderse, la *ciencia ar-*

queológica. Reservado estaba al inmortal Pío IX dar este golpe de gracia al error y la calumnia, y al crear la «Comisión de Arqueología cristiana», y al ayudar y bendecir los notables trabajos del Comendador Rossi, sabio arqueólogo de renombre universal é infatigable continuador de las exploraciones y estudios sobre las Catacumbas de Roma, de su maestro el erudito jesuíta P. Marchi, el bondadoso Pontífice, émulo del Papa español San Dámaso, en su amor á los mártires, descubría sus Catacumbas y mostraba á los enemigos del Catolicismo, como dice un profundo pensador contemporáneo ¹, los lugares donde «la teología va leyendo, como en un catecismo auténtico, la historia de los dogmas; la poesía halla escrito el himno permanente de la oración; la cronología encuentra fechas precisas y datos irrefragables; la historia descubre el manantial más limpio y abundante; la crítica y la ciencia lapidaria reconocen su escuela y su archivo, y las artes ostentan su más preciado tesoro;» y aquellos á quienes los azares de la

¹ SEVERO CATALINA.—*Roma*.

vida han permitido realizar uno de los más fervientes deseos de todo católico, visitar á Roma y orar en sus Catacumbas sobre la tierra santificada por los mártires y los confesores, dedicarán un recuerdo de agradecimiento al Pontífice amante de la verdad y la ciencia, gracias á cuya iniciativa y munificencia los nuevos peregrinos del siglo XIX, al abandonar aquellos sitios venerados y salir á la luz del día podrán exclamar: «Verdaderamente he visitado el solar de mi familia; verdaderamente he visto las raíces del árbol á cuya sombra tan sólo es grande, y culta, y feliz la humanidad.»

El que en este momento tiene el honor de dirigiros la palabra ha tenido la dicha de visitar las criptas de los mártires y los cementerios de los primitivos cristianos en la capital del orbe católico; se ha visto honrado con la amistad del nuevo Colón de las Catacumbas, del modesto y sabio arqueólogo Rossi, y ha podido visitar en su compañía las Catacumbas de San Calixto, las criptas de los Papas del siglo III y de la patricia romana Santa Cecilia, y allí, en

los lugares mismos por él nuevamente descubiertos, oír de sus labios, en una de sus inimitables conferencias, la demostración de la verdad de las *Actas de los Mártires*, de la autenticidad de las Catacumbas.

Ni debe extrañaros que el entusiasmo que en mí produjo esta visita á las Catacumbas me animara á emprender el estudio de la monumental obra de Rossi, *La Roma sotterranea cristiana*, fuente en la cual han bebido lo mismo Northcote y Browmlow que Desbassyns de Richmont, Boissier, Maruchi y cuantos han consagrado en nuestros días su talento y su pluma á tratar de los hipogeos cristianos.

¿Qué mucho que tales circunstancias me hayan decidido á elegir por tema de mi disertación las *Catacumbas de Roma*?

Además, si todos reconocemos en ellas la cuna de la naciente *sociedad cristiana*, natural es que todo cuanto á las mismas se refiera despierte en nosotros todos marcado interés; porque ¿qué hijo no desea con ansia conocer hasta en sus menores detalles la historia de su *madre*?

Bien comprenderéis, señores, que no ya en una sola conferencia, ni aun en muchas fuera posible abarcar un asunto sobre el cual se han escrito voluminosos libros, que por sí solos pueden formar una numerosa biblioteca; así es que tan sólo puedo tratar de daros á conocer, de una manera sucinta, el origen é historia de las Catacumbas hasta nuestros días, su disposición y decoración, y la descripción de las más principales ó de las que van unidas al recuerdo de algún acontecimiento interesante.

No se puede, sin embargo, pretender que este orden sea riguroso y estas divisiones infranqueables; y así, aunque procuraré huir de repeticiones, siempre enojosas, no me será fácil evitar, al hablar de su origen, hacer excursiones por el campo de su historia, ni, al ocuparme de su decoración, el entrar en la descripción de algunas de ellas.

Ni está de más advertir que mi tema no abarca la historia de la sociedad pagana y de la rápida difusión del Cristianismo, ni el estudio comparativo de la ciudad que «con el hierro sometió todos los pueblos á la unidad de

la fuerza, y la que los ha traído con la palabra á la unidad de la fe;» temas son estos que ni por un momento podía soñar en tratar, cuando de ellos se han ocupado tan magistralmente sabios escritores, honra del Catolicismo y de la patria, que les cuenta entre sus hijos más preclaros; á ellos acudiré cada vez que necesite de sus citas para explicar mejor la verdad de mis asertos.

Finalmente, y antes de entrar de lleno en el asunto, no temáis que fatigue vuestra atención ni que abuse de vuestra indulgencia; pues siguiendo los consejos de amigos, para mí muy respetables, este estudio será objeto, no de una sola conferencia, sino de dos ó tres; de tal modo, que mi deseo de evitaros molestias sea un título más que os haga olvidar mi atrevimiento y concederme vuestro perdón.

*
* *

Catacumbas es un nombre particular con el cual se designó, por espacio de mucho tiempo, el Cementerio de San Sebastián, en Roma; más tarde veremos su verdadero significado; pero

desde ahora puede adelantarse que desde el siglo xvii se designó con él, genéricamente, los sitios donde los primeros cristianos enterraron sus muertos: los autores antiguos y Padres de la Iglesia siempre los llaman *cementerios*. Su origen debemos buscarlo en los dogmas cristianos, sobre todo en el de la resurrección é inmortalidad del alma: ¿quién no recuerda, á este propósito, los admirables versos de Prudencio, en su himno para los funerales?: «Tierra, recibe y guarda en tu seno maternal este despojo que te confiamos: fué la mansión de un alma creada por el Autor de todas las cosas; en él habitó un espíritu animado de la sabiduría de Cristo. Cubre este cuerpo que depositamos en tu seno. Un día, el que lo ha creado y formado por sus manos te pedirá su obra.» Y como todos los fieles eran hermanos, nadie quedaba excluído de esta esperanza; así vemos, desde los primeros tiempos del Cristianismo, el respeto que inspiraban los muertos, el incensante cuidado con que, aun en las épocas de más cruel persecución, se procuraba el dar conveniente sepultura á los mártires y á los demás cristianos. Sin duda que también

el deseo de ser enterrados de una manera análoga á como lo fué el divino Salvador debió influir por mucho en esta costumbre, y no es menos cierto que hasta las expresiones que hacen referencia á estos lugares recuerdan la resurrección: así que en las inscripciones de las Catacumbas en vano buscaremos la palabra *enterrar*; siempre se habla de *depositar*: la misma sepultura es llamada *sitio*, y más especialmente *estrecha mansión* (*locus, loculus*) y *cementerios* tanto vale como lugar de reposo, *dormitorio* (*acubitorium-κοιμητηριον*)

En el largo período de tres siglos que medió hasta la paz de la Iglesia, estos cementerios hubieron de utilizarse, no sólo como *mansión* de los muertos, sino también como lugar de refugio para los vivos y templo de oración.

Pero todos sabemos que el Cristianismo nació pobre y que fué cruelmente perseguido desde los primeros años de su predicación; la Historia Sagrada y profana nos lo demuestran de consuno; así que nada tiene de extraño que, á primera vista, las observaciones de protestan-

tes y racionalistas respecto á la autenticidad de las Catacumbas pareciesen irrefutables; porque, en efecto, para hacer las gigantescas excavaciones necesarias á dar colocación á seis millones de cadáveres que no ocupaban una extensión menor de 2.500.000 metros cuadrados, y cuyas fúnebres galerías puestas en fila no miden menos de 900 kilómetros, era preciso gastar sumas enormes, disponer de sitios convenientes donde sacar los escombros que resultaban de tales trabajos, y, sobre todo, no se comprendía cómo los adeptos á un culto proscrito habían tenido la audacia de practicar tales obras á las mismas puertas de Roma y á la vista misma de sus perseguidores.

Para responder á tales objeciones, sostuvieron muchos anticuarios y apologistas que los primitivos cristianos aprovecharon, para cementerios primero y para lugares de refugio y oratorios después, las canteras y galerías (*arenariæ*) abandonadas que en los alrededores de Roma existían á consecuencia de la piedra y arena que por espacio de siglos había tenido que extraerse para los miles de edificios y mo-

numentos de toda clase que en la ciudad se levantaban. Cicerón, Suetonio y otros escritores nos hablan de ellas y de lo poco frecuentadas que eran en su tiempo; y esto mismo, unido á la circunstancia de ser muy conocidas de los esclavos que las habían abierto, daba visos de verosimilitud á la opinión enunciada; así es que casi hasta nuestros días fué aceptada religiosamente por todo el mundo. El P. Marchi fué el primero que la puso en duda desde luego, y la atacó más tarde con gran copia de razones; y su discípulo Rossi ha conseguido demostrar que dicha opinión no es admisible, y ha explicado satisfactoriamente, no sólo que estos vastos hipogeos son obra exclusiva de los cristianos con el objeto de dar reverente sepultura á sus muertos, sino también los medios de que hubieron de valerse para llevar á cabo obras tan gigantescas. Precisamente tal demostración es uno de los mayores triunfos de Rossi, al mismo tiempo que una reivindicación de la ciencia arqueológica, que tantos desprecian sin conocerla; pero antes de entrar en tales explicaciones, creo conveniente dar una idea sucinta de

la disposición de las Catacumbas, puesto que esto mismo nos ayudará á hacernos cargo y valorar el peso de los argumentos que aduce Rossi en favor de sus conclusiones.

Cada catacumba puede decirse que consta de tres partes: los pasadizos ó galerías, las salas ó cámaras (*cubicula*) y las iglesias ú oratorios (*basílica*).

Las galerías son largas y estrechas, talladas en la roca con bastante regularidad y de tal manera, que el piso y el techo se encuentran en ángulo recto con las paredes; tan angostas, que en general no es posible por ellas el paso de dos personas de frente; como que su ancho, que varía de 55 á 80 centímetros, por excepción alcanza un metro. Á menudo corren en línea recta en una gran extensión, pero se encuentran cortadas por otras galerías que á su vez lo son por otras, formando en su conjunto un verdadero laberinto, una red enmarañada de corredores subterráneos.

Sin embargo, estos pasadizos ó galerías no están construídas únicamente para conducir á un sitio determinado, como su nombre nos podría

hacer creer, sino que constituyen por sí mismas la *catacumba* ó *cementerio*. Sus muros laterales, lo mismo que los de las escaleras de bajada de unos pisos á otros, construídos todos sobre el mismo principio, se encuentran llenos de tumbas; es decir, que presentan hileras ó filas de nichos (*loculi*) excavados en la roca, de dimensiones varias, pero suficientes para contener un cuerpo humano, desde el de un niño hasta el de un hombre adulto; siendo de notar que, en las examinadas, tan proporcionadas aparecen á la longitud del cadáver que habían de contener, que no es aventurado suponer que éste reposaba al lado mientras se cavaba la tumba. El número de filas de nichos varía de unas galerías á otras; las hay que no contienen más de tres ó cuatro; en cambio algunas alcanzan á tener doce, y aun catorce, por más que sean las excepciones. Una vez depositado el cadáver, todas se cerraban cuidadosamente, ya con una tabla de mármol, ya con baldosas de arcilla cocida colocadas de canto en la ranura practicada al efecto en la roca y afirmadas con cemento: el epitafio se grababa en el mármol ó se escribía en el mortero,

cuando aún se conservaba fresco, con un estilete ó instrumento agudo, ó bien se pintaba simplemente con minio.

En ciertos sitios las galerías desembocaban en salas ó cámaras de mayor ó menor extensión, que estaban destinadas á contener las sepulturas de una familia y eran designadas con el nombre de *cubicula*; en ellas, además de los *loculi* ordinarios, se encuentran verdaderos sarcófagos, muchas veces empotrados ó encuadrados por bóvedas más ó menos decoradas, que reciben el nombre de *arco-solios*.

Finalmente, las salas destinadas al culto ocupaban siempre la cripta de alguno ó algunos mártires célebres; las hay de muy variada disposición y forma; en general existen en ellas uno ó varios *arco-solios*, cuyos sarcófagos servían de altares en las ceremonias del culto; un sillón de mármol ó tallado en la roca, asiento de los pontífices de aquellos primeros siglos, y que en más de una ocasión fué teñido con su propia sangre al recibir la palma del martirio; y no dejan de encontrarse bancos, tallados también en la roca, que ocupaban los sacerdotes que

con los fieles asistían á las fiestas que allí se celebraban en honor y sufragio de los muertos.

Y aunque más adelante volveré á ocuparme con más detalle de la disposición y descripción de las Catacumbas, no será ocioso á este lugar desvanecer un error, aun hoy muy extendido, cual es el suponer que los servicios religiosos se hacían siempre en las Catacumbas; no, los escritores cristianos todos están conformes que, fuera de las fiestas de los mártires ó de las épocas de mayor persecución, tales servicios se efectuaban con regularidad en varias casas de la ciudad, en las cuales desde los primeros tiempos del Cristianismo se habían instalado las diversas parroquias ó *títulos* en que se dividió Roma.

El nivel del primer piso de las Catacumbas hasta el día descubiertas se halla, con relación al terreno, á una profundidad de unos siete metros, y á el se llega por una escalera de pendiente muy rápida; de una manera análoga se descendía á los demás pisos, cuyo número en algunas llega á ser de cinco, estando el último á una profundidad de 22 á 24 metros. Muchos cemen-

terios aparecen ligados unos á otros por galerías subterráneas, pero no es posible la idea que algunos se forman de una inmensa red de Catacumbas rodeando á la Ciudad Eterna; los profundos valles que separan unas de otras las colinas en que se asienta, y la naturaleza misma del terreno, más ó menos pantanoso, de estos lugares bajos, hacen desechar tal supuesto.

Explicada ya la disposición de las Catacumbas, no cabe ni por un momento suponer que jamás hayan sido canteras abandonadas, ni de piedra, ni de arena; las que aún existen de esta clase presentan un aspecto bien distinto del de las Catacumbas; sus galerías son más anchas, y evitan el encontrarse en ángulo; además, y como era de esperar, están cortadas por grandes plazoletas apropiadas para la cómoda salida de hombres y carros.

Pero aún hay más: el eminente ingeniero y geólogo Miguel Rossi, hermano del arqueólogo del cual tanto me he de ocupar en lo sucesivo, ha estudiado con gran cuidado la naturaleza del terreno en el cual están excavadas la

mayor parte de las Catacumbas de Roma, y ha notado que al construirlas se evitaron sistemáticamente los bancos de *puzzolona* friable ó arena, y los de *tufo lithoide*, especie de piedra dura que en sus varias clases describe Vitruvio, y que tanto se usó en la construcción, en especial en la época que precedió al uso y al abuso de los mármoles; siempre aparecen excavadas aquéllas en los bancos de piedra esponjosa ó *tufo* granular, que el mismo Maestro llama *molles* y que, como incapaz de resistir á los efectos del aire y del agua, aconseja que no se emplee; así es que Miguel Rossi no vacila en afirmar rotundamente que jamás se ha podido extraer de las galerías de las Catacumbas materiales propios para la construcción, y que tan sólo por excepción, y más bien como entradas disimuladas en determinadas épocas de persecución, han podido utilizarse algunas galerías de canteras abandonadas. Hasta un detalle, que no quiero pasar en silencio, prueba que estos vastos hipogeos, esta inmensa necrópolis es obra exclusiva de los cristianos: ¿quién no recuerda la simpática figura de Diógenes el sepulturero, que

el insigne Wisman hace entrar en el hermoso cuadro de *Fabiola*? pues bien, los *Fossore* ó *Fossarií*, institución compuesta de cristianos llenos de caridad y de amor y adscritos por regiones ó parroquias á la excavación de cada cementerio, nos han dejado recuerdos de sus trabajos en los frescos que decoran las Catacumbas; allí los vemos representados con su piqueta en la mano atacando con ardor la roca suspendida sobre sus cabezas; su actitud nos indica, mejor que el más bello discurso, cómo procedieron en su empresa abriéndose un camino á través de los bancos de tufo granular que llenan la campiña de Roma, alentados por la sola esperanza de una remuneración futura, y «fabricando (comò dice un autor) con sus manos y amasando con su sudor, quizá con su sangre, esta Jerusalén subterránea, santa, de la más sublime santidad que Dios ha concedido en la tierra.»

Aunque entre los romanos fué constante desde los primeros tiempos de la República el empleo del *rogus* ó *pira*, para quemar los cadáveres, cuyas cenizas, guardadas en pequeñas urnas, se

conservaban en los *columbarios* ó panteones dispuestos al efecto, no se desconoció la inhumación; como que se han encontrado los sepulcros de la familia Cornelia, á la cual pertenecían los Escipiones; y nada hay que decir de los etruscos, pueblos que ocuparon gran parte de Italia, cuyos sepulcros se encuentran, aun hoy día, por doquier. Pero aun en épocas posteriores, los diversos pueblos del Oriente, que puede decirse que materialmente invadían Roma en los últimos tiempos de la República y primeros del Imperio, llevaron consigo á la capital del mundo antiguo, con sus filosofías y sus religiones, su manera especial de enterrar los muertos; y como nadie les inquietaba en sus ceremonias ni en sus costumbres, bien pronto comenzaron á excavar sus diversas Catacumbas; así se han encontrado dos judías, una de ellas anterior al Cristianismo, y tampoco han dejado de hallarse sepulturas fenicias y de los adoradores de Mithra y de Sabazius: ¿quién sabe si algún día se descubrirán las Catacumbas de las sectas disidentes del Cristianismo, nacidas de las varias herejías que asolaron la Iglesia en sus primeros tiempos! No

solamente se sabe que las tenían, sino que, para darles alguna autoridad y rodearlas de veneración, los sectarios robaban los cuerpos de los mártires más ilustres en los cementerios católicos y los colocaban en los suyos. Hasta los mismos paganos llegaron á tener sus hipogeos, pues á partir de los Antoninos la costumbre de quemar los cuerpos comenzó á decaer, y ya en tiempo de Macrobio casi no existía.

Sin embargo, las Catacumbas cristianas se distinguen fácilmente de las demás, por su mayor extensión, por su cuidado en cerrar cada uno de los nichos y por su esmero en no permitir que fuera enterrado en sus cementerios ningún pagano: así se comprende que, entre tantos miles de inscripciones sepulcrales como se han encontrado, ni una sola es pagana; además, al tratar de su decoración veremos cuán distintos son los atributos y símbolos que la pintura y la escultura ha representado en ellas, comparándolos con los de las demás religiones que por entonces florecían en Roma.

Para acabar de desvanecer las dudas suscita-

das en el pasado siglo acerca de la autenticidad de las Catacumbas, es necesario tratar, siquiera sea someramente, la cuestión tan delicada de las relaciones de la Iglesia naciente con el poder civil. Es indudable que en los dos primeros siglos del Cristianismo los fieles no trataron en manera alguna de disimular la existencia de sus cementerios; la autoridad civil los conocía, y hasta la terrible persecución en tiempo del Emperador Decio, jamás se prohibió el libre acceso á ellas. Conviene recordar á este propósito el respeto con que los antiguos romanos miraban las tumbas: el sitio en que se enterraba á alguno, así fuera un extranjero ó un esclavo, quedaba de hecho transformado en un lugar inviolable y sagrado (*locus religiosus*), bajo el amparo y salvaguardia de la ley.

Los cristianos era natural se aprovecharan de esta protección como todo el mundo; así es que ni aun en tiempo de las persecuciones bajo Nerón y Domiciano, en el siglo primero, se ve que éstas se extendieran hasta los cementerios; y era que la ley romana consideraba la tumba de un condenado tan inviolable como la de los

demás. General era también entre los romanos, al construir su tumba, que desde luego la ley consideraba inalienable, el destinarla, no sólo para sí y los suyos, sino también para sus amigos, sus libertos de ambos sexos, y hasta para los que formaban parte del mismo colegio; era, sin embargo, condición precisa, que garantizaba la inviolabilidad de la tumba, la posesión inalienable del terreno superior con todas las dependencias, por considerables que fueran, y que eran conocidas con el nombre de terreno anejo al sepulcro (*area cedens sepulchro*); su extensión exacta, así como la circunstancia de que tuviera una cripta (*monumentum cum hypogæo*), se consignaban cuidadosamente en el epitafio.

No es, pues, nada aventurado creer que las Catacumbas comenzaron por ser tumbas particulares, propiedad de cristianos ricos, en las cuales, en lugar de sus libertos, admitieron á sus hermanos; precisamente desde los primeros tiempos de la predicación apostólica no faltaron conversos entre las familias más aristocráticas de Roma; Cornelio Pudens y su esposa Pris-

cilla fueron de los primeros discípulos de San Pedro; Pomponia Grecina, la mujer de Plautius, el conquistador de Bretaña, más conocida con el nombre de Lucina, se contó entre los discípulos de San Pablo; y Flavia Domitilla, su esposa Flavio Clemens y sus dos hijos, los parientes más próximos de Tito y Domiciano, eran de los adeptos más fervientes al nuevo culto, en cuyo número debe contarse á varios individuos de las ilustres familias de los Cecilios, Pretestatos y Claudios; por eso no es nada extraño que las principales Catacumbas, en los antiguos documentos, sean designadas, no con el nombre de los mártires ó confesores que en ellas estaban enterrados, sino con el propio de sus primeros poseedores, y por lo mismo la ley las respetaba, considerándolas siempre como una propiedad particular: así se explica también la ingeniosa observación de Rossi, que, al levantar cuidadosamente el plano de varios de estos cementerios, notó que si se les reducía á sus elementos primitivos, prescindiendo de obras evidentemente posteriores, quedaban reducidos tan sólo á algunos grupos aislados entre sí y

cada uno de los cuales afectaba una figura geométrica de extensión limitada, como si en estos trabajos subterráneos se hubiera procurado no salir fuera de los límites de un campo que se hubiese poseído sobre la tierra.

Estos pequeños hipogeos particulares, á menudo se hallaban muy próximos unos de otros; y aumentando á cada momento el número de los cristianos, de tal modo, que ni aun con los diversos pisos que en cada uno de ellos hubieron de abrirse pudo disponerse de sitio suficiente; hubo, sin duda alguna, necesidad de construir nuevas galerías que pusieran en comunicación unos con otros, constituyendo así diversos cementerios que al cabo de un siglo llegaron á tener proporciones tan vastas, que ya no pudo la ley considerarlos como propiedad particular de las familias que las habían cedido á los fieles; forzosamente hubieron entonces de cambiar de situación, y esto trajo consigo un cambio entre las relaciones de la Iglesia cristiana y del poder civil.

Para explicar satisfactoriamente el cambio de

situación, de que llevo hecho mérito, conviene fijarse en ciertas particularidades que, con su notable ingenio, hace resaltar Rossi, y que al mismo tiempo sirven para desvanecer varios errores y prejuicios muy admitidos, aun entre los católicos. Desde luego es digno de atención el cuidado que desde los primeros tiempos del Cristianismo pone la Iglesia en no herir los usos comunes, cuando en ellos no encuentra cosa alguna que se oponga al dogma ó á la moral, y el esmero con que se conforma, en cuanto le es posible, á las costumbres de las asociaciones ordinarias: así, por ejemplo, no ha muchos años que en las inmediaciones de la antigua vía Ardeatina se descubrieron las ruinas de la magnífica entrada del cementerio cristiano de Domitilla, unido más tarde al de los Santos Nereo y Aquileo; pues bien, esta soberbia construcción es seguro que, á pesar de sus inscripciones, no hubiera chocado á ningún pagano; la lujosa ornamentación pictórica que decora el vestíbulo semeja á la de cualquier aposento de la gente rica de aquel tiempo, salvo los asuntos en ella tratados, que en lugar de ser mitológicos están inspira-

dos en las nuevas creencias, como el profeta Daniel en el foso de los leones: además, forma parte integrante de esta construcción una sala donde se reunían los hermanos en religión para celebrar la memoria de sus muertos, en banquetes cuyo recuerdo nos han conservado los escritores de aquellos tiempos; y hasta Prudencio nos asegura que en las tumbas se esparcían hojas y flores, y se derramaba sobre el mármol libaciones de vino perfumado.

Pero hay más: la Iglesia en los tres siglos de persecuciones hizo esfuerzos para vivir en paz con el poder civil; nada de rebelarse abiertamente contra las leyes del Estado, sino servirse de aquellas que podían favorecerle, procurando entrar en el cuadro de instituciones regulares del Imperio. El divino Salvador predicó la sumisión al César, en un país en el cual no muchos años después había de estallar la rebelión; así es que los Apóstoles, en especial San Pablo, fieles á esta doctrina, predicaban la obediencia á cuantos estaban constituídos en autoridad, siempre que sus órdenes no estuvieran en contradicción con los preceptos de la Ley divina; y la historia nos

demuestra, con su imparcial testimonio, que los cristianos cumplieron religiosamente tales enseñanzas. ¡Cosa admirable! ni las más terribles persecuciones, ni la crueldad con que fueron tratados por algunos Emperadores y muchos de sus seides, pudo apartarlos de la obediencia, ni afiliarlos á las conspiraciones y revueltas que tanto asolaron el Imperio romano. Así pudo asegurar Tertuliano que los cristianos oraban por el Emperador que los perseguía, y pedían á Dios le concediera «una larga vida, un poder respetado, una familia feliz, ejércitos valientes, un Senado fiel, un pueblo obediente y la tranquilidad del universo.»

Teniendo en cuenta las anteriores reflexiones, se comprenderá mejor cómo desde el momento en que por su gran número y vastas proporciones ya no fué posible considerar á los cementerios cristianos como hipogeos ó tumbas de la propiedad de las familias que las habían cedido á los fieles, hubo de pensar la Iglesia cristiana en conseguir los mismos privilegios que las corporaciones reconocidas por el Estado, que tenían el derecho de poseer, y en tal concepto

poder ser propietario legítimo de sus cementerios. Y que tal hecho se realizó es indudable; como que el célebre edicto de Milán dado por Constantino ordena que se devuelvan á los cristianos «las propiedades que pertenecían, no á los particulares, sino á la comunidad entera», y sabemos que los cementerios ó Catacumbas formaban parte de estas propiedades comunes que les fueron restituídas. Rossi ha sido el primero que, fijándose en tales hechos, y conocedor profundo cual pocos de todo cuanto afecta á la manera de ser de la sociedad romana, ha podido demostrar racionalmente cuándo y por qué conjunto de circunstancias pudo la Iglesia realizar tales aspiraciones y obtener tan preciado derecho. Son tan ingeniosas sus razones, tan atinadas sus observaciones, que permitidme os llame la atención sobre ellas.

Entre los sentimientos que la idea de la muerte despertaba entre los paganos de Roma, no era el menos curioso, ciertamente, el temor de que si el cuerpo de un sér humano no reposaba en una sepultura fija ó no era enterrado según los ritos, su alma andaba errante y des-

graciada en la otra vida; tal idea, aparte de la vanidad, nos explica el lujo y cuidado de los ciudadanos romanos en construirse en vida soberbias mansiones sepulcrales; pero la gente pobre, que había de experimentar análogos temores, veíase imposibilitada por su falta de medios de evitar tamaña desgracia, y para precaverla acudió al recurso de los débiles, la asociación. Así fué que en los dos primeros siglos del Cristianismo el Imperio vió nacer y extenderse rápidamente las «asociaciones para los funerales» (*colegia funeratitia*), sociedades en las cuales, mediante una módica cuota mensual, se atendía á la sepultura y funerales decorosos de sus individuos. Tal boga alcanzaron, que cada una de ellas contó entre sus miembros uno ó varios personajes protectores ávidos de popularidad, y hasta los mismos Emperadores, tan desconfiados de ordinario de toda asociación, hubieron de tolerarlas primero y protegerlas después, hasta el punto que en tiempo de Septimio Severo, un *Senatus-consulto* especial autorizó desde luego todas las sociedades de funerales que pudieran fundarse en el Imperio, á condi-

ción, para tener existencia legal, de hacerse inscribir previamente con dicho nombre en los registros de los magistrados, y cumplido este requisito tenían el derecho de poseer una caja común alimentada por las cotizaciones mensuales y las liberalidades de sus protectores; podían, además, reunirse todos los meses para sus negocios ordinarios y cuantas veces quisieran para celebrar las fiestas de la asociación. Y he aquí cómo la Iglesia cristiana, lógica en sus procedimientos, se hizo reconocer por el Estado como uno de tantos "*colegia funeratitia*", puesto que aquél no le exigía ningún sacrificio de sus creencias, y además, nadie mejor que ella podía afirmar que formaba una «sociedad para los funerales», puesto que miraban los cristianos como su primer deber dar honrosa sepultura á sus hermanos en creencias, fuera cualesquiera su estado y condición. Tertuliano nos habla de las asociaciones cristianas en tales términos, que no deja lugar á duda alguna sobre el particular, hasta el punto que cuando hace mención de las cuotas mensuales emplea casi las mismas palabras del célebre *Se-*

natus-consulto mencionado, ni se olvida de reivindicar para los cristianos el derecho de ser propietarios legítimos de sus cementerios y de poseer una caja común, que en tiempo de los Antoninos disponía de cantidades tales, que permitían á la Iglesia de Roma acudir en socorro de las iglesias más pobres del Imperio.

Al lado de las ventajas enunciadas y de otras que, cual la libertad de reunirse libremente, consiguió la comunidad cristiana con este nuevo estado de cosas, nacieron para ella, sin embargo, en el siglo III graves inconvenientes; pues desde el momento que la Iglesia tenía vida legal, como una «asociación de funerales», los magistrados debían conocer el nombre de su presidente y de su actor ó síndico, y claro está que con tal carácter debían aparecer el Pontífice ú Obispo de Roma y el diácono á quien aquél solía confiar la administración de los cementerios; así la autoridad, no sólo conocía sus nombres, sino que forzosamente había de sostener relaciones con ellos y había de ser prevenida cuando fallecía alguno de los mismos, así como del nombre del designado para sustituirle. Con Empera-

dores que sospechaban de todo el mundo y cuya envidia se excitaba hasta con la idea de que fuera posible la existencia de otro poder que pudiera hacerles la menor sombra, el riesgo que corrían los Pontífices era manifiesto; cuando llegaba la hora de la persecución, los Emperadores y sus agentes no se entretenían en perseguir tan sólo á los fieles insignificantes: sin excitación aprisionaban á su jefe, que era desterrado ó muerto, según su capricho, y después que se desembarazaban de él impedían que se nombrara otro: tal sucedió cuando la elección de San Cornelio, á la que se oponía el sanguinario Decio con tal empeño, que aseguraba, con sus propias palabras, «que oiría con más gusto que un nuevo rival quería apoderarse de su trono, que ver la elección de uno de esos Sacerdotes en la ciudad de Roma.»

La situación de los cementerios cambió también con este nuevo estado de cosas; cuando eran una propiedad particular, que al menos en apariencia pertenecían á alguna gran familia, no osó el Estado tocarlos ni se atrevió á perseguir á los fieles en aquellos sitios sagrados, que de

hecho eran unos refugios seguros en épocas de persecución. Cuando fueron posesión común de la Iglesia, corrieron la suerte de ésta; así en ocasiones los agentes del fisco se apoderaron de ellos, los soldados del Emperador los saquearon; y no sólo se prohibía á los cristianos el entrar en ellos á orar por sus muertos, ó á asistir á los Oficios divinos, sino que más de una vez fueron aquéllos asesinados en la misma mansión de los muertos, emparedados vivos en las fúnebres criptas y hasta se dió el caso de prender al Pontífice San Sixto II, cuando sentado en su solio en el cementerio de Pretextato predicaba á los fieles la divina palabra, y ser condenado por el prefecto de Roma á ser decapitado sobre el mismo solio, que más tarde, y tinto en sangre, fué colocado en la cripta de los Papas en el cementerio de San Calixto, para ejemplo y edificación de sus hermanos.

Me he detenido algún tanto en referir, según los estudios de varios arqueólogos, y Rossi más principalmente, lo que fueron los cementerios cristianos en los tres primeros siglos de la Iglesia, su origen y situación legal, porque así se

comprenden mejor ciertos hechos que hasta hace muy poco parecían oscuros. Ya no nos causa sorpresa ver la vastísima extensión de las Catacumbas, pues queda demostrado que los cristianos, no sólo no se ocultaban de las autoridades para realizar estos gigantescos trabajos, sino que aquéllas tenían conocimiento de que se realizaban y hasta les prestaban previamente su asentimiento. Así se explican también las alternativas de paz y persecución que la Iglesia experimentó en los primeros siglos; como su situación con relación al Estado resultaba doble, éste se mostraba severo ó indulgente con ella, según el aspecto bajo el cual la consideraba. Como religión nueva la prohibía, porque una ley proscribía todos los cultos extranjeros que no habían sido aceptados por un decreto del Senado; pero como «Colegio de funerales» la autorizaba. Que el furor del pueblo, la suspicacia y el odio de los Emperadores y de los magistrados contra los cristianos, que siempre existía, se excitara por el motivo más fútil, y en el acto eran perseguidas las gentes que no sólo predicaban un Dios nuevo, sino un Dios único, y que

se negaban á ofrecer sacrificios á los ídolos y á quemar incienso ante la estatua del Emperador que á sí mismo se hacía llamar Dios. Pero una vez que, hartos de sangre, el Estado y sus secuaces mitigaban sus rigores, afectaban no ver en la «Corporación de hermanos, los adoradores del Verbo» más que una de tantas sociedades, mitad religiosas, mitad civiles, cual los *cultores Jovis ó Dianæ*, que habian sido instituídas para dar sepultura á sus socios, y se les dejaba gozar de la misma tolerancia que se dispensaba á los demás.

*
* *

Los millones de tumbas que llenan las Catacumbas, á primera vista pueden parecer mudas á los ojos de un observador poco atento, y que por lo mismo juzgará no han de reportar gran auxilio á la historia; por fortuna no es así; las inscripciones, bajorrelieves y frescos que las decoran, parecen prestarles su voz para enseñarnos cuanto hace referencia á la vida y sentimientos de las generaciones cristianas que hoy duermen allí el sueño de la muerte. Por eso, y

aunque no con la extensión que fuera de desear, voy á tratar ahora, siquiera sea muy á la ligera, de la «epigrafía» de las catacumbas, bien diferente, por cierto, en lo que hace referencia á los epitafios, de la empleada por los romanos de los últimos tiempos de la República y en la época del Imperio: como que los epitafios paganos se reducen á elogiar desmesuradamente al difunto, ó á burlarse de la muerte y de los vivos con una impudencia escéptica, que da frío y espanto. «Cuando estoy en la ciudad,—decía un galo en tiempo de Augusto ¹,—y cuando me paseo en el Foro y en las Basílicas, no oigo hablar sino de divorcios, de adulterios, de repudios, de padres duros y crueles, de hijos ingratos y perversos; cuando paseo por entre las tumbas, no veo en los epitafios más que maridos excelentes, esposas incomparables, mujeres adoradas, padres modelos de todas las virtudes, que dejan aquí en la tierra una familia inconsolable.» La observación del galo es exactísima: es una pintura abreviada de la sociedad romana. No puedo

¹ DEZOBRY. — *Rome au siècle d'Auguste.*

resistir al deseo de recordar, á este propósito, el siguiente epitafio citado por Gruter: «Mientras estuve en el mundo vivi todo lo mejor que pude: acabó mi comedia: la vuestra se acabará. Aplaudid.» ¡Cosa extraña! esta losa cubría los huesos de una mujer de 67 años.

En los epitafios cristianos es donde se ve bien la diferencia capital que separaba al Cristianismo del paganismo: así, el pagano al morir paga su deuda á la naturaleza; es robado á la tierra; *reddidit debitum, abreptus est*. El cristiano descansa en paz, se duerme en el Señor; *requiescit, dormit in pace*. Para el pagano todo ha concluído con la muerte; está encerrado para siempre en su tumba; *situs, conditus*. El cristiano al expirar se ha librado de la prisión del pecado, nace al Señor; se le confía á la tierra no más que á título de depósito, esperando el día de la resurrección, *depositus est*: la muerte para él no es más que un cambio, *mutatio*, y la vida terrenal una mansión pasajera, *transitus*.

Pío IX, que en medio de las más rudas prue-

bas no descuidaba nada de grande ni de útil, quiso dar un solemne mentís á los pseudosabios de su tiempo, que se empeñaban en sostener que los cuatro primeros siglos de la Iglesia no eran favorables á nuestras creencias actuales; y mandó á Rossi que, á expensas del tesoro Pontificio, publicara las 11.000 inscripciones cristianas anteriores al siglo VI recogidas en Roma: este erudito trabajo, pasmo del mundo de sabios, se llevó á cabo con notable acierto, presentándolas en su orden topográfico y cronológico, restauradas en su primitiva forma y determinando su sentido y valor histórico. En este vasto arsenal, que no puedo hacer más que dejároslo entrever, se encuentra la demostración histórica de los dogmas, ritos y costumbres de la Iglesia primitiva, corroboración de la inmutabilidad de la doctrina evangélica y de los preceptos de su moral.

Las inscripciones más antiguas están escritas en griego, cosa que nada tiene de extraño, pues en los dos primeros siglos de la Iglesia su lengua oficial fué el griego y no el latín; aún se

conservan recuerdos de esta costumbre en los *kyries* de la Misa y en algunas otras oraciones litúrgicas; el mismo Rossi hace la observación de que entre los epitafios de los Papas, hallados en el cementerio de San Calixto, tan sólo el de San Cornelio está en latín, sin duda por pertenecer este Pontífice á una familia del antiguo patriciado romano. Encuéntranse inscripciones que nos permiten asistir al paso de una lengua á otra, ó que presentan palabras latinas escritas en caracteres griegos ó viceversa, y otras en las que ambas lenguas se mezclan de una manera extraña en sus palabras ó en sus caracteres. Otra observación digna de tenerse en cuenta es que, existiendo una diferencia notable entre la pronunciación vulgar y la ortografía escrita, según sabemos por Cicerón, Plauto y Aulo Gelio, los primitivos cristianos, de los cuales la mayoría pertenecía á las clases más humildes del pueblo, escribían las palabras de los epitafios de las Catacumbas como las pronunciaban: *maiir* por *mater*, *fraiir* por *frater*: á menudo reemplazaban una letra por otra, como la *b* por la *v*: la puntuación sobraba ó faltaba,

y el punto lo sustituían por signos convencionales: los solecismos y barbarismos tampoco escaseaban; así en una inscripción sepulcral se lee *filibus* por *filiis*, y en otra *amicus pauperorum* por *pauperum*.

El carácter que distingue los epitafios cristianos más antiguos es el ser muy cortos y muy sencillos; en general, en ellos no aparece sino uno solo de los nombres del difunto, seguido de algunas piadosas exclamaciones, como: «La paz sea contigo. Duerme en Cristo. Que tu alma repose en el Señor;» por excepción se menciona la edad del que allí reposa ó la época de su muerte; el que ha tomado posesión de la eternidad se cuida poco de estos recuerdos terrestres.

La igualdad es otro de los caracteres de las Catacumbas; todos los sepulcros son semejantes, no hay distinción más que para el mártir ó el santo; así se encuentra que un señor reposa al lado de su esclavo, el senador Púnico Pudens junto á Severo el tintorero; cerca de las matronas y doncellas de las más ilustres familias romanas, las mujeres de la más humilde condi-

ción, Leontia la cacharrera; Pollecla, la vendedora de cebada, en la vía Nova; Antesia, la barrendera de la calle, esta muchacha, la más vil á los ojos de los paganos, era la más digna de veneración á los ojos de los cristianos; su tumba aparece decorada de la palma del martirio. ¡Cuán ciertas aparecen las palabras de Lactancio: «No hay entre nosotros diferencia alguna entre el pobre y el rico, el esclavo y el hombre libre. Nos damos el nombre de hermanos porque creemos ser todos iguales!» Hasta las desigualdades entre el romano y el bárbaro, el ciudadano y el extranjero desaparecen en las Catacumbas; ved este epitafio: «Aquí Gordiano, mensajero de la Galia, fué degollado por la fe con toda su familia. Ellos reposan en paz; Teófila, su sierva, les ha dado esta sepultura.»

Á diferencia de los paganos, los primitivos cristianos huían recordar su rango y los honores y dignidades que los habían distinguido en vida; y aunque no era una regla expresa ni impuesta, tan lejos llevaban su humildad, que en ocasiones ni los más nobles mártires querían

que su nombre figurara en la losa sepulcral; he aquí el epitafio de una santa desconocida: «La doncella ha muerto para obedecer á su Cristo.» Tan sólo se recuerdan en estos epitafios, como títulos, las virtudes con las cuales el difunto espera conseguir la clemencia divina: «Valeroso mártir, servidor fiel de Dios, amigo de los pobres», y otras tan opuestas á las costumbres feroces y fieras de los romanos, como eran la caridad y la humildad cristianas, que hacían nacer aquéllas en el corazón del hombre regenerado.

Rara vez está indicada la profesión del difunto, pero no se desdeña indicar las más modestas; así existe un epitafio de un simple carretero; y era que en las Catacumbas se consideraba á este modesto artesano más que un triunfador en Roma, pues con su martirio había conquistado la palma de los cielos. En cambio, las órdenes de la jerarquía eclesiástica están trazadas con cuidado en estos epitafios, hasta indicando cuando además tenían otra profesión: «Sacerdote y médico», dice en uno de ellos; y cuando Calvino decía: «¿Cuál es el monumento romano que ja-



más haya hablado de vuestros *exorcistas*? hallábase bien ajeno de creer que una inscripción del cementerio de San Calixto podía responderle: lee sobre este mármol antiguo: «Paulo *exorcista* cerca de los mártires.»

Pero lo maravilloso y al mismo tiempo consolador es ver confirmadas por la epigrafía y por la pintura de las Catacumbas (como bien pronto veremos) todas nuestras creencias: el temor de fatigaros me priva del placer de copiar inscripciones en corroboración de mis palabras; pero en ellas vemos afirmadas la santidad de Dios, la Trinidad, la divinidad de Cristo, base de nuestra Religión, la resurrección y la inmortalidad del alma, la invocación de los Santos, nuestros protectores y modelos, las relaciones de las almas entre aquellas que pueden orar y las que necesitan de oraciones; y hasta la diferencia entre el mártir, acerca de cuya suerte no cabía duda, y la del difunto cuya alma podía dudarse se hallara en un estado bastante puro para pasar de este mundo á la presencia de Dios sin una expiación previa, se expresaba

claramente en los epitafios: «que te regocijes en la paz, *letaris in pace*», para el primero; «que Dios te reciba en la eterna paz, *suscipiat in pace*», para el segundo.

Pero el Cristianismo, al dar la resignación al corazón humano, no le quitaba nada de su sensibilidad ni impedía á los creyentes llorar la partida de los seres queridos, pero les consolaba mostrándoles el Cielo donde les aguardaban: tales sentimientos desbordan en las inscripciones de las Catacumbas, todas respiran ternura; á los niños se les designa por los nombres de «corderito de Dios, pequeño inocente, cordero sin mancha»..... Á una muchachita se la llama «paloma sin hiel:» la ternura de los padres por sus hijos, la piedad de los hijos para con sus padres y el amor de los cónyuges, brilla en multitud de inscripciones que no copio, porque su inserción me llevaría demasiado lejos.

Para terminar lo relativo á la epigrafía de las Catacumbas, permitid que os refiera un hecho citado por Edmundo de l'Hervilliers: cuando Su

Santidad Pío IX ordenó la publicación, á expensas del tesoro Pontificio, de la colección de inscripciones cristianas, un doctor protestante de los más nombrados dijo á Rossi:—«Usted no publicará todas las inscripciones de los primeros siglos.» Á lo cual respondió el ilustre arqueólogo:—«No me hubiera encargado del trabajo, si no me hubiera sido permitido publicar *todo*, sin omitir el más pequeño fragmento de inscripción cristiana, por mutilada que esté ó por insignificante que parezca.» Bellísima respuesta: no; nuestra Religión nada tiene que ocultar. Pura desde su origen, no puede inspirar más que nobles sentimientos: si pudiera temer la verdad, no sería divina ni digna de nuestros homenajes y acatamiento.

*
* *

¡Con qué perplejidad paso á ocuparme de las pinturas murales de las Catacumbas! porque, en verdad, no pudiera presentármese ocasión más tentadora de ensayar el estudio de asunto tan interesante, que nos haría conocer el origen del arte cristiano y del simbolismo religioso; pero

el desarrollo que, aun á pesar mio, habría de dar á esta parte de mi conferencia, sería causa de que tal estudio no pudiera encajar, en manera alguna, dentro de los límites del cuadro que desde un principio me propuse bosquejar al hablaros de las Catacumbas; por eso, y bien contra mi voluntad, habré de ceñirme á lo más indispensable, á lo que tan sólo servirá para dejar entrever lo mucho y bueno que sobre este particular pueden estudiar aquellos que, no sólo conocen y aman nuestra Religión por la verdad de sus doctrinas, por la bondad de sus preceptos, sino que sienten la belleza que resplandece en sus dogmas, en sus enseñanzas, en sus ritos y en todas las ceremonias de su culto.

Á un escritor del siglo pasado cuyo talento sólo se empleó en adular á los reyes y en combatir con rabiosa saña las doctrinas del Catolicismo, empleando para ello, ora la calumnia, ora la sátira, se le escapó en una de sus obras esta confesión preciosa: «Los pueblos que han cultivado las Bellas Artes, han sido siempre regidos por una teocracia;» despojad esta verdad del

ropaje sectario con que ha tratado de disfrazarla su autor, y vendremos á parar á este principio sentado por el modesto Ozanam: «Todas las artes han nacido á la sombra de una religión»¹. Y así debía ser, en efecto, porque todas las religiones son eminentemente simbólicas, y el simbolismo, que es al mismo tiempo una ley de la naturaleza y una ley del espíritu humano, es también la fuente común de toda la poesía. El hombre se ve obligado para expresar sus pensamientos á valerse de signos que, como materiales, siempre son inferiores á la idea que tratan de expresar; por eso, cuando trata de hablar de Dios y de las cosas eternas, ningún signo le basta ni le satisface, y emplea á la vez las artes del dibujo, la palabra rimada y el canto, sin que aun así llegue á contentar las justas exigencias de su espíritu. Pero, á pesar de esta impotencia, el ideal que persigue el hombre aparece, se deja entrever con una especie de transparencia, y precisamente esta transparencia del ideal á través de las formas de que se re-

¹ A. F. OZANAM.— *La civilisation au cinquième siècle.*

viste constituye la poesía, que no sólo está contenida en la palabra rimada, en los versos, sino en todo esfuerzo de la voluntad humana para alcanzar el ideal y fijarlo, sea por el color, sea por los broncees, sea por las piedras ó por todos los medios que le han sido dados para herir nuestros sentidos y comunicar á la inteligencia de otro lo que nuestra inteligencia ha concebido.

Si pues las Catacumbas han sido la cuna del Cristianismo, las Catacumbas serán también la cuna del arte cristiano, y á ellas hay que acudir para estudiar su origen; allí, aquellos entusiastas catecúmenos, aquellos creyentes tan fervorosos, aquellos heroicos confesores, henchidos sus corazones con las dulces emociones que en ellos despertó la buena nueva del Cristianismo, trataron de expresarlas, de exteriorizarlas, ensayando á la vez todas las artes; y el pincel y el cincel contribuyeron por su parte á esta obra, dando vida á un arte nuevo que responde á un nuevo orden de ideas y sentimientos, arte que si aparece modesto y tímido en sus comienzos, lleva en sí los gérmenes de lo bello y de su fu-

tura grandeza, que andando los siglos nos pasará con las vírgenes de Fra Angélico, con las *madonas* de Rafael, con las Concepciones de Murillo y con la inmortales esculturas de Miguel-Ángel.

Pero la religión del Crucificado estaba pros-crita, sus discípulos perseguidos, su doctrina, por lo tanto, debía permanecer secreta á los profanos, y los adeptos desde un principio debieron usar, para reconocerse entre sí, ciertos signos convenidos, cuyo verdadero sentido ellos solos podían comprender; entonces aparecieron esas misteriosas figuras de las cuales habla Clemente de Alejandría cuando refiere que los primeros cristianos hacían grabar en sus anillos la figura de un pez ó de una paloma, una rama de olivo ó una palma, un ancla ó una nave bogando con velas desplegadas ¹; verdaderos símbolos que les recordaban las verdades más secretas de su Religión, y que tanto abundan también en los sepulcros de las Catacumbas. Más adelante haré

¹ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.—*Pædag.* III, 11.

notar el verdadero sentido de todas estas representaciones simbólicas, según la autoridad de los Santos Padres de la Iglesia y de los modernos arqueólogos. Pero estos signos no podían por sí solos bastar para expresar simbólicamente las verdades y misterios de la Religión nueva; necesitaba el Cristianismo crear un arte, y todos sus esfuerzos se dirigieron desde un principio á conseguir este resultado, sobre todo en la pintura, arte expresivo por excelencia y del cual decía San Basilio: «Lo que las palabras enseñan por inducción, la pintura, callando, lo enseña por imitación.» Mas así como el Cristianismo no mudó los Diccionarios latino y griego que encontró hechos, ni tuvo escrúpulo en tomar de los autores profanos la elocuencia y los encantos del idioma, como más tarde adornó con las columnas de los pórticos y templos paganos las Basílicas del Crucificado, cual se recogen los despojos de un enemigo vencido, así los artistas paganos, al hacerse cristianos, no cambiaron los elementos del arte pictórico que brillaba en el Imperio romano, sino que en muchas composiciones, y por lo general en la ornamentación, hubieron de apro-

piarse imágenes y figuras profanas propias de otro orden de ideas y sentimientos, pero *traducidas* con más ó menos fortuna á las necesidades y sentido de la nueva creencia.

En todas las composiciones pictóricas de las Catacumbas, el marco, los adornos, la parte decorativa tenían por modelo la escuela pagana; ni el mismo Tertuliano, el severo doctor, dejaba de aprobar tal procedimiento. ¡Qué de extraño que muchas de las cámaras sepulcrales de las Catacumbas aparezcan con sus muros y bóvedas decorados de la misma manera y cual las casas paganas de aquella época! Graciosos arabescos, guirnaldas de flores, pájaros que revolotean en el espacio, maravillas de gracia y elegancia, que pueden competir con las mejores que nos ha legado la antigüedad; pero el fondo de la composición, el cuadro, es siempre cristiano. Cierto que siendo en todas ocasiones difícil la creación de tipos nuevos, y más en el estado de angustia y en las precarias condiciones de existencia de los moradores de las Catacumbas, los artistas cristianos imitaron algunos de los tipos más puros del arte clásico, cuando podían aplicarse

alegóricamente á la Religión nueva. Así se explica el que aparezca entre las pinturas más antiguas de los cementerios la figura de Orfeo, que representa en el paganismo algo que sin violencia puede aplicarse al pensamiento cristiano: el cantor de Tracia atrayendo á los sonos de su lira las fieras y las rocas figura á Cristo, que con la lira de su cruz y con el canto de su divina palabra mudó los corazones empedernidos de los hombres, libró las almas de la muerte eterna y se atrajo el mundo entero; así que Orfeo, en tal sentido, no ha dejado de figurar más tarde en el arte cristiano, y hasta nuestro gran Calderón compuso uno de sus admirables *Autos Sacramentales* con el título de «Divino Orfeo.»

El tipo del *Buen Pastor* es otro de los que tomó el Cristianismo de la religión pagana, y en él han hecho hincapié protestantes y racionalistas para sostener sus opiniones, fundándose en que el Buen Pastor aparece, no conforme á la parábola evangélica, llevando en sus espaldas la oveja extraviada, sino la cabra; pero una crítica más profunda y más inteligente ha venido á demostrar toda la belleza de este símbolo,

que encubre un misterio de gracia y misericordia. Precisamente en la época en que fué pintada esta imagen en el cementerio de San Calixto, la secta de los montanistas, con Tertuliano á su cabeza, sostenían que el perdón no se concedía sino al que había pecado una vez, pero no al reincidente; la Iglesia en su mansedumbre dió la respuesta á estos hombres sin piedad, haciendo pintar al Buen Pastor trayendo en triunfo sobre sus espaldas, no sólo á la oveja, al fiel, sino á la cabra, símbolo del pecador cuyo arrepentimiento le ha salvado de su condenación eterna.

Pero estas imitaciones del arte antiguo, estos préstamos ó copias, tenían que ser muy reducidos en número; una doctrina nueva, tan llena de savia y de vida, debía llegar en breve tiempo á expresarse de una manera propia, peculiar suya. Bien pronto los artistas cristianos se inspiraron directamente en sus creencias, y representaron hechos ó asuntos tomados de las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento; su número no es muy grande, sin embargo; apenas si llegan á veinte los asuntos que de ordinario

aparecen en las pinturas murales de las Catacumbas; los cuales, por otra parte, aparecen colocados en un orden que pudiera parecer arbitrario á primera vista; pero fijándose con más atención, luego ocurre que no es la pobreza artística, ni el capricho, la causa de tales hechos; sólo debían los artistas representar un cierto número de dogmas, para lo cual bastaba con los asuntos elegidos, que como simbólicos tienen un sentido oculto, misterioso, que los Doctores y Padres de la Iglesia nos explican, y en cuya tarea les han seguido multitud de teólogos de todos los siglos, hasta nuestros días.

Bien quisiera á este propósito poder mostraros con qué talento, de qué manera tan ingeniosa ha podido Rossi hallar el significado de todos los símbolos que aparecen en las escenas del Antiguo y Nuevo Testamento pintadas en dos cámaras sepulcrales del cementerio de San Calixto, demostrando que los libros sagrados están interpretados en ellas según las doctrinas de la Iglesia de Alejandría y de Orígenes y sus discípulos; pero sobre que tal digresión no es pertinente á este lugar, alargaría esta confe-

rencia, que ya va pecando de difusa. Sin embargo, al mismo tiempo quedaría ésta incompleta si no hiciera una indicación de los asuntos que más de ordinario se ven repetidos en las pinturas de las Catacumbas, agrupándolos según su orden simbólico, ocupando, desde luego, el primer lugar *la representación de los hechos, cuya sucesión histórica constituye la base del Cristianismo*, como son: en el Antiguo Testamento, Adán y Eva, Noé en el arca, el Sacrificio de Abraham, Moisés tocando en la roca con su vara ó recibiendo las Tablas de la Ley, David armado de la honda y Elías arrebatado al Cielo; del Evangelio, La Anunciación, la Virgen Madre con el Niño Jesús ó sentada en el trono y recibiendo la adoración de los Magos, Jesucristo sentado en medio de los Doctores, curando al ciego ó resucitando á Lázaro.

La *misión* de los *Apóstoles* aparece claramente representada en las pinturas que nos muestran á Jesucristo con los Apóstoles y con la Iglesia, ó bien como Pastor universal; el Sacramento del Orden indicado con la imposición de las ma-

nos; ni faltan símbolos de la Iglesia y su enseñanza, como la cátedra y la columna, Jesucristo Pastor y la Iglesia perseguida; y hasta la Iglesia y los herejes se encuentran bajo la figura de una oveja que persiguen dos lobos.

El *signo de la cruz*, que al decir de San Pablo era en los primeros siglos escándalo para los judíos y locura para los gentiles, aparece disimulado ó velado en composiciones bellísimas por su ejecución, como las de las bóvedas de los cementerios de Lucina en el siglo I, y Priscila, del II; siendo de notar que en la primera se repite la cruz nada menos que tres veces: en ocasiones los pintores cristianos representaron la cruz como árbol de salvación; tal aparece en el cementerio de la vía Arcleatina; el alma cristiana, en forma de paloma, mira atentamente delante de sí un árbol seco, el del paraíso, y un árbol frondoso, cuyas ramas se dividen por un travesaño formando una verdadera cruz, el árbol de la vida.

Los *Sacramentos* todos tienen su representa-

ción en los frescos de las Catacumbas; lo mismo el *Bautismo*, expresado con tanta claridad como un Sacerdote bautizando á un neófito por inmersión, mientras la paloma divina llega trayendo en su pico la rama de oliva que *confirmará* al nuevo cristiano; el perdón que alcanza el pecador arrepentido por medio de la *Penitencia*, está gráficamente expresado en el paralítico llevando su cama, el Buen Pastor trayendo en triunfo sobre sus espaldas á la cabra, y diversas representaciones de la Samaritana y de la resurrección de Lázaro.

El Sacramento de la *Eucaristía* es indudablemente el que tiene más representaciones, y en casi todas ellas Jesucristo está representado simbólicamente por un pescado, pues es ya de antiguo harto conocida la significación del pescado, en griego ΙΧΘΥC, nombre formado por cinco letras iniciales de cinco palabras también griegas, Ιησους Χριστος Θεου Υιός Σωτήρ (Jesucristo hijo de Dios salvador); conviene recordar lo que manifesté en otra parte de esta conferencia, que en los dos primeros siglos de la Iglesia la lengua oficial fué el griego; á esto responde tam-

bién el monograma de Cristo, formado de una X y una P griegas, tan repetido en las Catacumbas después de las palabras *in pace*; pues bien, el pescado místico es servido en una comida con pan y vino, en una preciosa pintura del ambulacro del cementerio de Domitilla, y en otra aparece un pescado vivo llevando sobre su lomo una cesta con panes y vino.

Hasta la santificación del *Matrimonio* se encuentra en los monumentos de las Catacumbas; entre dos placas de vidrio soldadas por la fusión están pintados un joven y una muchacha que se dan la mano al contraer una unión santa, y no dan lugar á duda las palabras escritas sobre sus cabezas: «vivid en Dios;» *vivetis in Deo*.

Cuanto hace referencia al hombre nuevo, al cristiano, aparece pintado en las Catacumbas, ya en la figura de un cordero, símbolo del fiel, ó de una cabra, representando al pecador reconciliado; las almas figuran palomas, los lirios pureza, las rojas rosas el martirio, cuyo premio vemos en la palma, los laureles y el collar de perlas; el áncora es la esperanza, la fe, la salva-

ción; Job encarna la resignación en los pesares; las vírgenes sabias, la muerte y llamada al juicio; y el amor al prójimo y la limosna aparecen claramente diseñados en los agapes ó banquetes fraternales de los tiempos apostólicos; la piedad y la oración han dejado su personificación en las sentidas y fervorosas figuras de los *orantes*, que, en actitud reverente y los brazos extendidos, descubren la predestinación al martirio. Finalmente, la *resurrección*, dogma que hacía despreciar la vida terrena é inspiraba respeto á los muertos y á los cementerios, no podía dejar de contar con signos expresivos en las pinturas que vamos examinando; así, además de los cuadros relativos á Jonás tragado por el monstruo marino y arrojado en la playa, además del pavo real, cuya carne creían los naturalistas de aquellos tiempos que era incorruptible, conforme á las explicaciones de Tertuliano y Orígenes, la resurrección está representada más principalmente por las estaciones del año que rodean al Buen Pastor, ó como sucede en el bellissimo nicho del cementerio Pretextato, cuya bóveda, dividida en cuatro círculos que recuerdan el movimiento de

las estaciones, llevan pintados unos elegantes arabescos de follaje, lleno el primero de flores, y los otros tres respectivamente de espigas, racimos de uvas y laurel, siempre verde aun bajo la nieve del invierno, mientras que en el *arco solio* del nicho, sobre el sarcófago del mártir, aparece reproducida en el fresco la recolección de las mieses del padre de familia.

Permitidme, para terminar esta conferencia, y aun á riesgo de abusar de vuestra paciencia, pararme un momento en haceros notar dos circunstancias dignas de llamar la atención.

En la heroica lucha sostenida por los primeros cristianos contra el mundo pagano y sus errores, la mujer combate al lado del hombre: esposas, viudas y doncellas no temen afrontar las iras del César y su prefecto, desafiando los tormentos y la muerte, y consiguen hacer aceptar á la humanidad, después de tres siglos de sufrimientos sin cuento, la igualdad gloriosa del hombre y de la mujer, rechazada brutalmente por el mundo antiguo. «Y si hoy la mujer es libre y digna, y hasta soberana en los pueblos

cultos, débelo á que fué sufrida y valerosa, y mártir en los tiempos borrascosos de la persecución»¹. ¿Á qué citar el nombre de tantas heroínas que hoy veneramos en nuestros altares, y cuya sangre selló la rehabilitación y la emancipación de su sexo? El arte pictórico se cuidó de conservarnos sus retratos en las *orantes* de las Catacumbas, recordándonos qué parte tan principal les corresponde en la gloriosa victoria de la verdad. Y aun hizo más el arte pictórico: al aparecer en las Catacumbas se inauguró, reproduciendo la más poética de las figuras que se habían dejado ver en el drama de la Redención, la *Virgen Madre*. ¡Con qué cuidado, con qué gracia el arte cristiano, haciendo un llamamiento leal á la naturaleza, traduce la majestad del misterio con los mejores rasgos de la hermosura en la bellísima imagen de la Virgen, que, cual símbolo de esperanza y vida, aparece pintada en la catacumba de Santa Priscila, coetánea de los tiempos apostólicos; y más tarde, en el cementerio de Domitilla y en el de San Marcelino y

¹ CATALINA.—*Roma*.

en otros, se reproduce como anunciando la exaltación de todo el sexo débil! «Dios, concentrando en una sola criatura el doble ideal de la virginidad y de la maternidad, á la vez misma que dió á la mujer el modelo de todo lo grande y lo perfecto en una y otra esfera, así dió á los artistas el eterno tipo de la hermosura en las dos más altas manifestaciones del sentimiento y del amor.»

Y las dolorosas escenas del drama del Calvario, de la Pasión del Hombre-Dios, y los tormentos de los Mártires, de los héroes cristianos, ¿no han sido reproducidos en las Catacumbas, no han merecido un recuerdo del nuevo arte? Pues bien, no; los artistas cristianos tan sólo se han permitido pintar aquellas escenas de martirio del Antiguo Testamento en las cuales el triunfo es evidente; el martirio del fuego, de las fieras y del agua está indicado, pero con tal condición; el fuego no quema á los jóvenes en el horno de Babilonia, los leones no devoran á Daniel, el mar no se traga en sus abismos á Jonás: pero jamás aquellos cristianos del tiempo de las persecuciones, aquellos á quienes Tácito llama «el horror y el oprobio del genero humano», han

querido pintar lo que sufrían, lo que veían sufrir á sus hermanos. Y despreciados, pobres, impotentes, perseguidos, ocultos en las Catacumbas, desde las cuales podían oír los aullidos de la turba que grita: «¡Los cristianos á los leones!», se ocupaban tan sólo en orar con su pincel, en dar vida á ideas consoladoras, tiernas, de esperanza y de Resurrección. Era que ya había brotado en la tierra la sublime *caridad* que perdona y olvida; era que el *Divino Maestro*, como dice un poeta contemporáneo:

No se muestra con rayos encendidos,
Ni ciñendo á la sien laurel sangriento;
No quiere alucinar á los sentidos,
Sino en el corazón tomar asiento;
Á toda desventura presta oídos;
Embalsama el pesar su dulce acento;
Sus portentos ni asustan ni estremecen;
Sus milagros consuelan y enternecen.

Era que el *Hombre-Dios*, enclavado á la cruz en afrentoso suplicio, decía en conmovedora súplica: «Padre, perdónalos, no saben lo que hacen.»

HE DICHO.

CONFERENCIA SEGUNDA

- I. La predicación apostólica.
- II. Los Flavios.
- III. Los Antoninos.
- IV. La difusión del Cristianismo y Santa Cecilia.
- V. Las persecuciones del siglo III.
- VI. La paz de Constantino.



SEÑORES:

AN intimamente unida aparece desde un principio la historia de las *Catacumbas* á la historia de la *Iglesia*, que no es posible ocuparse de la primera sin tener que seguir paso á paso el desarrollo del Cristianismo, desde que el Príncipe de los Apóstoles, al venir por vez primera á la Ciudad Eterna, asentó en ella su cátedra, transformando de hecho la capital del mundo pagano en la capital del orbe Católico, hasta que el célebre edicto del gran Constantino, dando libertad al Cristianismo, paz á la Iglesia, reconocía la vida legal de ésta y ordenaba se le devolvieran entre otras cosas sus cementerios ó Catacumbas, que formaban parte de

sus diversas propiedades. Pero, ya lo dije en mi primera conferencia: ni mis alientos me permiten intentar siquiera tamaña empresa, cual sería el daros á conocer la historia de la Iglesia en los primeros siglos, asunto que tan magistralmente han tratado en todos tiempos reputados autores, entre los cuales no han dejado de descollar ilustres compatriocios nuestros, ni, por otra parte, semejante estudio encajaría dentro del reducido espacio de que puedo disponer para poder bosquejar la historia de las Catacumbas. Así, pues, de la historia de la Iglesia sólo tomaré aquellos hechos que sean absolutamente indispensables á mi objeto, que no es otro que daros á conocer, bien que de una manera sucinta, siguiendo en un orden cronológico desde el siglo primero hasta nuestros días, cuantos sucesos de algún interés hagan referencia ó estén más ó menos relacionados á los cementerios ó hipogeos cristianos de Roma; una vez que en la conferencia anterior os he hecho conocer, hasta donde mis fuerzas y conocimientos me lo han permitido, cuanto se refería al origen de aquéllos, á su disposición, á la manera como pudieron ser

construidos, así como á cuanto de más notable se conocía en la actualidad relativamente á su epigrafía y decoración.

Á fin de facilitar este estudio, es forzoso subdividirlo en tres partes: que abarque la primera el periodo comprendido entre la predicación apostólica y la paz de Constantino; que comprenda la segunda los siglos transcurridos desde este hecho notable hasta el abandono de las Catacumbas en el siglo ix, en el pontificado de San Pascual; y, finalmente, que resuma la tercera cuantos hechos hacen referencia á estos monumentos venerables, desde su descubrimiento, á fines del siglo xvi, hasta nuestros días. La imposibilidad en que me encuentro de poder disponer de más de dos conferencias para dar cima á la tarea que me he impuesto, me obliga, aun á riesgo de abusar de vuestra paciencia, á dar á esta conferencia mayor extensión de lo que fuera mi deseo, por el natural temor de molestaros, en cuyo caso no correspondería cual debiera á la atención con que me honráis desde que comencé esta serie de conferencias, que, os lo aseguro,

jamás creí pudieran ser tantas en número: por estas razones, al expresaros mi agradecimiento y mi temor, vuelvo á solicitar vuestra indulgencia, que espero no me negaréis.

Entre los muchos y graves errores que acerca de los orígenes del Cristianismo y su desarrollo en los primeros siglos de predicación se han esparcido, y que hasta han sido sostenidos de buena fe por algunos católicos, no es de los menos importantes el creer que en un principio la doctrina evangélica no reclutó sus adeptos sino únicamente entre las clases más infimas é ignorantes de la sociedad pagana, entre los esclavos y la plebe, y que hasta años después de la muerte del Divino Salvador, quizás hasta siglos después, no hubo prosélitos de las nuevas creencias que, por su nacimiento ó por su saber, pertenecieran á las clases más elevadas del patriciado romano.

En mi conferencia anterior, más de una vez hube de hacer fijar vuestra atención sobre distintos errores y apreciaciones inexactas que, lanzadas con malicia por los libre-pensadores del

pasado siglo ó por los despechados sectarios del Protestantismo, habían sido victoriosamente refutadas por los historiadores y apologistas católicos de nuestros días, los cuales, para pulverizar cuantos argumentos acumulaba el genio del mal, habían hallado su más poderosa ayuda en la ciencia arqueológica, que tan decididamente protegió el inmortal Pío IX, previendo los gloriosos triunfos que al Catolicismo había de reportar esta importante rama del saber humano. No es, pues, de extrañar que, siendo tan escasos en número los documentos históricos de los primeros siglos del Cristianismo que han escapado á los estragos del tiempo, y más principalmente á la violencia de las persecuciones que, cual la de Diocleciano, puso un especial empeño en destruir los archivos de la Iglesia, en los cuales se conservaban las *Actas de los mártires* de los tres primeros siglos, haya habido necesidad en nuestros días de acudir á la arqueología para destruir este nuevo error y demostrar que desde un principio la sociedad cristiana se nos presenta completa en sus diversas clases sociales, con las desigualdades inherentes á toda so-

ciudad formada de seres humanos, pero fundidos en el sentimiento fraternal de la caridad y teniendo á su cabeza las clases más inteligentes y más ilustres; la historia de las primeras Catacumbas vendrá en corroboración de mi aserto: ni podía menos de ser así; el Cristianismo siempre se ha dirigido simultáneamente á todos los hombres, sean cuales fueren su nacionalidad y su posición social, puesto que proclama como principio incuestionable la completa igualdad de los hombres ante Dios. «En el Cristo, dice San Pablo en una de sus epístolas, no hay distinción alguna entre el indio y el griego, entre el esclavo y el hombre libre, entre el hombre y la mujer.»

Además, los hijos de los Scipiones y de los Metelos, los descendientes de aquellas ilustres familias patricias que por espacio de siglos se habían transmitido como su herencia más preciada el consagrarse al servicio de la República, el sacrificarse en aras de la patria, habían dejado voluntariamente de figurar en el orden político al advenimiento del Imperio, cediendo su

puesto á la fuerza bruta que se entronizaba sobre las corrupciones de la República de los últimos tiempos; Dios les reservaba para más altos destinos; y desde que alboreó para la humanidad la era de su redención, desafiando la impopularidad, la desgracia, los peligros de toda clase, sin ruido y sin jactancia, pero con dignidad y firmeza suma, los representantes de aquella raza de héroes se agruparon al lado de los humildes hijos del pueblo, de los despreciados seres á quienes se les imputaba como un crimen su condición de esclavos, y las tradiciones, la consideración, las luces, las riquezas que formaban el patrimonio de estos patricios, quedó desde aquel instante al servicio de la doctrina evangélica, de la causa de la humanidad.

Un libro sagrado, las «Actas de los Apóstoles», nos da á conocer el nombre del primer patricio que se alista en las filas del Cristianismo; el Centurión de la cohorte itálica Cornelio, que aparece hacia el año 38 de la era vulgar residiendo en Cesarea de Palestina, haciéndose amar por su bondad y respetar por las prendas

de su carácter, que en su modesto empleo lleva con dignidad el nombre que tan ilustre hicieron los Scipiones, y que contaba entre sus ascendientes al que fué proclamado por el Senado como «el hombre más honrado de la República», y á la ilustre Cornelia la madre de los Gracos. No está de más á este lugar recordar que Augusto, después de varios esfuerzos para conseguir que los romanos degenerados del Imperio se alistaran en las legiones, hubo de eximir del servicio militar á los habitantes de Roma é Italia, y reclutar sus legionarios en las distintas provincias; pero no faltaron ciudadanos que consideraron bochornosa esta inmunidad, y que, ansiosos de continuar las gloriosas tradiciones de sus mayores, se alistaron voluntariamente en cohortes mandadas por un tribuno y varios centuriones: la epigrafía de los monumentos no da lugar á dudas sobre el modo como se formaban; siempre se las denomina *Cohors italicorum voluntariorum*. *Cohors ingeniorum civium romanorum*; formadas, pues, de ciudadanos que rechazaban las afeminadas costumbres de la decadencia, nada tiene de extraño hallar en una de

ellas un vástago de familia tan ilustre como la de los Cornelios.

¿Á qué pararme á recordaros lo que todos habréis leído, la conversión del Centurión Cornelio? Pero en la relación de San Lúcas se lee que, después de ser bautizado el Centurión, obtuvo de San Pedro el que fuera su huésped durante algunos días, y sabido es lo que tal acto significaba entre los romanos; el extranjero que se sentaba en el hogar de la familia era considerado desde aquel momento como miembro de la misma, y esta alianza, representada por un signo, llamado *tessera*, se hacía perpetua, ligando á aquél con los parientes del que le había dado acogida bajo su techo.

Por eso, cuando años después el Príncipe de los Apóstoles aparece en Roma, su primera mansión es la casa de sus compatriotas conversos, Aquila y Priscila, situada en el barrio judío del Trastevere, donde la tolerancia de Augusto permitía el libre ejercicio del culto mosaico y hasta la construcción de una Catacumba hebraica, descubierta no ha muchos años; pero más tarde San Pedro vive en el *vicus Patricius*

del aristocrático barrio que ocupaba el Viminal, y es el huésped de un Pudens, que los pacientes y eruditos trabajos de Rossi han logrado demostrar no es otro que Cornelio Pudens, el Centurión converso; su esposa se llama Priscila, y la identidad de nombre ha permitido ver en la mujer de Aquila una liberta de esta dama romana, circunstancia que, aparte de la comunidad de creencias, explica sobradamente la intimidad de relaciones entre los esposos judíos y los Pudens.

Pero un ejemplo que partía de persona de tan elevado rango, emparentado con los Cecilios, con los Pomponios y con tantos otros ilustres patricios, que se extendía en su familia, empezando por su propia esposa, era seguro que había de dar sus naturales frutos y sería causa y origen de numerosas conversiones, sobre todo entre aquellas personas que, en medio de la corrupción general, conservaban nobleza en sus sentimientos y energía en su ánimo para protestar indignadas contra los crímenes que una tiranía desenfrenada sembraba impunemente

por doquier, al amparo del terror que embargaba á los degenerados romanos del Imperio. Tal sucedió con Pomponia Grecina, dama de elevada alcurnia, esposa de Aulo Plautius, el vencedor de Bretaña, que hubo de verse herida en sus más caras afecciones con el asesinato de su prima y amiga Julia, la hija del infortunado Drusus, sacrificada á la envidia de la infame Mesalina en uno de sus raptos de sanguinaria cólera. Roma entera vió con asombro y respeto, según testimonio de Tácito ¹, á la ilustre Pomponia desafiar el furor del imbécil Claudio y de su depravada consorte, vistiendo un luto que debía conservar públicamente hasta su muerte, por espacio de cuarenta años; ¡qué mucho que mujer de corazón tan generoso abrazara con entusiasmo la religión del Crucificado, ni qué de extraño que algunos años después tuviera que comparecer ante el tribunal de familia, acusada de haber abandonado la religión del Imperio y de profesar una superstición extranjera! El voto de su marido, que presidía el tribunal,

¹ *Annal*, XIII, 82.

decidió su absolución, asegurándola al mismo tiempo mayor independencia y libertad. En el seno de la Iglesia esta valerosa matrona es designada con el nombre de Lucina, nombre misterioso que recuerda que los cristianos de los tiempos apostólicos llamaban al Bautismo *illuminatio*, porque este Sacramento disipa las tinieblas del hombre caído y lo establece en el Cristo, que se ha llamado la «Luz del mundo;» al sabio arqueólogo Rossi cabe la gloria de haber podido demostrar la identidad de Lucina y de Pomponia Grecina, de la cual aún habré de ocuparme en el curso de esta conferencia, á medida que vaya tratando del desarrollo que el Cristianismo adquiría en aquellos apartados tiempos en todas las clases de la sociedad pagana, y muy especialmente en las familias del antiguo patriciado romano.

Pero toda religión necesita de un templo donde celebrar su culto, y los cristianos forzosamente habían de servirse como centro de reunión de un lugar donde judíos y gentiles pudieran juntarse á oír la sagrada predicación y

conmemorar los misterios de la Redención sin llamar la atención ni despertar las sospechas de los paganos. Los antiguos itinerarios de los peregrinos de Roma, los primeros martirologios y otros documentos dignos de fe, señalan como tal lugar un hipogeo situado en el campo, entre las vías Namentana y Salaria, y designado con el nombre de Cementerio *Ostriatum*, aunque también se le llama *Ubi Petrus baptizabat* y *Fontis Sancti Petri*. Ya en mi primera conferencia hice notar que los hipogeos funerarios existían de tiempo inmemorial en la campiña de Roma, pues hasta entre los mismos paganos había algunos que no quemaban los cuerpos de sus muertos, y precisamente entre ellos los Cornelios siempre se distinguieron por ser afectos á la antigua costumbre de inhumación, no citándose en su familia más excepción que la de *Syla*, que ordenó sus propios funerales deseando los honores de la pira. El cementerio ó catacumba *Ostriana* debió ser, pues, el primer asilo fúnebre de los primeros cristianos á quienes su Religión no permitía quemar el cuerpo de sus difuntos; y allí, como sucedió más tarde en las demás Catacumbas,

debió existir una fuente donde el Vicario de Cristo administró el bautismo á los nuevos conversos; allí también estuvo la Cátedra ó asiento desde el cual el Príncipe de los Apóstoles enseñó la palabra divina á los fieles congregados á tal objeto, Cátedra que fué objeto de gran veneración en la primitiva Iglesia, y que aún existía en la catacumba Ostriana en tiempo de San Gregorio Magno, como tendré ocasión de recordar más adelante. Así aparece en la historia por vez primera el cementerio ó *catacumba* como lugar de enterramientos y santuario de oración y celebración de los sagrados misterios; no debía transcurrir mucho tiempo sin que aparecieran otras, pues las evangélicas predicaciones de San Pedro, en su segunda y última estada en la Ciudad Eterna, y las de su compañero San Pablo, el Apóstol de los gentiles, hicieron aumentar de tal modo el número de los cristianos, que sin duda alguna las nuevas galerías que forzosamente hubieron de abrirse en la catacumba Ostriana no bastaron á llenar las necesidades de la población cristiana de Roma, y los nobles personajes que habían abrazado la fe pen-

saron seguramente en la conveniencia de abrir, al amparo de la ley romana, hipogeos ó *Catacumbas* dentro de sus predios particulares, facilitando con tal determinación, no sólo un asilo seguro de toda superstición pagana al despojo mortal de sus hermanos ligados por el vínculo de una misma creencia, sino también un punto de reunión para los fieles, que, sin llamar la atención, podían en él consagrarse á las prácticas del nuevo culto, ó á celebrar verdaderas asambleas religiosas.

El primero que, aun en esto, dió el ejemplo, fué el Centurión converso Cornelio Pudens; y como si presintiera el glorioso destino de la nueva Iglesia, que regia el anciano Galileo, y quisiera unir al triunfo del Cristianismo el recuerdo de su conversión y su amistad con el Principe de los Apóstoles, la nueva *catacumba* se abrió en un predio de su propiedad, situado en la llanura *Vaticana*, entre las vías Triunfal y Cornelia, en el mismo sitio donde hoy, al cabo de veinte siglos, se alza imponente, sobre el sepulcro del pobre pescador de Nazaret, la

grandiosa Basílica que simboliza las glorias del Catolicismo, el triunfo de la Cruz, el cumplimiento de las promesas del Hombre-Dios. Otra catacumba se abre por esta misma época en la vía Salaria, y débese á la esposa de Cornelio Pudens, á *Priscila*, cuyo nombre ha conservado hasta nuestros días; en ella ha descubierto el infatigable Rossi los epitafios de los cristianos de la familia Pudens; un sentimiento de humildad fué, sin duda alguna, la causa que hizo elegir al ilustre Centurión y sus descendientes esta catacumba para su enterramiento, reservando la *Vaticana* para los sepulcros de los sucesores de San Pedro.

Por la misma época, ó sea pocos años antes del martirio de los Santos Apóstoles, quizás á consecuencia de la horrible persecución de Nerón y en previsión de nuevas hecatombes, la piadosa *Lucina*, cuyo ardiente celo no podía faltar en obras de esta clase, abría á sus expensas en sus propios predios varias Catacumbas, entre ellas la de la vía *Aurelia*, la de la vía *Ostiense*, que no había de tardar mucho tiempo en ser de las más visitadas, por recibir en su seno

al glorioso cuerpo de San Pablo, y la catacumba de la vía *Apia*, que aun hoy se designa con el nombre de su fundadora; sabido es que esta vía, la más frecuentada por las clases ricas, tanto de la República como del Imperio, era el lugar preferido por las mismas para sus tumbas, que bordeaban á derecha é izquierda el camino hasta Alba; detrás de ellas se extendían las villas (*villæ*) que pertenecían de ordinario á las mismas familias, cuyos monumentos funerarios estaban contiguos á la vía; el conocimiento de esta circunstancia ha permitido á Rossi comprobar que los mármoles fúnebres de los Pomponios paganos se encuentran en los lindes del camino, en el terreno anejo á la catacumba de Lucina, y que en su interior han aparecido las inscripciones sepulcrales de los Pomponios cristianos, entre ellos el de Pomponio Græcino, padre de la misma Lucina.

No habían de transcurrir muchos años sin que en la vía *Apia* se abrieran dos nuevas Catacumbas, la de *Pretextato* y la de los *Cecilios*, familias unidas entre sí y con la de los Pomponios con vínculos de parentesco, y sin que en la

via Ardeatina se construyera el soberbio ambulario y catacumba de *Flavia Domitilla* y el cementerio de los Santos Nereo y Aquileo; pero es forzoso, para el mejor conocimiento de ellas, el que me detenga previamente en la narración de ciertos hechos y particularidades ligadas íntimamente con la historia de la primitiva Iglesia cristiana.

Aulus Plautius, el esposo de Lucina, protegió durante su vida á una familia plebeya y extranjera á Roma, la cual no había de tardar muchos años en ocupar el trono y formar una dinastía imperial, la de los *Flavios*; precisamente en la guerra de Bretaña, que valió á Aulus Plautius los honores del triunfo el año 47 de la era vulgar, se distinguieron, peleando á sus órdenes como oficiales, sus protegidos los hermanos Sabino y Vespasiano, más tarde Emperador, y Tito, hijo de éste, que también estaba destinado á ocupar el solio imperial; á la terminación de la guerra, el mayor de los hermanos, Tito Flavio Sabino, recibió la mayor muestra de consideración de Plautius y Pomponia, que

acordaron el matrimonio de su hija Plautia con este soldado afortunado; varios hijos tuvo este matrimonio, entre ellos Plautilla, la ferviente y celosa discípula de San Pablo, madre de Flavia Domitilla, virgen martirizada en tiempo de Domiciano, Tito Flavio Clemente, que casó con Flavia Domitilla, nieta del Emperador Vespasiano, ambos fervientes cristianos que más tarde habían de ser víctimas de su fe y de la crueldad de su pariente Domiciano; pronto volveré á ocuparme de estos personajes; pero no puedo pasar en silencio el nombre de otra joven de la familia Flavia, á la cual Pomponia Grecina profesó un tierno afecto, Petronilla, hija de Flavius Petro, y á la cual en la Edad Media los autores de su leyenda, engañados con la semejanza de nombre, hasta llegaron á suponerla hija de San Pedro, cuando no fué más que su conversa y la primera virgen consagrada al servicio de Dios que registran los anales de la Iglesia cristiana, para lo cual rehusó la alianza con el caballero romano Flaccus, pariente de Lucina; el sarcófago de esta santa reposó hasta el siglo VIII en una sala particular de la cata-

cumba de su parienta Flavia Domitilla, y la región de este cementerio, donde fué enterrada, se designa en los antiguos documentos, *ad Sanctam Petronillam*.

Bien se ve, por lo que antecede, que no cesaban los efectos de la predicación de San Pedro; proseguían las conversiones en las familias patricias que habitaban el *vicus Patricius*, cerca del *domus Pudencianus*, donde residía el primer Pontífice, y tantas y tan continuadas fueron, aun en lo sucesivo, que este aristocrático barrio, situado entre el Viminal y el Esquilino, llegó á ser sospechoso á la sociedad pagana, mereciendo una sátira de Juvenal ¹, que pinta á los cristianos que vienen de Oriente acogidos con ternura en las casas más poderosas de este barrio, de las cuales no tardan en hacerse los verdaderos amos: así vemos á San Cleto, de la familia de los Emilios, y á San Clemente, de la de los Claudios, consagrados Obispos por San Pedro y debiendo sucederle en el Pontificado al poco tiempo, pues

¹ *Satir*, III.

las palabras del divino Maestro á su discípulo: «Tú me seguirás», habían de tener pleno cumplimiento el 29 de Junio del año 67; día memorable para la Cristiandad, que vió al Apóstol primado y al Apóstol de los gentiles dar testimonio de la verdad evangélica con su propia vida, conquistando la palma del martirio que miles de sus discípulos habían ya conseguido en la terrible persecución de Nerón. No me permite la índole de esta conferencia pararme á narrar los detalles de su gloriosa muerte, que todos conocéis; pero sí debo recordar que el cuerpo de San Pedro fué enterrado por el cuidado del Centurión Cornelio Pudens en la *catacumba vaticana*, y el de San Pablo fué recogido por Lucina, quien lo depositó en la *catacumba Ostiense*. ¡Quién había de creer que al terminar aquel día memorable, á favor de las sombras de la noche, aquellas dos tumbas, selladas con tanto respeto y cariño, habían de ser violadas, y los cuerpos santos arrebatados de allí por algunos cristianos del Oriente que reclamaban para su país la gloria de poseer tan preciado tesoro, fueran transportados á la vía Apia, con idea de conducirlos á

algún puerto de la Italia meridional donde pudieran ser embarcados con sigilo! Conocidos son de todo el mundo, según el testimonio de San Dámaso y San Gregorio el Magno, los detalles milagrosos de su rescate en el sitio donde los fugitivos depositaron su preciosa carga, en la vía Appia, á dos millas de la Ciudad Eterna; ya me cuidaré en el curso de esta conferencia de hacer notar que á este mismo sitio hubieron de ser transportados de nuevo en el siglo III, en tiempo de San Calixto, y allí permanecieron durante un período de treinta años, despertando su presencia tal veneración y respeto, que fué codiciado por los cristianos como especial gracia el ser enterrados junto á estas tumbas de los Apóstoles, *ad Catacumbas*; y con este nombre se designó desde los primeros siglos esta región, donde algún tiempo más tarde se construyó la Basílica de San Sebastián; haciendo notar á este propósito con cuánta impropiedad en el siglo XVII empezó á usarse este nombre de *Catacumbas* como sinónimo de los cementerios ó hipogeos cristianos de Roma.

*
* *

¡Qué de sucesos extraordinarios habían de realizarse pocos años después del martirio de los Apóstoles! El advenimiento al poder del Imperio de la familia Flavia, en cuyo seno había ya tanto cristiano; el cumplimiento de las divinas profecías con la conquista de la Judea, el sitio y destrucción de Jerusalén, y la cautividad y dispersión de los judíos, que vencidos fueron empleados en la construcción del colosal Anfiteatro Flavio, cuya arena había de ser el campo de batalla de tantos mártires, uno de los sitios donde se decidió por el invencible valor de estos humildes héroes, tras numerosas y cruentas luchas, la victoria final del Cristianismo. Al cabo de diez y ocho siglos, el monumental arco de Tito, que se alza á la entrada del Foro romano, danos testimonio de la entrada triunfal de Vespasiano y su hijo, entre las aclamaciones del pueblo delirante de entusiasmo, celebrando la derrota del judaísmo efectuada, según expresión del mismo Tito, «no por la mano de los hombres, sino por la mano de Dios.» No faltaron en esta ocasión las inscripciones que en honor á Vespasiano le dedicaron las diversas tribus de la ca-

pital del Imperio; entre ellas se han encontrado cinco de la tribu *Succusana*, que ocupaba en la quinta región todo el barrio aristocrático del Viminal y Esquilino; en cuatro de ellas, consagradas á la Fortuna, á la Victoria y á la Paz, que tenían sus templos, sus altares y sus ídolos en Roma, se ve claramente que cuantos patricios aparecen al pie de ellas, figurando en gran número con sus nombres, son paganos; la quinta inscripción ¡cosa extraña! sólo está dedicada á la *alegría pública*, expresión halagüeña ciertamente para Vespasiano, pero desprovista de toda alusión pagana; á su pie tan sólo figuran cinco nombres de los jóvenes de la tribu, y uno de ellos dice: «Quinto Cornelio Pudenciano, hijo de Quinto Cornelio Pudens, el mismo que con el tiempo fué padre de dos santas muy veneradas en Roma, Pudenciana y Práxedes.»

He hecho notar, hace un momento, que en la misma familia imperial de los Flavios abundaban los cristianos, y debo parar mi atención sobre ellos, pues su nombre va unido al de una de las Catacumbas más principales de Roma. El hermano mayor del Emperador Vespasiano,

llamado Flavio Sabino, yerno de la piadosa matrona Lucina, fué durante doce años prefecto de la Ciudad Eterna, pereciendo en el motín que promovió la caída de Vitelio; según el testimonio, nada sospechoso, de Tácito ¹, su conducta pública y privada hacía que todos reconocieran en él el modelo de los magistrados públicos, y el mismo historiador declara que su dignidad bastaba para enaltecer á los Flavios antes que Vespasiano fuera elegido Emperador; ni deja de consignar el rasgo de que en sus últimos tiempos siguió una conducta que motivó el que algunos le acusaran de debilidad, mientras que los demás reconocían en él un tipo de moderación, cuya clemencia le hacía evitar el derramar sangre humana; este juicio, en boca de un historiador pagano como Tácito, ya sabemos lo que significa: Flavio Sabino era cristiano. Dos hijos y una hija dejó á su muerte este probo y modesto hombre público, todos ellos cristianos: Tito Flavio Sabino, que casó con Julia Augusta, hija del Emperador Tito; Tito Flavio Clemens,

¹ *Histor.*, lib. III, cap. LXXV.

casado con Flavia Domitilla, nieta de Vespasiano, ferviente cristiana también y cuyos hijos, Vespasiano y Domiciano, educados por Quintiliano, habían sido adoptados por el sanguinario Emperador Domiciano para sucederle en el solio imperial; finalmente, la hija de Flavio Sabino fué Plautilla, la entusiasta y fiel discípula de San Pablo, madre á su vez de Flavia Domitilla, de la que voy á ocuparme en breve.

Nada podía hacer presagiar que una dinastía cuyos dos primeros Emperadores no se manifestaban tiranos ni crueles, que por la circunstancia de contar en el seno de su misma familia á fervientes cristianos, que al mismo tiempo se distinguían por sus virtudes cívicas, habían de dispensar á la nueva Religión una tolerancia que las recientes vicisitudes hacían más notable, terminaría con un tirano como Domiciano, continuador de la era de persecuciones iniciadas por Nerón contra la Iglesia de Cristo. Ya San Clemente, en tiempo de Vespasiano, cual si previera que la tregua no había de ser de larga duración, tomaba sus

precauciones para el combate; acababa de ver sufrir tormentos sin cuento á innumerable multitud de cristianos de toda clase y edad, y á quienes las violencias y crueldades de Tigelinus, digno prefecto é inspirador de Nerón, habían proporcionado la inmarcesible palma del martirio, y no sólo se desconocían los detalles de los interrogatorios y respuestas de estos héroes de la fe, sino que ni siquiera sus nombres podían ser transmitidos á la posteridad; á la Nueva Iglesia cristiana convenia reunir en cuerpo tan útiles enseñanzas, y el Santo Pontífice atendió á esta necesidad dividiendo la Ciudad Eterna en siete regiones, al frente de cada una de las cuales puso un diácono, é instituyendo siete notarios adscritos á cada una de las siete regiones, y cuya misión principal era redactar las *Actas de los mártires*, consignando en ellas las respuestas de los cristianos á sus tiranos y perseguidores, los diversos tormentos á que eran sometidos y las particularidades de su gloriosa muerte.

No fueron vanas tales precauciones; la persecución se inauguró con el tormento y destierro

del venerable anciano San Juan, último superviviente de los Apóstoles del divino Salvador; pero la saña del tirano no podía dejar de hacerse sentir entre sus propios parientes; Sabino fué asesinado de orden de su primo Domiciano, quien al poco tiempo nombró Cónsul á Flavio Clemens, hermano de aquél; no valieron á éste ni sus virtudes, ni sus grandes dotes de mando, ni sus prendas de carácter, que historiadores como Suetonio, Filostrato, Tácito y otros consignan en sus escritos, y terminado el año de su mando, acusado con otras muchas personas de impiedad hacia los dioses y de haber abrazado los ritos judíos (como llamaban los paganos á los primitivos cristianos), fué condenado á ser decapitado: así lo refiere, entre otros, Dion Cassius, quien cita entre las víctimas otro Cónsul, Acilio Glabrio. Ni las nobles damas de la familia imperial se vieron libres de la saña del sanguinario Emperador; Flavia Domitilla, la esposa de Flavio Clemens, fué despojada de sus bienes y desterrada á la isla Pandataria; y la inocente doncella Flavia Domitilla, hija de Plautilla, que poco tiempo antes había desecha-

do las pretensiones del Cónsul Aurelius Fulvus, y se había consagrado al Señor, recibiendo el velo de manos de San Clemente, tampoco escapó á esta persecución, siendo desterrada á la isla Pontia en compañía de sus dos tutores, Nereo y Aquileo, y de sus amigas Eufrosina y Teodora, también vírgenes consagradas á Dios; una piadosa leyenda asegura que esta última era la vestal máxima Cornelia, que después de haber sido enterrada viva de orden de Domiciano, en castigo de una supuesta falta, había sido libertada de su tumba por San Clemente, el cual logró convertirla á la fe cristiana. Poco tiempo después el Cónsul Aurelius Fulvus trató de comprar la fidelidad de Nereo y Aquileo, y ante su constancia en rechazar sus ofertas los hizo trasladar á Terracina, y acusándolos de cristianos los condenó á ser decapitados; sus cuerpos fueron rescatados por el cristiano Auspicius, que los condujo á Roma y les dió sepultura en la catacumba de Domitilla, en la vía Ardeatina: privada del apoyo de sus fieles tutores, Flavia Domitilla hubo de experimentar en la soledad de la isla Pontia las asechanzas y persecuciones

de Aurelius Fulvus, quien, encolerizado del ningún éxito de sus halagos y de sus amenazas, se vengó, conduciéndola, juntamente con sus compañeras, á Terracina, con pretexto de mitigar los rigores de su destierro, y dando orden de prender fuego á la casa en que las encerró la primera noche de su llegada: así perecieron las fundadoras del primer Monasterio cristiano. Tres siglos más tarde, sabemos, por el testimonio de San Jerónimo¹, que Santa Paula, al marchar á Palestina para fundar en Jerusalén el monasterio donde había de morir, se detuvo en la isla Pontia para visitar las ruinas de las celdas que habían habitado estas ilustres penitentes que hoy venera la Iglesia cristiana en sus altares.

Durante la dominación de los Flavios, y aparte de otras *Catacumbas* menos importantes ó menos conocidas, se abrieron junto á la via Appia dos muy notables: la de *Pretextato* y la de los *Cecilios* cristianos, que los trabajos ar-

¹ *San Jerónimo*, lib. III, Epíst. VIII.

queológicos han conseguido demostrar estaban emparentados con la familia del primero, explicándose así el epitafio de un Septimio Pretextato Ceciliano hallado en la cripta de Santa Cecilia, y los numerosos epitafios de los Cecilios cristianos hallados en la catacumba de Pretextato, en la cual la santa mártir mencionada hizo depositar (como haré notar en el curso de esta conferencia) los cuerpos de su esposo y cuñado después de ser martirizados. En la vía Ardeatina se abrió por la misma época la *catacumba* que *Flavia Domitilla*, la nieta del Emperador Vespasiano, dispuso para los cristianos de su familia; allí enterró á Santa Petronilla; allí, más tarde, recibieron sepultura los Santos Nereo y Aquileo (como ya hemos visto), y al rededor de estas tumbas venerables se fué formando uno de los más importantes cementerios cristianos de los primeros siglos; no ha muchos años que se han descubierto las ruinas de su monumental entrada con el vestibulo, *ambulacro*, *triclinium* para los agapes ó banquetes fúnebres, y otras dependencias para los guardianes de este hipogeo fastuoso: ya hice notar en la conferencia

anterior, que las decoraciones pictóricas de esta catacumba son bellísimas, que su pureza de estilo y su esmerada ejecución, además de asignar con toda certidumbre la época en que fueron ejecutadas á fines del siglo I y principios del II, las hacen sostener el parangón con lo mejor que en su género nos ha legado el arte romano del Imperio.

*
* *

Si la historia de las Catacumbas aparece interesantísima en el siglo I de la Iglesia, merced á los notables descubrimientos que la ciencia arqueológica ha realizado en nuestros días para gloria del Catolicismo, ese interés no decae durante el siglo II, ó sea en la era de los Antoninos, que inaugura el español Trajano. Sensible me es tener que tratar de esta época con brevedad suma, ciñéndome á la narración de aquellos hechos en los cuales pueda cimentar afirmaciones que hace medio siglo hubieran podido parecer aventuradas, y que hoy son verdades inconcusas, en cuya demostración han tenido principal parte los estudios y descubrimientos de las

Catacumbas realizados durante los gloriosos pontificados de Pío IX y León XIII.

No hace muchas semanas que el digno Presidente de este Centro emitió, en una de sus eruditas conferencias, la idea de lo beneficioso que sería á las doctrinas católicas el estudio de la influencia que en las leyes del Imperio romano pudieron tener las doctrinas del Cristianismo, que tan rápidamente se difundió en la sociedad pagana, en los primeros siglos de su predicación; y precisamente la época de los Antoninos es la corroboración más completa de la exactitud de su ingeniosa observación.

¿Cómo jamás pudo nadie imaginarse que en el seno de la sociedad pagana, de aquella sociedad sin entrañas que rebajaba al hombre á la esclavitud, considerándole de peor condición que una bestia, había de reinar un Trajano que esbozara lo que en toda sociedad cristiana es uno de sus más sagrados deberes, la beneficencia pública, creando una institución en favor de las viudas y los huérfanos pobres, hecho que tanta resonancia tuvo, que fué representado en un bajorrelieve que ornaba el *pluteum* de lá tribuna

de los rostros en el foro romano, como ha podido comprobarse en las excavaciones realizadas en aquel sitio hace pocos años? ¿Qué explicación tiene el decreto de Adriano mandando construir en su Imperio templos sin ídolos, templos dedicados á un Dios inmaterial, en un pueblo que dignificaba, no ya á los mortales, sino sus vicios más infames, cuyo senado decretaba honores divinos y erigía templos al mismo Adriano y á su infame favorito Antinous? ¿Ni quién pudo esperar que la sentida apología de San Justino había de dar como resultado el decreto de Antonino, que condenaba con severas penas á los denunciadores, en una sociedad donde estos viles personajes eran hasta entonces colmados de honores y riquezas?

Y aquí viene el sentar una de las afirmaciones á que antes me refería: el maravilloso desarrollo del Cristianismo en la sociedad pagana, que explica la influencia que la nueva doctrina había de ejercer en las leyes y en las costumbres de sus enemigos; la inmensa extensión que ocupaban las Catacumbas cristianas hasta hoy des-

cubiertas; sus millones de tumbas, sus interminables galerías, ¡con cuánta elocuencia demuestran que los clamores de los paganos de este siglo no eran vanos, y que las respuestas de Tertuliano se ajustaban á la verdad más estricta, sin exageración alguna! ¿Quién no recuerda esta página interesante de la historia del Cristianismo? «La capital está sitiada, decían los paganos, los cristianos están en todas partes, » hasta en los campos, en las aldeas y en las » islas. Personas de todo sexo, de toda edad, » hasta revestidas de toda clase de dignidades, » nos abandonan para engrosar sus filas y tomar » ese nombre funesto;» á lo cual el severo africano, después de referir los indignos tratamientos á que eran sometidos los cristianos en muchos puntos del Imperio, añadía: «¿Podéis decir » que jamás hayamos buscado las represalias? Y, » sin embargo, nos bastarían una noche y algunas antorchas para vengarnos cumplidamente si nos fuese permitido volver mal por » mal. ¿Qué son, después de todo, los moros, los » marcomanos, los parthos mismos, naciones aisladas si se les compara al mundo entero? Nos-

» otros somos de ayer, y ya llenamos todo el espacio de que podéis disponer. Se nos encuentra por todas partes: en las ciudades, en las islas, en las aldeas, en los municipios, en los con- sejos, en los campos, en las tribus, en las decurias, en palacio, en el Senado, en el Foro; no os dejamos más que vuestros templos. Que se cuenten vuestros ejércitos; el número de cristianos de una sola provincia es superior al de aquéllos.»

Las mismas Catacumbas nos dan la explicación satisfactoria de estos hechos; la Religión cristiana existe con independencia de la familia y de la patria, y está por cima de ellas; pero es un vínculo tan poderoso entre los creyentes, que les hace considerarse como hermanos y desear el ser depositados á su muerte en los cementerios comunes, junto á los mártires de la *buena nueva*; no importa que su patria, su nacimiento, su fortuna, su educación, sea diferente, ni que hayan ejercido distinta profesión, ni que quizás jamás se hayan conocido en vida; abandonan gustosos la vecindad de sus parientes y amigos, que los paganos consideraban como uno de los

grandes consuelos de la muerte, y vienen á formar entre desconocidos, con los cuales, sin embargo, esperan una patria común, el Cielo prometido por el Divino Salvador.

No faltaron, sin embargo, á los discípulos de Jesucristo, bajo el poder de los Antoninos, las tribulaciones anunciadas por su Divino Maestro: el mismo Trajano, cuyas grandes virtudes cívicas, moderación de carácter y obras beneficiosas que realizó, le valieron la admiración de todo el mundo, hasta el punto de haber sido muy válida en la Edad Media la leyenda según la cual, por un milagro especial de Dios, su alma se había salvado gracias á las fervientes oraciones de San Gregorio Magno, contristado á la vista del magnífico Foro trajano con la idea de que un Emperador tan bondadoso no hubiera podido salvarse; el mismo Trajano, repito, persiguió á los cristianos, fué injusto y cruel con ellos como se ve en su correspondencia con Plinio *el Joven*, y no temió suscribir esta sentencia contra el Obispo de Antioquía: «Hemos acordado que Ignacio, que pretende llevar en sí el Crucificado,

sea conducido encadenado á la gran Roma, á fin de que sirva de pasto á las fieras para diversión del pueblo:» y durante su mando fueron también martirizados el prefecto Hermés y Teodora su esposa, así como el tribuno guardián de las cárceles, llamado Quirino, y su hija Balbina, á la cual la Iglesia es deudora de poseer las cadenas de San Pedro; precisamente la *cripta* construída para enterramiento de *San Hermés*, que aun hoy puede visitarse, presenta la particularidad de que se aprovechó una *arenaria* abandonada y en ella se construyó la cripta de fábrica de ladrillo, según el estilo que entonces se empleaba.

Elio-Adriano, cuyo nombre va unido á la abolición del de Jerusalén, que hizo cambiar por el de Elia-Capitolina, nos recuerda que en su tiempo por vez primera se atrevieron los cristianos de Atenas á pedir su apoyo, presentándole tres apologías que dieron por resultado el que este Emperador, que alardeaba de filósofo, prohibiera las matanzas de cristianos en tumultos provocados por sus enemigos; pero un hombre de espíritu bastante ruin para hacer

decapitar al arquitecto griego Apolodoro de Damas, á quien trataba de amigo y cofrade, porque éste no supo ser lo bastante adulator y cortesano para dejar de hacer observaciones acerca del mérito del proyecto del templo de Venus y Roma, obra del Emperador arquitecto, no es de extrañar que, á pesar de su decantada filosofía, por la respuesta del oráculo del templo de Hércules en Tivoli, al cual consultó acerca de la duración de la famosa villa Adriana, que por entonces había construído, hiciera sacrificar á la cristiana Santa Sinforosa y sus siete hijos, que, nuevos Macabeos, antes consintieron perder la vida que ofrecer incienso á los falsos dioses.

Elegido sucesor de Adriano, Aurelio Antonino, llamado *el Piadoso*, hijo de Aurelio Fulvo, que ya he citado anteriormente, la Iglesia cristiana disfrutó de una paz que sólo puede compararse á la que más tarde pudo verse en tiempo de Alejandro Severo; así se comprenden los rápidos progresos que por esta época hizo en todo el Imperio la Religión del Crucificado; si embargo, la adopción por Antonino, para sucederle en el Imperio, del sobrino de su mujer,

Marco Annio Aurelio, que toda su vida blasonó de estoico, cuyo odio y envidia contra los cristianos tendré ocasión de probar en breve, puso en grave peligro á éstos con ocasión de incendios y otras calamidades que afligieron á varias ciudades del Imperio, sin exceptuar la misma Roma, y que Marco Aurelio y sus preceptores, filósofos también, no tuvieron reparo en achacar á los discípulos del Divino Salvador: en esta ocasión fué cuando el filósofo converso, San Justino, escribió su primera apología á Antonino, que tan buenos resultados dió á la Iglesia, que aprovechando la libertad que se le concedía y siguiendo en su incesante predicación, pudo contar entre los creyentes varios individuos de la familia Annio, la propia de Marco Aurelio: al infatigable Rossi somos deudores de este descubrimiento, demostrado por multitud de epitafios por él hallados en la catacumba de Lucina, entre otros uno de una Annia Faustina, nieta de Marco Aurelio y sobrina de Commodo, casada con un Pomponio Baso.

En la rápida enumeración de los Antoninos,

forzoso es detenerme un momento en Marco Aurelio, no sólo porque en su tiempo ocurrieron sucesos enlazados con el objeto principal de mi conferencia, que por lo mismo debo tratar, sino porque á este Emperador, que hacía gala de estoico, se han complacido muchos historiadores, aun en nuestros días, en rodearlo de una aureola de superioridad y virtud, presentándole como el modelo de reyes, cuando en el fondo fué un carácter débil, poco elevado, que ni puso freno ni correctivo alguno á las liviandades de su esposa Annia Faustina, ni tuvo empacho en pedir al Senado los honores de diosa para esta mujer infame, en cuyo honor levantó templos é instituyó un culto: sus preceptores Fronton, Rústicus, Herodes Ático, filósofos estoicos unos y cínicos otros, pero respirando todos odio al Cristianismo, desde bien joven le inspiraron el mismo sentimiento, al cual no tardó en añadir una envidia que se descubre en sus cartas íntimas, escritas con la misma intención que hace dictar los *interviews* á los personajes de nuestros días; en una de sus cartas á Fronton aboga por el suicidio, que aconseja al filósofo como efecto

de una reflexión madura, añadiendo ¹: «Es preciso evitar el ir á la muerte como niños imbéciles, cual lo hacen los cristianos.» ¡Qué vil sentimiento se descubre en estas palabras! Miente á sabiendas, pues conocía la apología de San Justino, las admirables respuestas de los mártires y confesores que protestaban que, si se ofrecían con noble ardor á la muerte, era porque querían huir del mal á que se les provocaba, porque sabían que por aquel sangriento camino llegaban á Dios. Y hecho digno de llamar la atención, los judíos monoteístas que no practicaban la religión pagana, jamás fueron molestados en sus creencias, pero se unían perfectamente con estos filósofos ruines para atizar el odio de los paganos contra los discípulos de Cristo, á quienes denunciaban y perseguían cuantas veces les era posible; ya antes se lo había echado en cara San Justino, cuando á raiz del decreto protector de Antonino les decía: «Vosotros no podéis hoy maltratarnos porque el que tiene poder sobre vosotros os lo prohíbe;

¹ *Pens.*, lib. x.

pero antes, todas las veces que os era posible, lo hacíais.» Desgraciadamente, el carácter del nuevo Emperador Marco Aurelio les había de proporcionar repetidas ocasiones de satisfacer sus instintos de odio contra los discípulos del Crucificado.

Santa Felicitas y sus siete hijos, de la ilustre familia Claudia, abren la era sangrienta de esta nueva persecución, llevada á cabo con hipocresía; y la existencia de estos santos, que algunos panegiristas de Marco Aurelio se habían atrevido á poner en duda, aparte de otros medios y documentos, ha quedado demostrada, esta vez como otras muchas, por el descubrimiento llevado á cabo por Rossi de sus tumbas y de sus inscripciones en diversas Catacumbas de Roma, y hasta de una pintura mural histórica en el cementerio de Priscilla, en la cual están representados los siete mártires arrodillados, teniendo delante de sí los panes y pescados simbólicos. No tardó en seguir el mismo camino el filósofo y apologista cristiano San Justino, cuyo cadáver enterró Santa Práxedes en el cementerio de su abuela Priscilla.

Algunos años más tarde, en la guerra con los Marcomanos al otro lado del Danubio, Dios se dignó efectuar un milagro á la vista del Emperador y de su ejército, atendiendo las súplicas de los 6.000 soldados cristianos de la legión *Fulminante* que, arrodillados y en cruz sobre el campo de batalla, elevaron sus oraciones al Altísimo pidiéndole el beneficio de la lluvia que, en forma de borrasca, decidió la derrota de los Marcomanos; y aunque por entonces Marco Aurelio suspendió la persecución contra los cristianos y volvió á poner en vigor el decreto de Antonino contra los denunciadores, ni este milagro, ni la seguridad que adquirió de que en la conspiración y revueltas promovidas en Oriente por Casio, algún tiempo después, se había encontrado mezclado ningún cristiano, pudo mudar en su ánimo la antipatia que sentía á cuantos llevaban este nombre; y así se comprende que, á pesar de las nuevas apologías, algunas de las cuales llevaban títulos tan expresivos como la de Milciades, que la llamaba *Para la filosofía cristiana*, el envidioso Emperador contestara á las consultas que sobre la suerte que debía

darse á los cristianos se le hicieron de diversas provincias del Imperio, con esta cruel respuesta ¹: «los que se confiesen cristianos deben ser muertos por la espada, y los que nieguen serlo puestos en libertad sin causarles daño alguno;» y el que escribía orden tan cruel es el mismo que nada hacía para impedir el contagio del paganismo y supersticiones de Oriente, que precipitaron la caída del Imperio, y que en sus cartas hacía alarde de un candor demasiado vanidoso para ser sincero.

*
* *

A pesar de estas persecuciones, más ó menos disimuladas ó hipócritas, la Iglesia Romana seguía extendiendo su predicación por las provincias más apartadas del Imperio y entre las naciones más bárbaras, hasta el punto que Lactancio ² pudiera asegurar por aquel tiempo que «la Iglesia pudo extender sus brazos tanto á Oriente como á Occidente. No hubo rincón de tierra,

¹ *Acta. Mart. Lugd.*

² *De mortibus persec.*, cap. III.

» por lejano que fuese, donde el culto de Dios
» no penetrase; no hubo ya nación, por feroz que
» fuese, que no hubiese aceptado la verdadera
» Religión y suavizado sus costumbres por medio
» de obras santas. »

El poder y riqueza de la Iglesia de Roma acreció en tales términos, que no sólo construyó y agrandó las numerosas Catacumbas, de algunas de las cuales he hecho mérito, sino que poco después emprendió la excavación del vasto cementerio de San Calixto, como veremos en breve; pero además estas riquezas le permitieron atender á las numerosas necesidades del culto y de la asistencia de desvalidos y pobres, no ya en Roma, sino hasta en Siria, en Arabia y en los más remotos confines del Imperio; ¡con cuánta efusión agradece tales beneficios San Dionisio, Obispo de Corinto, en su carta dirigida á la Iglesia Romana durante el Pontificado de Sotero: «Desde el principio, dice, habéis
» tenido la costumbre de colmar á vuestros her-
» manos de toda clase de beneficios, y se os ha
» visto enviar subsidios para las cosas necesarias
» á la vida, á las diversas iglesias establecidas

» en un gran número de ciudades. Vosotros pro-
» veíais así á las necesidades de los indigentes
» en nuestras ciudades, y de los hermanos que
» están forzados al trabajo de las minas; y al dis-
» tribuir estas riquezas, no hacíais más que imi-
» tar, vosotros, romanos, el ejemplo que nos han
» dado desde un principio los cristianos de
» Roma, vuestros padres. Pero Sotero, vuestro
» Obispo, no sólo ha seguido esta munificencia
» tradicional, sino que la ha aumentado por la
» abundancia de subsidios que ha enviado á los
» santos, así como por la manera cariñosa que
» ha tenido de prodigar consuelos á nuestros her-
» manos que viajan, cual un padre lleno de ter-
» nura obra con sus hijos.»

Por una coincidencia notable habíanse ido construyendo varias Catacumbas importantes, como la de Lucina, Pretextato, Cecilia, tan cercanas unas de otras en la vía Appia, que con el tiempo habían de unirse; no lejos de éstas se hallaban las de Domitilla y la de San Nereo y Aquileo, y entre unas y otras iban á comen- zarse las excavaciones de la catacumba de los Papas del cementerio de San Calixto; pues bien,

reservado estaba á uno de los profesores de Marco Aurelio, á Herodes Ático, Rector ateniense, el construir en las inmediaciones de estos santos cementerios un conjunto de monumentos á la memoria de su esposa Annia Atilia Regilla, que, poco tiempo después y sin que él pudiera sospecharlo, había de ser célebre en los fastos de la Iglesia cristiana de Roma, como uno de los sitios donde sus hijos alcanzaron las más gloriosas victorias; al rededor de estos monumentos designados por *Triopius*, por estar dedicados á Céres, se formó un *pagus* ó poblado, con una plaza á su entrada, donde se encontraba un templo de Júpiter; y tal fué el considerable número de cristianos ejecutados en esta plaza, que recibió el nombre de *Locus trucidatorum*, en vez del de *pagus Triopius hospitalarius* que ;sarcasmo sangriento! le había dado su dueño Herodes Ático.

Á este sitio va unido el recuerdo de una de las santas que más ha ocupado á los historiadores, y en cuya vida se han inspirado literatos y artistas de todos tiempos para producir sus

más sublimes composiciones: me refiero á la virgen de las Catacumbas, á la noble patricia romana Santa Cecilia; ¡con qué sentimiento me veo obligado por la premura del tiempo á no hablaros de su vida ideal, de sus amores de ángel, de sus bodas, tan castas como el voto que guardó fielmente hasta el día que la espada del verdugo le abrió las puertas del Cielo, por el que siempre suspiró en vida y en el que había de verse premiada con la blanca corona de azucenas de las vírgenes y con la verde palma de los mártires! Si queréis experimentar los dulces sentimientos que una relación llena de perfumes divinos y de dulce poesía produce en un corazón cristiano, leed las «Actas de esta santa», y elegid para ello, entre las varias que corren impresas, las que el arqueólogo á quien tanto debe la Iglesia cristiana, el caballero Rossi, ha restablecido en su texto primitivo, separando, con su claro talento y vastos conocimientos, los retoques y añadidos que inhábiles copistas ó cristianos más celosos que discretos habían agregado en siglos posteriores; así comprende este modesto sabio, sea dicho de pasada, el papel



del arqueólogo, que, como dice el mismo, «no
» debe ceñirse á transcribir los anales compues-
» tos por los escritores; sino que debe descubrir
» y restituir, sacando partido de todo indicio y
» de todo fragmento, guiado por el sentido y el
» tacto de la antigüedad.»

Dispensadme esta digresión, á la que involuntariamente me he dejado llevar; y volviendo á mi narración, debo hacer constar que en esta plaza del *pagus Triopijs*, y en los últimos tiempos de Marco Aurelio, perecieron decapitados por la fe el esposo de Santa Cecilia, Valeriano, y su hermano Tiburcio, de la ilustre familia de los Valerios, juntamente con Máximo, el escribano del tribunal, al que convirtió el valor de los dos hermanos, el cual, como plebeyo, sufrió el suplicio de ser azotado con látigos armados de balas de plomo; los cuerpos de estos tres mártires fueron depositados por Santa Cecilia en la catacumba de sus parientes, los Pretextatos, en la vía Appia.

Algunos meses transcurrieron hasta que la valerosa virgen hubo de comparecer ante el magistrado Amachius y sufrir un interrogatorio,

que por dicha nuestra se conserva íntegro; su entereza y su constante negativa á abjurar de la fe cristiana, hizo discurrir á sus enemigos un modo de hacerla perecer sin llamar la atención de la alta sociedad romana, que en ella veía la descendiente de una de las más ilustres familias patricias, á la que Roma era deudora de tantos días de gloria; así fué como Amachius ordenó que fuera encerrada en el *caldarium* de la sala de baños de su palacio del Trastevere y se la hiciera perecer asfixiada por los vapores producidos por un fuego continuo en el *hipocausto*; Dios permitió se realizara el milagro de que saliera ilesa de tal tormento, y la filosofía coronada, y el fisco, que aguardaba ansioso el momento de apoderarse de la pingüe fortuna de la hija de los Metellos, acordaron que pereciera al filo de la espada del lictor: después de tres golpes que no pudieron separar del cuerpo la cabeza de la santa virgen, ésta quedó tendida en la sala de baños, pues una ley romana prohibía repetir los tajos sobre la víctima que no quedaba muerta al tercero.

Tres días luchó la ilustre doncella con las an-

sias de la muerte, rodeada de los pobres, de quienes era la providencia, hasta que á su ruego la visitó el Obispo Urbano, venerable anciano vicario del Pontífice Eleuterio, que cuidaba de las Catacumbas de la vía Appia, y al cual recibió con estas palabras, que pintan la dulzura y entereza de su alma: « Padre, he pedido al Señor este plazo de tres días, para poder entregar en vuestras manos estos pobres, que yo sostenía, y esta casa, que deberá consagrarse para siempre en Iglesia de Dios.» Después de estas palabras, la noble mártir exhaló su último suspiro; Urbano, asistido de sus diáconos, colocó su glorioso cuerpo en un ataúd de ciprés, sin tocar sus ricas vestiduras bordadas de oro, respetando hasta la actitud en que había expirado y colocando á sus pies los lienzos y velos empapados en su sangre, recogida piadosamente por los fieles cristianos sus hermanos: este ataúd fué depositado en un sarcófago de mármol, y una vez cerrado y sellado ocupó el nicho de la sala funeraria de la catacumba de los Cecilios en la vía Appia; ya me ocuparé detenidamente de este sepulcro en mi próxima conferencia, pues su descubrimiento

en este siglo ha sido uno de los faustos sucesos del Pontificado de Pío IX. No tardó el mismo Urbano en ser martirizado de orden del mismo Amachius, y su cadáver, recogido por una piadosa mujer llamada Armenia, fué depositado en una cripta de la catacumba de San Pretex-tato.

Tan grande fué la impresión que la gloriosa muerte de Cecilia y el ejemplo de Valeriano y Tiburcio produjo en la sociedad romana, que el historiador Eusebio ¹ consigna que por aquellos años, ó sea á la muerte de Marco Aurelio y al ad-venimiento de Commodo, como solo Emperador, tuvo lugar la conversión simultánea en Roma de un gran número de personas ilustres por su nacimiento y poderosas por sus riquezas, y aun añade que familias enteras del patriciado se de-clararon de pronto por la religión proscrita. Los trabajos epigráficos de nuestros días han permi-tido comprobar la veracidad de estos hechos, descubriendo en las Catacumbas de la vía Appia

¹ Lib. v, cap. xxi.

numerosos epitafios de los Annios, los Aurelios y los Elios, todos ellos de familia imperial; pero ¡qué más! Rossi descubrió no ha mucho, en una sala monumental de la catacumba de Pretextato, tan vecina al *pagus Triopiis*, una inscripción de una cristiana enterrada allí, Urania, la hija de Herodes Atico y de su segunda mujer Vibullia Alcia, parienta de Santa Cecilia; ¡á cuántas reflexiones se presta este hallazgo en semejante sitio! Y hasta se dió el caso de un senador, Apolonio, acusado de cristiano, leyendo su propia defensa ante el Senado y exponiendo en ella con fuerza y elocuencia los motivos de su conversión; cierto que pudo más el odio de los paganos que la elocuencia de Apolonio, que fué decapitado de orden de dicha Asamblea; pero el historiador Eusebio, que alaba la belleza de la arenga del neófito, refiere que su denunciador Severo fué castigado aplicándosele la ley de Antonino el Piadoso.

Este último hecho nos hace recordar que, durante el reinado del cruel Commodo, los cristianos disfrutaron de más tranquilidad que en el reinado del Emperador filósofo, su padre; y es,

como hace observar muy juiciosamente un moderno historiador, que entre los defectos y vicios de Commodo, no tenía el de echárselas de sabio ni de moralista, ni causarle envidia la virtud de personas indoctas; además, este Emperador tuvo á su lado una esposa que, si bien pagana, protegió á los cristianos é impidió, con su ascendiente sobre su marido, el que éstos fueran perseguidos. Marcia, que tal era su nombre, aun hizo más en favor de la Iglesia: pidió al Papa San Víctor una lista de los cristianos desterrados en Cerdeña, condenados al trabajo de las minas, consiguiendo fueran puestos en libertad; entre ellos estaba Calixto, que más tarde fué Papa, y del cual habré de ocuparme en breve.

*
* *

El advenimiento al trono imperial del africano Septimio Severo, el año 193, no fué motivo de zozobra para la Iglesia cristiana; deudor de su vida, en su infancia, al esclavo cristiano Proculus Torpacion, lo conservó á su lado una vez proclamado Emperador, y á la influencia de este servidor fué debida, sin duda alguna, la protec-

ción que Severo dispensó al principio de su reinado á los senadores y senadoras cristianos, que según el testimonio de Tertuliano ¹ eran señalados á las iras del vulgo idólatra, por su abstención á ciertas fiestas cívicas por el carácter marcadamente pagano que éstas revestían.

Así, al expirar el siglo II, nada hacía presagiar que aguardaba á la Iglesia de Cristo un nuevo siglo, en el cual, tan sólo por breves momentos, habían de suspenderse las horribles persecuciones, que comenzando con Septimio Severo, no habían de terminar hasta la de Diocleciano, Maximiano y Galerio, que se propusieron hacer desaparecer hasta el nombre de Cristo, y que produjo en toda la Iglesia tan inmenso número de mártires. Apenas si en el siglo III hay más de dos Emperadores, Alejandro Severo y Galiano, que no se cuenten entre los más ardientes y crueles perseguidores de la Iglesia cristiana, y raro fué el Pontifice de aquella época que no hallara por término de su carrera la corona del mártir. En tiempos tan azarosos para los fieles,

¹ *Ad Scapulam.*

la sangre de los mártires y confesores fué fecunda semilla que produjo numerosos conversos, tan ardientes, tan celosos por la nueva doctrina como los que les precedían en la fe, y natural era que el número de Catacumbas aumentara; precisamente en esta época cambiaron éstas de situación con relación al Estado, en la forma y por las razones que expuse en la conferencia anterior; y ahora es el momento oportuno de ocuparme de algunos detalles interesantes de la historia de la Roma subterránea, que amplían y comprueban cuanto entonces dije.

Elegido San Ceferino para ocupar el solio pontificio, el año 202, fué su primer cuidado nombrar su Archidiácono á Calixto, uno de los desterrados de Cerdeña en tiempo de Marco Aurelio, y encomendarle, entre otras cosas, el cuidado del *cementerio*. El origen y condiciones de este personaje nos ha sido conocido por un libelo de autor anónimo, escrito en el siglo III y descubierto en 1851 en la biblioteca de un convento griego: en el *Philosofumena*, que tal es el título del libro, no oculta su autor su odio á Calixto, pero tiene que confesar, á pesar suyo,

las grandes dotes que adornaban á este hombre extraordinario; esclavo en un principio, banquero más tarde en el Foro, desterrado poco después á Cerdeña con otros confesores, dióse á conocer, desde el momento que San Ceferino le investió con altos cargos, como hábil organizador, como hombre de Estado, y más tarde como enérgico sostenedor de los derechos de la Iglesia frente á las pretensiones de los paganos, y autor de reglamentos útiles á la disciplina de la Iglesia, confiada á su cuidado.

Las investigaciones de Rossi han demostrado que los Cecilios cedieron su catacumba á la Iglesia de Roma, y que bajo la dirección de San Calixto se emprendieron tales trabajos de excavación en la misma, al amparo del favor que el Emperador Alejandro Severo dispensó á los cristianos, que al poco tiempo este cementerio adquirió tan vastas proporciones, que ya no se designó, como los demás, con el nombre de la familia ó personaje que los había construído, ni de los mártires ilustres que en ellos descansaron, sino que se le llamó simplemente *el cementerio*, y su cuidado se confió por el mis-

mo Pontífice á su Archidiácono, á diferencia de los otros cementerios ó Catacumbas que, abscritos á los diversos títulos ó Parroquias de Roma, estaban atendidos por los respectivos sacerdotes ó párrocos.

Las recientes persecuciones habían demostrado la poca seguridad que ofrecía la catacumba Vaticana para servir de lugar de reposo á los sucesores de San Pedro, y hubo de pensarse en disponer en el nuevo cementerio una cripta para enterramiento de los Papas; así lo realizó San Calixto, procediendo á abrir un nuevo *cubiculum*, donde trasladó el sarcófago que contenía el cuerpo de Santa Cecilia, y disponiendo el primitivo hipogeo de la Santa para *cripta de los Papas*.

No transcurrieron muchos años sin que falleciera San Ceferino, que ocupó, según el *Liber pontificalis*, el primer sitio que se le había asignado en el nuevo cementerio, y fué elegido para el solio pontificio San Calixto. En tiempo de este Pontífice tuvo lugar la traslación de los cuerpos de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo al sitio mismo de la vía Appia don-

de los primitivos cristianos de Oriente los habían ocultado á luego de su martirio; pero San Calixto tomó toda clase de precauciones para que tan preciado tesoro no pudiera ser descubierto por los paganos: hizo frabricar un pozo (*plutonia*), en el fondo del cual dispuso una cámara sepulcral capaz sólo para dos sarcófagos, (tal como hoy día puede verse); no es de extrañar que al rededor de este monumento se abrieran en seguida galerías y *cubicula*, y que esta región de la Roma subterránea, donde en el mismo siglo fué enterrado el Gran Mártir San Sebastián y se construyó más tarde su basílica, fuese solicitada con gran empeño por muchos cristianos como lugar para su sepultura, deseosos de reposar cerca de tumbas tan veneradas; de aquí el nombre de *Kata-tumbas* con que de muy antiguo (como ya en otra ocasión he manifestado anteriormente), se designó este lugar, y que con tanta impropiedad desde el siglo xvi sirvió para designar todos los cementerios cristianos de Roma.

No disfrutó San Calixto del derecho de repo-

sar en el cementerio por él construído y que hoy lleva su nombre; habiendo comprado una *taberna meritoria* que consagró en iglesia, y que hoy es la Basílica de Santa María del Trastevere, se produjo una excitación tal entre los paganos, que degeneró en tumulto, durante el cual asesinaron al enérgico Pontífice, arrojando su cadáver á un pozo, no lejos de la Basílica trasteveriana, como aun puede verse en la iglesia de su advocación; la sedición no permitió trasladar el cuerpo del mártir á la vía Appia, y fué depositado en la *catacumba de la vía Aurelia*.

Los Santos Urbano, Ponciano, Antero y Fabriano, que sucedieron á San Calixto, reposaron en el cementerio de su nombre en la vía Appia, en la cripta de los Papas, muy cerca de la cual el último de los mencionados construyó un pequeño edificio de tres ábsides, que aún subsiste, y al cual los peregrinos del siglo iv y siguientes designaron con el nombre de Basílica de Santa Cecilia y San Sixto, á causa de la vecindad de sus tumbas, las más célebres de todas.

San Cipriano ha celebrado la intrepidez con que por este tiempo aceptó San Cornelio la cá-

tedra pontificia, en el momento en que el Emperador Decio se hallaba poseído de un furor tal contra la Iglesia, «que prefería ver surgir en el Imperio un competidor, á dejar reemplazar en Roma el Pontífice de los cristianos;» así es que el término de su carrera no podía ser otro que el martirio; pero antes tuvo tiempo, á instigación de una pariente suya llamada Lucina, segunda que ilustraba tal nombre, de trasladar á sus primitivos sepulcros los cuerpos de los dos grandes Apóstoles de Roma, que por espacio de más de treinta años habían reposado en el fondo de la sombría *plutonia*. San Cornelio fué depositado, después de su martirio, en un *cubiculum* de la catacumba de Santa Lucina; y por una excepción, muy digna de notarse, su epitafio está escrito en latín, y no en griego, como el de los otros Pontífices del mismo siglo.

Después de los pontificados de San Lucio y San Esteban, depositados también en la cripta de los Papas, sucedió San Sixto II, cuyo martirio, en tiempo del Emperador Valeriano, tuvo lugar, en tales circunstancias, que conmovió hondamente á la Cristiandad y fué causa de que

su memoria se perpetuara en Roma, despertando la admiración de los fieles hasta muchos siglos después del triunfo de la Iglesia. Valeriano fué el primer Emperador que, comprendiendo que el centro de la vida del Cristianismo en Roma se hallaba en las Catacumbas, prohibió, bajo pena de la vida, el que ningún cristiano entrara en ellas; entonces fué cuando hubieron de tomarse grandes precauciones en la catacumba de San Calixto, para impedir que la cripta de los Papas fuera invadida por los paganos, tapiando sus entradas y galerías; pero San Sixto, infringiendo las leyes de Valeriano, presidió desde la cátedra de mármol de la catacumba de Pretextato una reunión de fieles, y durante ella los soldados del prefecto invadieron aquel lugar sagrado y condujeron delante del tribunal al venerable Pontífice, á quien aquél condenó á ser decapitado en la misma cátedra donde dirigía la palabra á los creyentes en el momento de su prisión: esta silla ó cátedra de mármol, teñida con la sangre de tan noble mártir, fué más tarde llevada á la cripta de los Papas y adosada al nicho donde primitivamente estuvo el sarcófago de Santa Cecilia, y allí,

por espacio de siglos, fué objeto de tierna devoción para los peregrinos de los siglos que siguieron á la paz de la Iglesia.

San Dionisio, que sucedió á San Sixto, vió algunos días de paz para sus hijos, gracias á la intervención é influencia de Cornelia Salonina, esposa del Emperador Galiano, que era cristiana, y consiguió detener la persecución. San Dionisio, así como sus sucesores San Félix, San Eutiquiano y San Cayo, fueron depositados en la cripta papal; pero ya en tiempo de este último arreciaban otra vez los vientos de la persecución, inaugurándose la más violenta que vieron los siglos, la de Diocleciano y sus colegas, y ¡extraña coincidencia! este sanguinario Emperador era primo del Santo Pontífice, y entre las víctimas de su crueldad se halló la virgen Susana, sobrina de ambos, hecho no sin precedente en las anteriores luchas entre la verdad y el error, como he tenido ocasión de hacer notar en esta misma conferencia. En esta época de angustias para los cristianos, los papas San Marcelino y San Marcelo fueron depositados en el cementerio de

Santa Priscila, y sus sucesores San Eusebio y San Melquiades en el de San Calixto, pero no en la cripta de los Papas, inaccesible aún por las medidas que en tiempos tan calamitosos hubieron de tomarse para impedir el que pudiera ser descubierta por los paganos, sino en unos *cubícula* particulares, de los cuales en nuestros días se ha descubierto el de San Eusebio.

No quiero pasar en silencio el nombre de un ilustre mártir que durante esta última persecución de la Iglesia dió testimonio con su sangre de la fe que iluminaba su alma, el valiente capitán de la cohorte pretoriana, Sebastián, cuyo cadáver, recogido por una piadosa matrona cristiana, Lucina, la tercera que ilustraba este nombre, fué depositado cerca del pozo que, durante treinta años, había guardado los cuerpos de los Santos Apóstoles; y allí fué también donde más tarde se enterró á esta misma Lucina, después de una vida consagrada al servicio de la Iglesia. Ni puedo menos de recordar á la heroína de la preciosa narración de Wisman, á la ilustre doncella, la menor de esta numerosa familia de mártires y á quien siempre rodearon el amor, el

respeto y el entusiasmo de sus hermanos, á Santa Inés, en una palabra, que inspiró á nuestro compatriota Prudencio ¹ aquella preciosa invocación: «¡Oh virgen dichosa, oh nueva gloria, noble habitante del palacio del Cielo! inclinad hacia nuestro fango vuestra frente, ceñida de una doble corona. El resplandor de vuestro rostro santo, si penetra hasta mi corazón, lo purificará. Todo cuanto os dignáis favorecer con vuestras miradas; todo cuando toca vuestro pie resplandeciente de blancura, se hace puro:» ¡qué mucho que la *catacumba* y la Basílica de la vía *Nomentana* que guardan sus preciosas reliquias, hayan inspirado tan tierna devoción, sin interrupción alguna, desde la época de su glorioso martirio, hasta la época actual, ni que la poesía cristiana haya encontrado en su recuerdo un manantial inagotable de inspiración!

*
* *

«Pero en el reloj de los tiempos sonaba ya la hora de que cesara la era de las persecuciones,

1. *Peristephanon*, XIV, v. 133.

de que luciera la paz de la Iglesia cristiana; la semilla de la virtud, escondida en las Catacumbas y fecundada por la sangre y por las lágrimas de generaciones heroicas, producía ya frutos de santa y civilizadora regeneración;» la Cruz, símbolo del amor del Supremo Hacedor á la mísera humanidad extraviada, dejaba de ser signo de oprobio y escándalo é iba á dominar para siempre el mundo, reverenciándose en los altares é irguiéndose majestuosa sobre los templos, sobre las basílicas y sobre las coronas de los más poderosos Césares. En aquella hora solemne, en aquella hora bendita, las alturas de los cielos debieron resonar con los himnos gloriosos de los modestos héroes, de los millares de mártires que veían realizarse el cumplimiento de sus ardientes deseos, en aras de los cuales habían hecho el sacrificio de su vida, el triunfo del Crucificado, la redención de sus hermanos, y sus frios despojos mortales debieron estremecerse de aquella santa alegría en el fondo de las sombrías Catacumbas donde reposaban el sueño de la muerte.

Grandioso fué el espectáculo que los habitan-

tes de la capital del Imperio pudieron presenciar el día que el Emperador Constantino, uno de los más insignes bienhechores de la humanidad, uno de los soberanos más beneméritos de la historia y de la civilización, realizó su entrada triunfal, y después de pasar por el arco á él dedicado, en cuya inscripción por vez primera no hay alusión á los *dioses inmortales*, enderezó sus pasos á lo largo de la Via Sacra al Foro Trajano, á aquella maravilla que el historiador contemporáneo Amiano muestra «como obra única en su género» en el mundo, imposible de describir, cuyas gigantescas construcciones los mismos dioses hallarían admirables y que los mortales no sabrían volver á edificar.» Y allí, en el más suntuoso de sus monumentos, en la Basílica Ulpia, el Emperador, «rodeado de la doble aureola del soberano bienquerido y del guerrero victorioso», en medio de los senadores y del inmenso pueblo que llena los pórticos y avenidas todas del Foro, dejó oír su voz, pronunciando las palabras que el humilde cronista de San Silvestre ha conservado para gloria de la Cristiandad:

«La triste inquietud de los espíritus no tendrá

»nunca tregua, si un rayo de la purísima luz de
»la verdad no disipa las tinieblas de la igno-
»rancia: ábranse los ojos del alma, y morirá la
»mentira. Renunciemos á supersticiones creadas
»por los ignorantes y mantenidas por los faná-
»ticos: sea adorado el Señor que reina en los cie-
»los. Sabed, pues, todos y cada uno, que abjura-
»mos el error, con ayuda de Jesucristo, á quien
»reconocemos por Dios nuestro, y queremos que
»sus adoradores tengan libremente sus sagrarios,
»y que sus Pontífices gocen de las inmunidades
»hasta aquí concedidas á los sacerdotes de los
»falsos dioses. Para que sea, pues, notorio al
»orbe romano que inclinamos la frente ante Cris-
»to, hemos ya dispuesto erigir un altar en ho-
»nor suyo en el recinto de nuestro propio pala-
»cio.» Jamás discurso alguno de la Corona fué
recibido con mayores muestras de alabanza y
alegría, y la voz del pueblo por espacio de dos
horas resonó en el espacio con esta exclamación:
«¡El Dios de los cristianos es el solo verdadero;
que se cierren los templos y se abran las igle-
sias!»

¡Con cuánta alegría, con qué gozo los humil-

des pobladores de las Catacumbas debieron asistir á este triunfo público y solemne de la verdad, más esplendoroso y conmovedor que todos los triunfos de los caudillos romanos sobre la cumbre del Capitolio!

Permitidme terminar con una observación, que seguramente palpita en la mente de todos vosotros. El gran Constantino, aquel hombre extraordinario, iluminado por la luz de la verdad, se adelanta á su siglo, y comprende con claridad suma que con la libertad de la Iglesia cristiana el verdadero Soberano es el Pontífice, el caudillo pacífico de un Estado que habrá de abarcar todos los pueblos de la tierra en la sucesión de los siglos, y cuyos súbditos serán las generaciones de todas las razas humanas; Roma, la Ciudad Eterna conquistada en noble lid por el sacrificio, por la abnegación de tantas generaciones de heroicos cristianos cual no hay ejemplo alguno en los fastos de la humanidad, será de derecho la capital de este nuevo Imperio, en la cual desde aquel solemne momento holgará todo otro Soberano, así sea el más poderoso Cé-

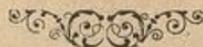
sar; y acatando reverente Constantino, no en vano llamado el Grande, los decretos del Altísimo, traslada la capital del Imperio romano á Bizancio y funda la ciudad que aún lleva su nombre.

¡Cuán desgraciados los pueblos, los gobernantes y los Soberanos que cierran sus ojos á esta elocuente lección de la historia! Podrán, quizás, valiéndose de la perfidia, tomando el nombre de la libertad que escarnecen, consumir una de las mayores iniquidades que registran los anales de la humanidad, y arrojar sobre el siglo de las luces una mancha que la historia señalará siempre á las generaciones futuras, entronizando en la Ciudad Santa una dinastía, instrumento inconsciente de las sectas, y representando una vez más el drama del error oprimiendo á la verdad, sin recordar que el augusto anciano, representación viviente de la humanidad que sufre y ora, podrá repetir á su obcecado carcelero aquellas sentidas frases que Prudencio¹ pone en boca de la joven cristiana: «Vamos, verdugo, quema

¹ Perist, III, 90.

y despedaza. Separa estos miembros formados de barro. Te será fácil destruir este frágil conjunto. Pero, á pesar de todas las torturas, jamás aprisionarás mi espíritu.»

Sí; los hombres pasan, pero la palabra de Dios permanece; siempre la víctima dominará al verdugo por el sacrificio; y cuantas veces se entable la lucha por el espíritu del error, otras tantas se renovará el espectáculo de la era de los mártires, la impotencia de la fuerza contra la verdad eterna.



CONFERENCIA TERCERA

- I. Dias de triunfo.
- II. Devastaciones de las Catacumbas.
- III. Abandono y olvido de las Catacumbas.
- IV. Descubrimiento de las Catacumbas.
- V. Juan Bautista Rossi.
- VI. Conclusión.

Bis de tri...

1. De...

2. De...

3. De...

4. De...

5. De...



SEÑORES:



CON la libertad que Constantino el Grande concedió á la Iglesia cristiana, pudo ésta honrar públicamente á sus hijos predilectos, á los valerosos mártires que dormían el sueño de los justos en el fondo de las sombrías Catacumbas, y á quienes, después de Dios, era debido, en primer término, el triunfo de la verdad, las consoladoras doctrinas que de ella emanaban y la felicidad terrena que la sociedad humana empezaba á experimentar con la práctica de los preceptos evangélicos, germen de la bienhechora civilización cuyos frutos nosotros mismos recogemos.

Nada de extraño tiene que el pueblo romano,

que era el primero en palpar los beneficios de la nueva doctrina, secundara los deseos de su madre la Iglesia, y unido á ella en un mismo deseo, realizara cuantas obras tendieran á honrar la memoria de los mártires tan queridos y á facilitar la visita y el acceso á sus tumbas y á los sagrados cementerios, testigos mudos sí, pero elocuentes, de sus sufrimientos y de sus victorias. Ensancháronse, pues, las escaleras que daban acceso á las Catacumbas, construyéronse desahogadas entradas y robustos muros que sostuvieran las ruinosas galerías y las sombrías criptas, abriéronse inmensos huecos ó *lucernarios* que facilitaran luz y ventilación á los piadosos peregrinos que á diario habían de invadir tan venerados recintos, y la obscuridad misteriosa de las galerías, interrumpida de trecho en trecho por estas ráfagas de luz, no hacía más que aumentar su religioso fervor. Como por ensalmo surgieron sobre la superficie de las Catacumbas multitud de Basílicas, erigidas en honor de los santos mártires depositados bajo ellas en las *confesiones* ó criptas sepulcrales, cuyos muros se recubrieron con

vistosos mármoles y ricas placas de plata «que brillaban como un espejo,» y las *fenestrelas* ó ventanillos que se abrieron sobre los sepulcros y en los *loculi*, permitieron á los fieles contemplar los venerandos restos de los mártires y hacer llegar hasta ellos las cintas de seda ó *branda* que habían de conservar aquéllos como preciosas reliquias y recuerdos queridos del cumplimiento de un ardiente deseo: la visita á los mártires.

Escribiéronse entonces los primeros martirologios ó calendarios que indicaban los diversos días del año aniversario del martirio de cada santo; ¡cuán lacónicas y expresivas eran estas indicaciones! “*XIII Kal. Feb. Fabiani in Callisti et Sebastiani ad Catacumbas;*,” “*XVI Kal. Oct. Via Appia, Passio Sanctæ Cæcilie;*,” siempre el aniversario de un martirio se designa en ellos con uno de estos tres términos: *Natalis, Passio, Depositio*. El calendario ó martirologio más antiguo que se conoce es el del año 354, y muy antiguo también el llamado “*Hieronimanum,*,” cuya redacción se atribuye á San Jerónimo, que sirvió para la redacción de tantos otros á cual



más curiosos, como el publicado por Florentini y el manuscrito descubierto por Rossi en la Biblioteca de Berna.

La veneración que los mártires inspiraban á los habitantes de la Ciudad Eterna, y las demostraciones externas de su culto, nos las refiere San Jerónimo; pero es preciso leer al español Prudencio ¹ para formarse idea del entusiasmo que despertaba en el pueblo fiel el aniversario de los santos héroes. He aquí cómo se expresa en sus poemas el cantor de los mártires: «Cuando después de haber recorrido el círculo de sus meses se renueva el año y trae con la fiesta de su martirio el día de su *Natalicio*, ¡qué innumerables muchedumbres de fieles se empujan ansiosas! ¡Qué conciertos inmensos de voces y oraciones á la gloria de Dios!»

«La augusta ciudad envía allí sus hijos, *quirites* y patricios, todos juntos, movidos por un santo deseo; todos, y los grandes y la falange plebeya, confundidos por el escudo de la fe que precipita sus pasos. Con no menos ardor, bata-

¹ *Perist.*, xi, 155, et seg.

llones de Albanos salen de los muros de su ciudad y despliegan en largas líneas la blancura de sus togas. De todos lados, en todos los caminos se escuchan los estremecimientos de una ruidosa alegría; es que llegan el Picenum y la Etruria. Con ellos corren el salvaje Sanmita, y el Campanies de la soberbia Capua y el habitante de Nola; todos, con sus esposas y sus tiernos hijos, son dichosos y se apresuran. Apenas si los inmensos campos bastan al ardor alegre de la muchedumbre, que se multiplica; aun en medio de la llanura se ven inmensos grupos de gente demasiado compactos, obligados á detenerse. La santa caverna, sin duda alguna, será demasiado estrecha para estas muchedumbres sin número, por espacioso que sea su acceso.» «Desde la mañana se oprimen y empujan para saludar al santo. La muchedumbre que viene á adorarle pasa y repasa hasta la noche. Se besa la placa de brillante plata que cubre la tumba, se esparcen allí perfumes, y lágrimas de enternecimiento brotan de todos los ojos.»

Reservado estaba á otro español, al Papa San Dámaso, que brilló á mediados del siglo iv, dar solemne testimonio, no sólo de su tierna devoción á los santos mártires y de su acendrado amor á las sagradas Catacumbas, sino también de su meticoloso cuidado en reconocer las principales memorias de los héroes cristianos, consignando la verdad de las mismas con su autoridad apostólica, adornando cada sepulcro notable con un mármol, signo de su respeto, y escribiendo en magníficos versos hexámetros largos epitafios, que, aparte de la piedad que respiran, han servido más de una vez de documentos para la historia. Y á fin de iniciar á las generaciones de la paz en los sublimes ejemplos que habían señalado la brillante y terrible época de la lucha, inauguró en estos epitafios un nuevo carácter epigráfico, lleno de grandeza y elegancia, cuajado de bellísimos adornos, que lo hacen distinguir fácilmente de los demás, y sirven de segura guía para hallar actualmente las tumbas de los más ilustres mártires. El calígrafo que ideó y grabó esta espléndida epigraffia, Furius Dionisius Filocalus, se llama asimismo el admi-

rador y amigo del Papa Dámaso (*Damasi Papae cultor atque amator*), elogio harto merecido á un Pontífice instruídísimo, que tuvo de secretario á San Jerónimo y cuya modestia, que corría parejas con su piedad y su saber, ha quedado consignada en la preciosa inscripción que hizo colocar sobre el altar de la cripta de los Papas del siglo III, en la cual aun hoy día podemos leer los inspirados versos latinos, que traducidos á nuestro idioma, dicen: «Aquí es, si tú me lo preguntas, donde reposan los huesos de la muchedumbre de santos cuyas almas han remontado su vuelo hacia los palacios del Cielo; aquí es donde yacen los compañeros de San Sixto, cargados de los trofeos que han conquistado al enemigo; aquí es donde está la muchedumbre de los santos ministros que guardan los altares de Cristo; aquí reposa el Pontífice que vivió gozando de larga paz; aquí están los santos confesores que la Grecia ha enviado á Roma; aquí reposan niños, jóvenes, ancianos y vírgenes. Aquí, lo confieso yo, Dámaso, hubiera deseado enterrar mi mortal despojo; pero temo insultar las cenizas de los santos.»



No dejaron en los siglos que siguieron á la paz de la Iglesia de afluir peregrinos sin cuento á la Ciudad Eterna, cuya piedad no se limitaba á visitar las basílicas é iglesias de la capital del orbe cristiano; las Catacumbas con sus gloriosos recuerdos continuaban atrayendo la visita de estos extranjeros, que deseaban rogar en ellas á la memoria de los santos mártires que con su preciosa sangre habían conseguido la victoria de la Iglesia. Entre todas ellas ninguna despertaba mayor entusiasmo que la célebre cripta papal, donde reposaba el Pontífice Sixto II rodeado de los valerosos Papas anteriores y posteriores á él; esta fué la causa de que otro Pontífice del mismo nombre, Sixto III, que rigió la Iglesia durante la primera mitad del siglo v, hiciera colocar sobre la puerta de entrada á la cripta una lápida de mármol, en la cual se inscribieron los nombres de los mártires más ilustres que reposaban en este lugar sagrado. Aún puede verse el sitio donde existió esta lápida; y en cuanto á la interesante lista, si hoy la conocemos, débese á las minuciosas investigaciones del infatigable Rossi, que ha podido compulsar los nombres en

dos antiguos manuscritos de Closter-Newbourg y Gotwich, donde aparecen copiados á continuación de la gran inscripción de San Dámaso que acabo de citar.

El fervoroso culto que en estos apartados siglos se tributaba á los santos mártires, el entusiasmo y la admiración que despertaban estos modestos héroes, explican el deseo, harto natural de los fieles, de oír la lectura de sus actas en los días de fiesta que les estaban consagrados. En el siglo iv aún se hallaban muy recientes los sucesos que en aquéllas habían de referirse, el recuerdo que despertaban estas heroicas luchas era muy vivo, los testigos presenciales, cuando no los propios actores de los sufrimientos de los discípulos del Crucificado, asaz numerosos, y los documentos oficiales que podían consultarse, no escasos, no obstante la reciente persecución de Diocleciano, para que su redacción no se ajustara á la más estricta verdad, á pesar de lo cual la Iglesia Romana cuidó de juzgar cuáles eran dignas de ser leídas en público con un carácter oficial. Así vemos que San Gregorio el Magno reconoce como documentos auténticos las actas

de Santa Sinforosa, San Justino y Santa Felicidad.

En los siglos siguientes al iv, sobre todo en el vii y viii, los copistas de las actas añadieron, sin escrúpulo, narraciones é incidentes, que pudieran herir vivamente la imaginación de los oyentes y enternecer sus corazones. Pero el estudio que en este siglo se ha hecho de las Catacumbas, los notabilísimos descubrimientos que en ellas se han efectuado, inesperados algunos y corroboración otros de las fuentes históricas ya conocidas, han permitido, al igual de lo que se practica en la restitución de textos clásicos, encontrar el texto original de las actas bajo las copias alteradas: trabajo delicado ciertamente, pero no imposible á una crítica ejercitada, como se ha dado gallarda muestra por Rossi con las actas de Santa Cecilia, redactadas el siglo v, y por Le Blanc con otras varias actas.

*
* *

Con el siglo vi comenzó la era de las devastaciones de las Catacumbas: el año 536, bajo el Pontificado de San Silverio, se vió Roma durante

un año sitiada por los godos mandados por Vitiges; estos bárbaros, no contentos con destruir gran número de los soberbios acueductos que, desde los tiempos del Imperio, abastecían de agua con tanta abundancia á su capital, invadieron los sagrados cementerios, y con mano sacrílega osaron destruir las tumbas de muchos mártires, las inscripciones puestas en su honor y las ricas decoraciones con las que la piedad de Pontífices y fieles habían embellecido estas criptas veneradas.

Pasada esta primera devastación, los Pontífices romanos, comenzando por Juan III, en 572, emprendieron, con los escasos recursos de que podían disponer, por la penuria de los tiempos, la restauración de sitios tan caros al pueblo cristiano, que no cesaba de acudir á visitarlos con la misma piedad, con el mismo entusiasmo que los primeros siglos que siguieron á la paz de Constantino. Así vemos que continuaban ardiendo las lámparas de aceite perfumado delante de las tumbas de los mártires más ilustres que poblaban los vastos cementerios de la Roma subterránea, y que San Gregorio el Magno,

cuyo pontificado cierra el siglo VI, queriendo dar una muestra de paternal cariño, al mismo tiempo que un merecido premio á la piedad de Teodolinda, Reina de los lombardos, mandaba á esta soberana varias ampollas llenas de aceite de estas lámparas y una indicación topográfica de las diversas tumbas cerca de las cuales se habían tomado con tal objeto.

Esta lista preciosa, escrita en un *papyrus* y firmada por un modesto Presbítero llamado Juan, que tan sólo figura con los calificativos de *pecador é indigno*, así como las ampollas mencionadas, con sus etiquetas, se conservan aún hoy día en el tesoro de la iglesia de San Juan Bautista, de la ciudad de Monza, y constituyen un verdadero itinerario de las Catacumbas á fines del siglo VI. ¡Cosa admirable! los descubrimientos y estudios de nuestros días no han hecho más que confirmar la veracidad y exactitud de las afirmaciones del humilde Sacerdote Juan.

Pero la antorcha que en estos últimos tiempos ha iluminado súbitamente la Roma subterránea, y con ayuda de la cual se ha podido dis-

cernir y clasificar cada región, ha sido providencialmente conservada en los *Itinerarios*, en los cuales los peregrinos consignaban apresuradamente lo que más había llamado su atención al efectuar su piadosa visita á las diversas Catacumbas de Roma. Hasta nuestros tiempos no se había sacado partido de estas *guías* de los siglos VII y VIII, las cuales, bien que redactadas por personas poco doctas y alteradas por los copistas, tienen, sin embargo, un precio inestimable, como que contienen las impresiones de testigos presenciales, como nuestras modernas guías de viajeros, y se hallaban, según testimonio del insigne arqueólogo alemán Jordán, ilustradas por la reproducción de los monumentos más notables de Roma. Referir los inmensos servicios que tales guías han procurado al nuevo Colón de las Catacumbas, al insigne Rossi, y hacer la descripción aun somera de las más curiosas, sería tarea que nos llevaría demasiado lejos, distrayéndonos de mi objeto principal; pero séame permitido decir, á título de curiosidad, que las dos más antiguas provienen de unos manuscritos hallados en Saltzbourg en 1777 y se refieren á me-

diados del siglo VII; la tercera, inserta por Guillermo de Malmesbury en su *Historia de Inglaterra*, es también de la misma época; y son tanto más interesantes, cuanto que los itinerarios que describen son distintos, coincidiendo, sin embargo, maravillosamente en los detalles que suministran. No es menos curiosa la copiada por Mabillon de un manuscrito de Einsiedeln, redactada en el siglo VIII, y que más principalmente hace referencia á las sepulturas del cementerio de San Calixto.

La invasión de los lombardos en 755 dió el golpe de gracia á las Catacumbas, pues sus depredaciones y las ruinas que produjeron fueron causa de la grave medida que tomó el Papa Paulo I, mandando abrir muchas tumbas de ilustres mártires y haciendo trasladar sus venerados restos á los títulos ó parroquias, diaconías, monasterios y otras iglesias de Roma. El mismo Pontífice explica en uno los de sus diplomas ¹, los motivos que le indujeron á tomar re-

¹ BOLDETTI.—*Osservazioni*, lib. I, cap. XXII.

solución tan desusada, y paréceme muy oportuno citarlos textualmente: «Por el transcurso de los siglos, varios cementerios de los santos mártires y confesores de Cristo habían sido descuidados y perecían. Vino en seguida la impía invasión de los lombardos, que los arruinaron completamente. Estos bárbaros llegaron hasta excavar las sepulturas de los mártires, y, en medio de estas devastaciones, osaron robar varios cuerpos santos. Á partir de esta época desastrosa, estos lugares no habían sido tratados con el mismo honor, y la negligencia de los fieles con respecto á ellos había reemplazado á su antigua piedad. Se había llegado, es preciso decirlo, hasta dejar su entrada libre á los animales, hasta guardar ganados en ellos.» ¡Qué cambios llevaba consigo la miseria de aquellos tiempos desgraciados, en los que no quedaba á Roma de su antiguo esplendor sino el prestigio del Pontífice, que reinaba tan sólo espiritualmente sobre sus hijos!

En vano fué que más tarde Adriano I, y sobre todo León III, se cuidaran de efectuar algunas reparaciones en estos cementerios, sobre todo en

el de San Calixto: el estado ruinoso de todos ellos, las devastaciones de los últimos tiempos, la inseguridad en la campiña romana, todo explica que estos sitios, tan venerados en los siglos anteriores, se vieran en esta época abandonados por los fieles é hicieran pensar seriamente al Pontífice Pascual I, el año 817, que había llegado la hora de sacar de las Catacumbas las sagradas reliquias de los mártires, á fin de depositarlas en sepulcros más seguros. Así fué como todo su reinado se distinguió por estas solemnes traslaciones á diferentes iglesias de Roma, de cuya importancia podemos formarnos una idea con sólo recordar la vasta inscripción contemporánea colocada en la Basílica de Santa Práxedes: dos mil trescientos cuerpos de santos mártires se mencionan en ella como depositados por Pascual I bajo el altar mayor de la misma y en otras capillas del Monasterio anejo, entre ellos varios Pontífices, vírgenes y matronas ilustres, que prueban que la medida fué radical y se extendió á todas las Catacumbas.

Estas solemnes traslaciones habian de termi-

nar con un suceso milagroso que habia de tener gran resonancia, y del cual voy á tratar con alguna extensión, por referirse á una ilustre mártir que motivó una digresión en mi anterior conferencia, y de la cual habré de ocuparme aún más de una vez en el curso de esta conferencia: me refiero á la insigne patricia Santa Cecilia, cuya Basílica, construída, según sus deseos, sobre su palacio del Trastevere, fué visitada por Pascual I en 821. Dolorosamente impresionado quedó el venerable Pontífice á la vista del estado avanzado de ruina de tan ilustre santuario, y desde luego formó la resolución de reconstruirlo desde sus cimientos, con magnificencia aún mayor que la que se había empleado la vez primera.

Deseoso el Papa Pascual de inaugurar la nueva Basílica colocando el cuerpo de su ilustre patrona bajo el altar mayor, comenzó una serie de investigaciones en las Catacumbas con tal idea, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. Conviene recordar que, desde años antes, corria como muy válida una tradición, según la cual, el Rey de los lombardos había violado la tumba de Santa Cecilia y había robado su precioso te-

soro. Tal celo en estos bárbaros, hechos cristianos, no resultaba inverosímil, pues ya se había visto al Rey Liutprando rescatar á precio de oro, de los sarracenos, el cuerpo de San Agustín, para hacerlo transportar de Cerdeña á Pavía. No era tampoco la vez primera que los modestos guardianes de las Catacumbas evitaban tales robos cerrando con un muro el arco, á flor de tierra, bajo el cual reposaba un sarcófago.

Sin duda por esto no se descorazonó el Papa Pascual, y descendiendo en persona á las Catacumbas, hizo abrir, á su presencia, diversas tumbas, tanto en la cripta papal como en el *cubiculum* contiguo y en otras criptas, pero ninguna de ellas mostró el cuerpo tan deseado de la Santa virgen; así es que, dando ya crédito al rumor popular, desistió de proseguir sus investigaciones. Tan sólo un milagro podía devolver á la ciudad papal tan preciado tesoro, y he aquí cómo el mismo Pontífice en uno de sus diplomas, nos refiere de qué manera se realizó el tal prodigio:

«Por la misericordia de Dios, dice, escuchábamos un domingo por la mañana, delante de la

confesión del bienaventurado Apóstol Pedro, el canto de los salmos. La debilidad de nuestro cuerpo nos hizo caer en un sopor, y nos apareció una joven virgen de gran belleza.» He aquí el diálogo que se entabló entre el Pontífice y la virgen aparecida, quien después de mirar con gran fijeza al primero, le dijo con tono firme: «Tenemos que darte gracias. ¿Por los simples dichos del pueblo, por rumores vanos tan sólo has abandonado las tentativas que hacías para encontrarme? Y, sin embargo, en el curso de tus investigaciones ha habido un instante en el cual te has hallado tan cerca de mí, que hubiéramos podido hablar juntos.»— «Pero, respondió el Pontífice vivamente emocionado: ¿quién eres tú que me hablas con tanto atrevimiento?— Puesto que tú deseas saber mi nombre, dijo el personaje celeste, me llamo Cecilia, sierva de Cristo.—Pero ¿cómo podremos creerte? replicó el Pontífice. Es un rumor esparcido ha ya tiempo que el cuerpo de esta santa fué arrebatado por los lombardos.—En efecto, dijo Cecilia, me buscaron largo tiempo y con insistencia; pero el favor de mi poderosa Señora, la Madre de Dios, siempre Vir-

gen, me ha protegido. Ella no ha permitido que se me llevara lejos de aquí, y he permanecido en el sitio mismo en que siempre he reposado. Tú habías comenzado tus investigaciones; continúaas, porque ha sido del agrado de Dios Todopoderoso, por amor y en honor del cual yo he sufrido, el que me revele á ti. Tú recogerás, pues, mi cuerpo con los otros cuerpos santos que están cerca de mí, y nos depositarás en el *Titulo* que recientemente has hecho restaurar.» Después de estas palabras la visión desapareció, y añade el venerable Pontífice en su diploma: «Á consecuencia de esta manifestación sobrenatural, descartamos inmediatamente todo obstáculo, y nos resolvimos sin vacilación á buscar el cuerpo de la venerable virgen. Por esto es que, mediante la voluntad de Dios y con su ayuda, nos dirigimos prontamente al cementerio de San Sixto ó de Pretextato, fuera de la puerta Appia. Después, como se indicaba muy claramente en la santa pasión de la virgen, hallamos en medio de las sepulturas de nuestros antecesores su cuerpo revestido de telas de oro con el de su venerable esposo. Hallamos también, arrollados á sus pies é

impregnados de su sangre, los lienzos con los cuales se enjugó la triple herida que cruelmente le había sido hecha por el verdugo. Tomando todos estos objetos en nuestras propias manos, los transportamos con honores, así como su santo cuerpo, al interior de la ciudad.»

Bien se echa de ver por la lectura de este diploma, que tiene toda la gravedad de un Título de fundación, que San Pascual se guió en sus primeras investigaciones por el texto de las *Actas* del martirio de Santa Cecilia; y como en ellas se lee que Urbano la enterró *inter colegas episcopos*, sólo se reconoció la cripta de los Papas del siglo III, y no el *cubiculum* contiguo, en el cual, y tocando casi á los *loculi* de aquellos Pontífices mártires, se encontraba el sarcófago de Santa Cecilia en el hueco de un nicho oculto por un muro. Siguiendo las revelaciones de la Santa, fué derribado éste, y abierto el sarcófago apareció el arca de ciprés de que hablan las *Actas* de la Santa; su cuerpo descansaba incorrupto en la misma postura y con la misma vestidura con cíclades de oro que respetó el Santo Urbano al enterrarla después de su mar-

tirio. Llevado de piadosa veneración el Papa Pascual, nada alteró en la disposición de tan preciado tesoro; pero revistió las paredes interiores del arca de ciprés con una tela de seda listada á franjas, llamada *quadrapulum*, y extendió sobre el cuerpo de la virgen mártir un ligero velo también listado y formado de una tela que se llamaba *stauracin*. Reconstruída la Basílica y dispuestos tres sarcófagos de mármol bajo el altar mayor, tuvo lugar la solemne dedicación el 8 de Mayo de 822, y la traslación de las santas reliquias de Santa Cecilia, de su esposo Valeriano, de su cuñado Tiburcio, del escribano Máximo y de los Santos Urbano y Lucio. Depositado en uno de los sarcófagos el incorrupto cuerpo de la Mártir, se selló la losa que lo cubrió, que no debía volver á abrirse hasta ocho siglos más tarde.

Valeriano, su hermano, y Máximo fueron depositados en el segundo sarcófago, no sin haberse tomado antes, de orden del Pontífice, la cabeza de San Tiburcio, que se colocó en un rico relicario de plata, y en el tercer sarcófago fueron colocados los restos de San Lucio y San

Urbano, y al rededor se construyó un espeso muro que cerrara herméticamente el lugar en que reposaban los Santos mártires.

Todos estos hechos están confirmados plenamente por el *Liber pontificalis* en una noticia oficial contemporánea del Papa San Pascual, y aún podemos admirar en la Basílica de Santa Cecilia, en el Trastevere, el magnífico mosaico que en la bóveda del ábside hizo construir este santo Pontífice; entre los personajes que en él aparecen están los santos esposos Valeriano y Cecilia con ricas coronas en sus manos, y el mismo San Pascual, con nimbo cuadrado, para representar que aun vivía, y sosteniendo un pequeño edificio, que significaba la nueva Basílica por él consagrada.

*
* *

Después de las traslaciones de los cuerpos de los Santos mártires, que marcan el pontificado de San Pascual I, el abandono más completo comienza á pesar sobre las Catacumbas; los sarracenos, en sus continuas irrupciones por las campiñas de Roma, destruyen y arrasan las Ba-

silicas levantadas á la entrada de estos asilos subterráneos; tan sólo resisten á su saña y á los estragos del tiempo las que, protegidas por recintos fortificados, como las de San Sebastián y Santa Inés entre otras, ó rodeadas de *pagus*, ó poblados, como las de San Pablo y San Pedro, se hallan en condiciones de ofrecer un obstáculo á tantas causas de destrucción; y no transcurren muchos años sin que el olvido más profundo venga á borrar hasta el recuerdo de los cementerios cristianos, que en la mente de todos no han existido más que en San Pedro y Santa Inés y en las Catacumbas de San Sebastián, únicas que se visitan y conocen por espacio de siglos.

Así, cegadas las entradas de las Catacumbas, desconocida la existencia de estos sitios, regados un tiempo por la sangre y las lágrimas de generaciones heroicas y visitadas más tarde con piedad y entusiasmo sumos por los cristianos que disfrutaron de la paz conquistada por los mártires, ningún ruido turbó en larguísimo tiempo el misterioso silencio de las derruidas galerías y de las sombrías criptas.

Y los siglos que vieron los asaltos de los ejércitos alemanes á Roma, y el año milenario con sus sombríos terrores, y las legendarias hazañas de los cruzados, y la traslación de la Santa Sede á Avignón, y la destrucción del reino granadino, y el descubrimiento de un nuevo mundo, y la brillante época del Renacimiento, y la triste apostasia de los protestantes, pasaron sin que nadie viniera á turbar el sueño de los primeros discípulos del Crucificado, de los que con su sangre habían dado testimonio de la verdad evangélica.

Pero en el momento que la orgullosa Reforma triunfaba y sus fanáticos sectarios pisoteaban los recuerdos más queridos á tantas generaciones fieles, y arrojaban al arroyo los huesos de sus santos protectores, porque recordaban el ejemplo de las santas virtudes que molestaban á un siglo emancipado de las *supersticiones del papismo*, las Catacumbas reaparecen súbitamente con sus *loculi* cuajados de inscripciones, con sus *cubicula* adornados de pinturas suministrando irrefragables pruebas de la unidad de la fe que se ponía en duda, de la antigüedad apostólica

de nuestras creencias que se negaba osadamente. Y al tiempo mismo que la Iglesia Romana lloraba el extravío de sus hijos de Alemania, Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Suiza, un descubrimiento inesperado, el del cuerpo de la joven patricia, la descendiente de los ilustres Cecilios, le hace estremecerse de alegría al ver los transportes de sus hijos fieles, cual si adivinara que llegaría una época en que los pueblos, fatigados de incertidumbre é incredulidad, se volverían hacia la patria universal, en la cual el ideal de la virtud jamás puede extinguirse, porque se le coloca en los altares.

De estos dos hechos, tan fecundos en consecuencias útiles á nuestras creencias, voy á ocuparme actualmente.

*
* *

Un hundimiento que en 1578 tuvo lugar en la antigua vía Salaria dejó al descubierto una serie de galerías de las antiguas Catacumbas con sus sepulcros intactos, recubiertos del polvo que ocho siglos de abandono habian depositado sobre ellos; Roma entera, según nos refiere el gran

Baronius, el autor de los *Anales de la Iglesia*, se conmovió con esta súbita aparición, y todo el mundo quiso visitar esta región de la ciudad subterránea, que era desconocida; un segundo hundimiento volvió á cerrar la entrada, y los sagrados cementerios volvieron á permanecer sumergidos aún en las sombras que los habian invadido hacía siglos. Sin embargo, el que había de ser su nuevo guía, el maltés Antonio Bosio, venía al poco tiempo á la ciudad de los Papas, y al oír hablar desde sus juveniles años de la aparición inesperada del cementerio de la vía Salaria, se le reveló su futura carrera, y la Roma subterránea fué su conquista y el término de sus afanes. Treinta y seis años de su vida dedicó á la gigantesca y asidua tarea de estudiar la antigüedad cristiana, á explorar las Catacumbas, tratando de descubrir su nombre y de rehacer su historia, consignando sus prolijas investigaciones y laboriosos estudios en su inmortal obra *Roma sotterranea*, impresa en 1632, treinta años después de su muerte, traducida al latín poco después y notablemente comentada por el P. Aringhi. Los otros sabios que, cual Boldetti

y Marangoni, durante los siglos siguientes continuaron la empresa comenzada por Bosio, descuidaron el ocuparse de las Catacumbas, para fijar su atención en las inscripciones, pinturas y otros monumentos que en las mismas encontraban: así, como dice un autor, la mina de donde se sacaban tantos objetos preciosos era olvidada por las riquezas que de ella se extraían. Ciertamente que en aquella época todos los monumentos de la antigüedad, lo mismo cristiana que pagana, se exploraban de idéntica manera; las inscripciones y pinturas se copiaban ó se sacaban para ser colocadas en algún museo, sin indicar siquiera de qué sitios provenían, y fácilmente se comprende la negligencia con que se procedía á clasificar cuantos objetos se encontraban en las Catacumbas. Con tal método, si es que así puede llamarse, nada de extraño tiene que estos arqueólogos apenas se dieran cuenta de que el centro de la Roma subterránea, que primitivamente se hallaba en el Vaticano, había sido trasladado á la vía Appia, y es fácil inferir los errores que sustentarian con sólo recordar que un sabio de la talla de Bosio suponía la

existencia del célebre cementerio de Calixto en la vía Ardeatina; á nuestro siglo ha cabido la honra de dar á estos estudios la verdadera dirección, abandonando la rutina que amenazaba hacer estériles tan laudables trabajos, y el jesuíta Marchi y el comendador Rossi han sido, como veremos en la última parte de esta Conferencia, los que verdaderamente han asignado á las Catacumbas su verdadero sitio en los anales de la Cristiandad: pero antes séame permitido ocuparme brevemente del fausto suceso á que he aludido anteriormente, al descubrimiento del cuerpo de Santa Cecilia á fines del siglo xvi.

*
* *

Ocupaba el solio pontificio Clemente VIII, anciano austero que había heredado la varonil energía de sus antecesores, tan necesaria en aquel tiempo de duras pruebas para la Iglesia Católica, y en el Colegio de Cardenales que rodeaba al Santo Padre y donde brillaban lumbreras como Belarmino y Baronius, hacíase notar por su humildad, su ardiente caridad á los

pobres y su ferviente devoción á los mártires, el joven Paulo Emilio Sfondrató, sobrino de Gregorio XIV y discípulo de San Felipe Neri, nombrado á los 29 años Cardenal del Título de Santa Cecilia. La corte pontificia pudo admirar á este Príncipe de la Iglesia habitando una humilde mansión, sin lujo alguno y haciéndose servir á la mesa en vajilla de barro, al mismo tiempo que empleaba su cuantiosas rentas en vestir y socorrer á sus hermanos y en sostener el esplendor del culto en los santuarios.

Sus piadosos sentimientos le habian hecho ir reuniendo, valiéndose de su influencia y de sus riquezas, numerosas é importantes reliquias de los santos mártires, que hizo colocar en preciosos y costosos relicarios. Y cuando más tarde emprendió, á sus expensas y con gran esplendor, la restauración general de la Basílica de Santa Cecilia en el Trastevere, decidió colocar todas las santas reliquias que poseía bajo el altar de la confesión de esta iglesia. Pero el espacio de que podía disponerse entre este altar y la misteriosa región de las tumbas construidas por San Pascual, no bastaba para disponer un sitio

bastante capaz á este sagrado depósito. Entonces fué cuando el piadoso Cardenal, al verse obligado á agrandar este sitio, lleno de un ardiente deseo de hallar el cuerpo de Santa Cecilia, de cuya santa era muy devoto, se decidió á rasgar el fuerte muro sobre el cual descansaba el altar.

Á tal efecto se emprendieron trabajos, que vigilaba en persona el mismo Cardenal, que no permitía se trabajara en sus cortas y forzosas ausencias, y el 20 de Octubre de 1599, después de levantar el pavimento, separar la tierra que bajo él se hallaba y descarnar los cimientos del muro del recinto subterráneo, se abrió en éste con grandísimos esfuerzos un hueco que permitió ver, en la cripta dispuesta bajo el altar mayor, dos sarcófagos de mármol blanco. No permitió Sfondrato que se tocara ninguno de ellos antes de rodearse de cuatro testigos respetables: el Vicegerente del Cardenal Vicario, un Canónigo de Letrán y dos Padres de la Compañía de Jesús, que acudieron en seguida, juntamente con varias otras personas afectas al servicio del Cardenal. Levantada la losa que cubría uno de ellos,

apareció un arca de ciprés, cuya tapa, después de algunos momentos de indecisión, el piadoso Cardenal abrió con sus propias manos, que la emoción hacía temblar, y en aquel solemne momento apareció á la vista de los asistentes la tela preciosa y la gasa de seda que el santo Pontífice Pascual I había colocado sobre los restos gloriosos de la ilustre patricia; á través de este velo transparente, el oro que adornaba las cíclades de las vestiduras de la virgen brillaba á la vista de los espectadores, mudos de admiración y asombro.

El cuerpo de la mártir de la edad heroica del Cristianismo aparecía envuelto en la rica túnica bordada de oro con que, según sus actas, había sido depositada por el Obispo Urbano, y en ella se distinguían aún las manchas gloriosas de su sangre; á sus pies se veían los lienzos teñidos de la púrpura de su martirio. Extendida sobre el lado derecho, los brazos caídos delante del cuerpo, parecía dormir profundamente. El cuello conservaba aún las profundas heridas que la espada del licitor había abierto en él; la cabeza, por una inflexión misteriosa y tierna, estaba

vuelta hacia el fondo del féretro. El cuerpo se encontraba completamente incorrupto, y la posición general, conservada por un prodigio único, después de cerca de quince siglos, en toda su gracia y su modestia, retrataba con la más conmovedora verdad á Cecilia exhalando el último suspiro, echada sobre el pavimento de la sala de baño. ¡Con qué indefinible emoción del fondo de los corazones de aquellos felices personajes, primeros testigos de portento tan inaudito, debieron surgir á sus labios las palabras del Rey profeta: «El Señor guarda los huesos de sus siervos; ni uno solo de ellos se perderá!»

Abierto el segundo sarcófago, se hallaron los restos de los valerosos mártires Valeriano y Tiburcio, cuyos huesos eran tan semejantes, que daban testimonio de que ambos hermanos fueron decapitados casi á la misma edad. También estaban allí los restos de Máximo, cuyo esqueleto acusaba una estatura más elevada que la de los dos hermanos, y cuyo cráneo, fracturado en varios sitios, ¡cosa admirable! no sólo mostraba las señales más evidentes del suplicio que sufrió, sino que lo confirmaba su oscura cabe-

llera, cuajada de seca sangre y adherida á los descarnados huesos.

Corrió Sfondrato á comunicar tan faustas nuevas al Pontífice, que, retenido en su lecho por una cruel enfermedad, comisionó al Cardinal Baronius, al gran analista de la Iglesia, para qué reconociera tan preciosas reliquias. No copio la relación íntegra que este sabio hace de tan grande acontecimiento, pero no resisto al deseo de recordar algunos de sus fragmentos: «Llegados por la noche, llenos de alegría, al Título de Santa Cecilia, dice el célebre historiador, hallamos, en efecto, el venerable cuerpo de Cecilia en el mismo estado en el cual habíamos leído había sido encontrado y colocado en la tumba por el Papa Pascual. Se veía con admiración que este cuerpo no estaba extendido como el de los muertos en sus tumbas, sino que la castísima virgen estaba reclinada sobre el lado derecho como en una cama, las rodillas unidas con modestia, ofreciendo más bien el aspecto de una persona dormida é inspirando un respeto tal que, á pesar del atractivo de una

piadosa curiosidad, ninguno osó tocar las vestiduras que cubrían su cuerpo virginal. Todos nos sentíamos emocionados, llenos de una inefable veneración, como si el Esposo Celestial vigilase el sueño de su esposa.»

No me detendré á exponeros la alegría de Clemente VIII al oír la relación de Baronius; y este anciano Pontífice, que con carácter entero exigía al Rey Bearnés, en el apogeo de su triunfo, pruebas fehacientes de su arrepentimiento antes de otorgarle el perdón y la absolución de su herejía, que humildemente imploraba por medio de sus Embajadores, se emocionaba hasta el fondo de su grande alma con la sola nueva de que se acababan de descubrir los restos de una joven cristiana de la edad de las persecuciones. Apenas sus achaques le permitieron volver á Roma, corrió á visitar el cuerpo sagrado de la virgen mártir, ofreciéndola un presente más rico que el oro y las piedras preciosas, su propio corazón, como lo atestiguaron sus fervientes oraciones, acompañadas de las lágrimas que corrían por sus mejillas.

En su fervor mandó construir, para encerrar

el cuerpo de Santa Cecilia, una magnífica arca de plata maciza, que no pesó menos de 251 libras y por la cual pagó 4.380 escudos de oro; y llegado el 22 de Noviembre de aquel mismo año, que cerraba el siglo XVI, procedió con inusitada pompa, acompañado de todo el Colegio de Cardenales y numeroso Clero, de los Embajadores de varias poderosas naciones y de un público tan numeroso, que desbordaba por las calles inmediatas á las imponentes ceremonias que debían preceder á la deposición de Santa Cecilia y sus gloriosos compañeros, que después de ocho siglos recibían tales muestras de respeto y amor de sus hermanos en la fe, volviendo á ocupar las tumbas que el Papa San Pascual había dispuesto para ellos cuando los trasladó del venerado cementerio de San Calixto.

Los que habéis tenido la dicha de visitar á Roma, y en vuestras excursiones por la Ciudad Eterna habéis encaminado vuestros pasos al clásico barrio del Trastevere, y después de atravesar el anchuroso patio habéis penetrado en la Basílica de Santa Cecilia, recordaréis con cuánta

emoción bajasteis á la capilla que un tiempo fué el *caldarium* ó *sudatorium* de la sala de baños del palacio de los Valerios, donde aun hoy día pudisteis examinar el *hipocausto* con sus cañerías para el vapor, y el rico pavimento de mosaico sobre el cual la santa virgen exhaló su último aliento al tercer día de su martirio; y cuando cumplido este piadoso deseo recorristeis la espaciosa nave de la Basílica para ir á postraros ante el altar donde reposan los mártires, apoyados en la lujosa balaustrada que impide pisar aquel rico pavimento de alabastro oriental y preciosos mármoles, y acercarse al suntuoso sarcófago incrustado de onis, de ágata y de lápiz-lázuli, visteis sin duda alguna bajo el ara santa, al fulgor de las doradas lámparas que la rodean, aquella maravilla de la estatuaria cristiana, aquella obra maestra que inmortalizó al joven escultor Esteban Maderna, reproduciendo en el mármol la imagen del cuerpo glorioso de la mártir, tal como apareció á los ojos del Cardenal Sfondrato y del propio artista encargado de reproducirla fielmente. Pocas obras de arte me han causado emoción más profunda que esta



bellísima estatua, modelo de gracia y modestia; la inspiración cristiana ha guiado el cincel de Maderna, produciendo la ilusión más completa de que se asiste al glorioso tránsito de la joven patricia, se la ve aislarse de los que le rodean, volver modestamente su cabeza, y al exhalar su último suspiro atestiguar, por un supremo esfuerzo, extendiendo los tres primeros dedos de la mano derecha y el índice de la izquierda, que la Unidad de la substancia divina y la Trinidad de las personas, la fe de la Iglesia de Cristo es la creencia por la que da su vida.

No puedo detenerme, por la premura del tiempo, á referir el descubrimiento de los gloriosos restos de la mártir Santa Inés, la heroína de la narración de Wismán, que algunos años más tarde tuvo la dicha de realizar el mismo Cardenal Sfondrato en la Basílica de la Santa, fuera de los muros en la vía Nomentana, ni tampoco puedo ocuparme de la traslación de estas santas reliquias efectuada por el Pontífice Paulo V; pero permitidme recordaros que en una modesta lápida de la cripta de la Basílica



de Santa Cecilia se lee este tierno y sencillo epitafio:

«Paulo Sfondrato, Cardenal Sacerdote de la Iglesia Romana, del Título de Santa Cecilia, pobre pecador y humilde servidor de esta muy Santa virgen, reposa aquí humildemente á sus pies. Vivió 57 años y murió el 14 de Febrero de 1618. Rogad por él.»

*
* *

Tiempo es ya, terminada esta digresión, que es bien pertinente á este lugar, que me ocupe de los notables trabajos realizados en nuestro siglo, que han hecho entrar á las Catacumbas de Roma en el movimiento general de la ciencia histórica. Ya lo he dicho anteriormente: el primero de nuestros contemporáneos que salió de la rutina, en lo que se refería á estos monumentos cristianos, no comprendidos hasta entonces, fué el P. Marchi, jesuíta, del Colegio Romano. Después de años enteros consagrados, casi en exclusivo, al estudio de la antigüedad cristiana y á investigaciones en los hipogeos de los primitivos cristianos de Roma, emprendió la vasta



tarea de escribir una obra magistral que tituló *Los Monumentos del arte cristiano primitivo*; aun cuando las revueltas políticas del 48 interrumpieron su publicación en el primer tomo, que se titulaba *La Arquitectura de la Roma subterránea cristiana*, dejando sin dar á la estampa sus estudios sobre la pintura y la escultura de las Catacumbas. El cementerio de Santa Inés, en la *vía Nomentana*, fué el centro principal y casi único de los estudios é investigaciones del P. Marchi; y él, el primero, combatió la idea de que estos cementerios hubieran sido jamás canteras abandonadas; preludiando de este modo las sabias demostraciones con que el ingeniero geólogo, Miguel Rossi, ha enriquecido la gran obra de su hermano Juan Bautista. Pero, además de estos méritos, el modesto y sabio jesuíta reúne otro, cual es el haber adivinado el talento precoz de Rossi cuando éste era casi un niño, y haber formado á este sabio, que siempre fué su discípulo predilecto. Aun vivió el venerable anciano bastante tiempo para poder envanecerse de los maravillosos descubrimientos que su discípulo había de realizar

al poco tiempo, y de la nueva vía que abría á esta clase de estudios, y que tan fecunda había de ser en brillantes resultados.

Apenas pisaba los umbrales de la juventud el gran arqueólogo, cuya fama hoy es universal en el mundo sabio, cuando un instinto irresistible le arrastraba á la vía Appia, á la cual se le puede aplicar, bajo el punto de vista de la historia cristiana de Roma, el título de *Regina viarum* que le daban los antiguos romanos bajo el punto de vista estratégico. Una construcción extraña que llamó su atención en la viña Amendola, en 1846, y en la cual, bajo su modesta apariencia de bodega de vinos, descubrió desde luego una de las antiguas Basílicas que en las entradas de las Catacumbas se construyeron en los primeros siglos de la paz de la Iglesia, fué su punto de partida.

Examinando cuidadosamente cuantos fragmentos de mármol con restos de inscripciones hallaba por aquellos contornos, y dedicando con paciencia suma todos sus esfuerzos y todo su tiempo á descifrar lo que aquéllas decían, consiguió

que hasta su misma familia le considerara como un loco inofensivo: no desmayó Rossi, sin embargo, y poco después, un insignificante fragmento que allí encontró, y en el cual leyó estas letras: *nelius martyr*, le sugirió la idea de que aquel destrozado mármol debía haber formado parte de la inscripción tumular del Papa San Cornelio, y que la cripta de donde procedía no debía hallarse lejos. Sus vastos conocimientos le permitieron asegurar desde el primer momento que la Basílica era la antigua erigida en honor de San Sixto y Santa Cecilia, y que el cementerio de Lucina debía estar debajo de ella; comunicó su entusiasmo á Monseñor Merode, el antiguo militar belga, entonces Ministro de Pío IX, y gracias á su decidida protección se emprendieron los penosos trabajos de desescombrar las derruídas galerías, hasta que en 1852 una tumba importante llamó su atención, y examinado el *cubiculum*, en el cual era el objeto principal, pudo verse que las pinturas de los siglos VIII y IX que adornaban sus muros representaban varios Santos Obispos, entre ellos el Papa San Cornelio y su amigo San Cipriano.

Reconocidos uno por uno los fragmentos de mármol, que formaban en aquella cripta un montón informe, hallóse uno que decía: *Cor ep*, y que, puesto junto al fragmento hallado tres años antes, se vió que ajustaba perfectamente, formando la inscripción *Cornelius martyr, episcopus*; la circunstancia de que esta lápida encajaba y cerraba perfectamente la tumba mencionada, confirmó las predicciones de Rossi, y quedó fuera de duda que se había descubierto el cementerio de Lucina, y que no era preciso ir hasta las Catacumbas de San Sebastián para hallar el célebre cementerio de San Calixto.

Ya en 1851, Pío IX, emocionado por los notables descubrimientos que se iban realizando bajo la dirección del joven Rossi, había creado la *Comisión de Arqueología cristiana*, nombrando al modesto arqueólogo Secretario de la misma, y por eso, cuando éste con gran entusiasmo manifestó á Merode la seguridad que tenía de que bajo la viña Amendola se hallaría la cripta de los Papas del siglo III y el *cubiculum* de Santa Cecilia, y lo conveniente que sería, para emprender los trabajos, el que el Santo Padre adquiriera

riera la propiedad de la viña, no le fué difícil infundir la misma confianza, idéntica fe, al ilustrado ministro, que se prestó con agrado á transmitir á Su Santidad los deseos de Rossi. El bondadoso Pío IX oyó con sonrisa indulgente la petición, y respondió no muy convencido: «Creo que todo ello no será más que un sueño de arqueólogo; pero como aprecio tanto á Rossi y deseo animarle en sus investigaciones, compraré esa viña tan sólo para darle gusto.»

Pintar la ansiedad de Rossi al dirigir los trabajos que en seguida se emprendieron á través de aquellas interminables galerías y aquellos *cubicula* obstruidos hasta la altura de la bóveda, es tarea superior á mis fuerzas, y el mismo interesado la ha descrito de mano maestra. Otro que no hubiera sido él, hubiera retrocedido en aquella empresa en que todo eran tinieblas é incertidumbre; pero Rossi había estudiado los autores de la antigüedad cristiana, conocía cual el primero la Historia de la Iglesia, era peritísimo en descifrar las inscripciones más borrosas, los itinerarios de los peregrinos le eran familia-

res, y nadie como él sabía hallar un rayo de luz en el más insignificante detalle.

Los piadosos peregrinos, de que nos habla Prudencio, tenían la costumbre de escribir, con un instrumento punzante, su nombre con alguna oración á lo largo de los muros de las escaleras y de las entradas de las criptas más importantes, y de las tumbas más visitadas; esta circunstancia no había escapado al ojo sagaz y á la mente observadora de Rossi, y con cuidado y esmero sumos iba copiando cuantas encontraba en su camino de exploración de las Catacumbas. Estos *graffiti*, que así llaman los italianos á tales inscripciones, le servían de advertencia y guía cuando se acercaba en su camino á la tumba de algún mártir ilustre.

Así fué, que cuando en 1854 llegó á descubrir entre aquel dédalo inmenso de galerías una cámara sepulcral llena de escombros hasta cerca del lucernario, por orden suya comenzóse á sacarlos con cuidado, á fin de examinarlos minuciosamente, sin excluir el menor fragmento. Á medida que aparecían las paredes, pudieronse leer en ellas numerosos *graffiti*, que indicaban

alguna cripta venerada; los peregrinos se dirigían á algún gran mártir, al que pedían para sí y su familia una travesía feliz (*ut Verecundus cum suis naviget*); felizmente pudo leerse en una de las inscripciones un nombre repetido varias veces: *Sancte Suste, libera..... Sancte Suste, in mente habeas.....* se trataba de uno de los grandes Papas mártires del siglo III, de San Sixto, decapitado en la catacumba de San Pretextato; y era muy verosímil que el hábil explorador se hallaba en la cripta papal, en la cual, como sabemos, San Sixto II había sido enterrado con sus colegas después de su martirio.

Aún tardó el infatigable Rossi en poder hacer desechar hasta el menor escrúpulo de duda; pero el despedazado altar que allí se encontró, juntamente con los cinco epitafios ó inscripciones tumulares de Papas martirizados en el siglo III, así como el pequeño poema escrito en mármol que San Dámaso había colocado en esta sala, que los peregrinos de los itinerarios habían leído en aquel sitio, y que fué hallado en la cripta roto en centenares de fragmentos y reconstituído con ciencia suma, demostraron ple-

namente las afirmaciones de Rossi y la importancia de tan brillante descubrimiento. Qué mucho, que cuando poco después, el 11 de Mayo de 1854, el gran Pío IX bajó al venerado hipogeo á visitar las tumbas de sus lejanos predecesores, el modesto sabio, con oportunidad no exenta de legitimo orgullo, exclamara mostrándole las tumbas de aquellos gloriosos Pontífices: «Santísimo Padre, he aquí el resultado de los sueños de un arqueólogo.»

En aquel mismo día pudo asegurar Rossi que hallaría en breve la tumba de Santa Cecilia, recordando á este propósito que la misma santa había dicho á San Pascual, en la visión que referí anteriormente, que había llegado bastante cerca de ella para tener una conversación; así fué, en efecto, y prosiguiendo sus inteligentes trabajos no se pasó mucho tiempo en llegar á un gran *cubiculum* contiguo á la cripta papal, en una de cuyas paredes apareció el sencillo fresco del siglo vi representando á Santa Cecilia en actitud de orante y á un personaje con casulla, con su nombre escrito al lado, San Urbano. Allí

estaba la tumba de Cecilia hallada por segunda vez, y Rossi y sus acompañantes debieron experimentar una alegría semejante á la que embargó el alma del Santo Pontífice Pascual en 821.

No he de seguir en su camino de triunfos al infatigable Rossi; empresa es esta superior á mis facultades y á mis alientos; todo cuanto ha sido materia de mis Conferencias, lo he tomado de su monumental obra *Roma subterránea cristiana* y de sus numerosos escritos del *Boletín de arqueología cristiana*, del cual siempre ha sido el alma; y ahora mismo que los achaques, producidos por el peso de los años y por el no interrumpido trabajo de toda su vida, tienen á este anciano venerable sujeto á la silla, presa de la cruel enfermedad que se llama parálisis¹; su animoso espíritu no decae, y con voluntad que no flaquea y con inteligencia que Dios permite brille en medio de su desgracia, dirige impertérito los trabajos é investigaciones en esa ciudad de las sombras, para él tan querida, y de la cual aún hace surgir raudales de luz que iluminan las

1. Véase el Apéndice.

obscuridades de la era apostólica, de los siglos de la persecución. Valeroso soldado de la verdad, pretende no abandonar su puesto hasta exhalar su último suspiro y morir repitiendo la exclamación que las generaciones de mártires y los pueblos cristianos todos han repetido tantas veces, y que será la última palabra de la tierra el día en que el Triunfador baje de los Cielos: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

*
* *

Dos palabras al terminar el empeño que voluntariamente contraí con vosotros. Prometo no abusar de vuestra paciencia.

Sea la primera el daros las más expresivas gracias por el honor que me habéis dispensado con vuestra asistencia, y por la indulgencia con que os habéis dignado escuchar mis pobres Conferencias, que mejor debiera llamar conversaciones de amigos. Ciertamente, el agradecimiento es la única moneda con que pueden pagarse estas deudas del corazón.

Y ahora os ruego un momento más de aten-

ción. Los móviles que me guiaron al aceptar el honroso encargo de daros estas Conferencias, los expuse con claridad y sencillez la vez primera que me atreví á dirigiros mi desautorizada voz; permitid que os recuerde las mismas palabras:

«Las indicaciones que desde este sitio se hicieron por persona que, por su sagrado ministerio, podía y debía recordarnos el deber que tenemos, todos los que nos preciamos de católicos, de defender y difundir la verdad cristiana, dentro de la esfera de individual acción de cada uno, en la medida de los pocos ó muchos conocimientos que posea.»

Pero, por Dios, no olvidemos que el hombre no es tan malo como parece; y que la mayor parte de las veces, los ataques que dirigen á nuestra sacrosanta Religión, más proceden de las tinieblas que ofuscan su inteligencia, que de la maldad que anida en su corazón.

«La Religión cristiana es tan hermosa, ha » dicho en una obra inmortal un modesto Pá- » rroco ¹, que no es posible dejar de amarla en

¹ MAZO, *Catecismo explicado*.

» llegando á conocerla bien: siempre he visto
» que se la amaba según se la conocía, y que se
» practicaba según se la amaba; así como también
» vi que tanto más se desobedecía y profanaba,
» cuanto más se ignoraba y desconocía.» ¡Qué
verdad se encierra en estas lacónicas frases!

Ni son para olvidadas las graves reflexiones del eximio autor de *El genio del Cristianismo*.

« Nos atrevemos á predecirlo, ha dicho: ven-
» drá un tiempo en que causará admiración
» que los hombres hayan podido desconocer las
» bellezas que existen sólo en los hombres, sólo
» en las palabras del Cristianismo; costará tra-
» bajo comprender cómo se ha podido hacer es-
» carnio de esta religión de la inteligencia y de
» la adversidad.»

Pues bien, obedezcamos tales indicaciones, que siempre las ha hecho y las hace nuestra buena Madre la Iglesia de Cristo: debemos estudiar, aprender é instruirnos los unos á los otros; debemos aborrecer el mal, pero compadecer y ayudar al que cae; todos estamos formados de la misma frágil arcilla; debemos, sobre todo, pedir al Omnipotente inteligencia para conocer

la verdad, corazón para amarla, voluntad para defenderla; y cuando, escudados por la fe, armados de la caridad y animados por la esperanza del triunfo, libremos la batalla que en cualquier instante y por doquier se nos presenta en el mundo, sea nuestro grito de combate:

La ignorancia, he ahí el enemigo.

HE DICHO.



APÉNDICE

Noticia acerca de la vida y obras del arqueólogo
romano Juan Bautista de Rossi.







UANDO se escribieron estas Conferencias aún vivía el ilustre sabio y ferviente católico Juan Bautista de Rossi; en el tiempo que ha mediado hasta que este libro se ha dado á la estampa, la Iglesia Católica y la ciencia arqueológica han experimentado un gran duelo con la pérdida de este hombre extraordinario, que aunaba á su gran saber una modestia y humildad cristianas verdaderamente edificantes.

Seguros estamos de que nuestros lectores leerían con gusto una biografía de este nuevo *Colón de las Catacumbas*; pero siendo materialmente imposible en el espacio de que podemos disponer el intentar esbozarla siquiera, habremos de limitarnos á dar algunas noticias de sus obras, de su carácter y de los últimos momentos de su vida, tomándolas más especialmente de la notable biografía escrita en 1892 por el alemán Baumgarten, y traducida al italiano por el P. Bonavenia con el título de *Giovanni Battista da Rossi, fondatore della Scienza di Archeologia Sacra-Cenni biografici*, del artículo necrológico que á la memoria de su maestro escribió en el acreditado periódico

dico *La Voce della Verità*, á luego de su fallecimiento, uno de sus discípulos predilectos, el arqueólogo Stevenson, y de la conferencia leída por otro arqueólogo, Grossi-Gondi, en la velada celebrada el 18 de Noviembre de este año, por la «Sociedad obrera Juan Bautista de Rossi», en honor del ilustre fundador de la ciencia de la Arqueología sagrada.

El 23 de Febrero de 1822 nació Rossi de padres que, como fervientes católicos, le educaron en el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría. Desde su primera juventud, y aun puede decirse que desde su niñez, cultivó con pasión los estudios clásicos, y poco más tarde, en 1840, terminados sus estudios de Filosofía en el célebre *Colegio Romano* de los PP. de la Compañía, pasó á la Universidad de la Ciudad Eterna, conocida con el nombre de *La Sapienza*, consiguiendo en 1844 alcanzar en la Facultad de leyes el título tan ambicionado de doctor *ad honorem*, previos unos brillantes ejercicios, en los cuales ya demostró los profundos conocimientos que, á pesar de sus pocos años, poseía en Arqueología; casi al tiempo de terminar su carrera fué nombrado *escritor de la Biblioteca Vaticana*, debiendo este puesto tan codiciado al Cardenal Mai, que, como luego se verá, tenía motivos para conocer su valer.

Educado Rossi en el seno de su familia cristiana, chapada á la antigua, desde muy niño había tenido la costumbre de leer diariamente la vida del Santo en el *Año cristiano*; semejante lectura, no sólo formó su carácter religioso y humilde, sino que, como decía él mismo, despertó en él su vocación de arqueólogo cristiano; así es que la vida de los Santos anteriores al siglo VIII, y en especial los de la era de

las persecuciones, ejercían en él verdadera fascinación. Por esto se comprende que, cuando tan sólo tenía once años de edad, su padre le prometiera, como el regalo para él más estimado, un ejemplar de la *Roma sotterranea*, de Bosio, y que á los catorce años se entretuviera en copiar y descifrar inscripciones griegas. En esta ocupación fué sorprendido un día en la galería de inscripciones del Vaticano por el Cardenal Mai, Bibliotecario, quien tan admirado quedó de aquel talento precoz de epigrafista, que desde aquel día se constituyó en su maestro y protector decidido.

Las primeras lecciones de epigrafía las recibió del jesuíta P. Bonvicini, el año 1838, y cuatro años más tarde, hallándose Rossi en el subterráneo de la antigua iglesia de Santa Práxedes, absorto completamente en copiar unas borrosas inscripciones, sintió que le tocaban en la espalda, hallándose al volverse en presencia del sabio P. Marchi, de la Compañía, quien dándole la enhorabuena por su trabajo, le invitó á una conferencia en su celda: en esta entrevista se decidió el porvenir de gloria que le aguardaba, pues el P. Marchi, no sólo le animó á proseguir en sus aficiones, sino que de hecho fué quien le inició en los estudios de Arqueología cristiana; acompañándole, previo el permiso del padre de Rossi, negado hasta entonces, á visitar la catacumba de Santa Inés, ó sea la *Ostriana*, en la vía Nomentana, que el novel arqueólogo veía por vez primera con la emoción que es fácil suponer. Tan íntima llegó á ser la amistad del P. Marchi y de Rossi, tan pocas veces se les dejó de ver juntos, que entre sus amigos eran llamados *los dos inseparables*.

*
* *

Aun cuando los estudios á que más se dedicó Rossi fueron los de Arqueología cristiana, y á ellos debe sus triunfos más ruidosos, sus conocimientos fueron mucho más vastos; y así que las numerosas obras por él escritas pueden dividirse en tres clases. La primera y más importante es la que trata de las antigüedades cristianas. En la segunda se pueden comprender todos los escritos que se ocupan de la epigrafía clásica griega y romana y de la historia de los estudios epigráficos. La tercera comprende un gran número de trabajos referentes á la topografía de la ciudad de Roma y sus contornos, y la bibliografía é historia de la Edad Antigua y Media.

El profesor Gatti, amigo y compañero de Rossi, con motivo de las fiestas celebradas en ocasión del septuagésimo aniversario del nacimiento del erudito arqueólogo, formó el catálogo completo de sus obras, que no ocupa menos de 42 páginas del magnífico álbum conmemorativo de dicho acontecimiento, que fué publicado á expensas de los amigos y admiradores del fundador de la ciencia de Arqueología cristiana. No es, pues, de extrañar, que hayamos de contentarnos con indicar tan sólo algunas de las más importantes, de las que tanto renombre le han dado en el mundo sabio, y entre éstas citaremos en primer lugar su obra: *Inscriptiones christianae urbis Romae septimo saeculo antiquiores*, que apareció en 1861 y es una maravilla de ciencia epigráfica; en su introducción da reglas seguras para investigar si una inscripción pertenece á los tiempos apostólicos, á época intermedia ó á la edad de la paz de Constantino.

Pero su obra maestra, la que más fama le ha dado y más triunfos le ha proporcionado ha sido su *Roma sotterranea cristiana*, publicada en tres grandes volú-

menes con inusitado lujo, de orden y á expensas del inmortal Pío IX; en ella, su autor demostró, además de una claridad admirable y del dominio del asunto, que la Arqueología cristiana era en sus manos una verdadera ciencia, es decir, un conjunto de conocimientos ligados entre sí por principios ciertos, y que en sus investigaciones procedía con sujeción á un verdadero método, pudiendo así predecir de antemano los descubrimientos que iba á efectuar en la exploración de las Catacumbas.

Esta notable obra ha sido traducida, pero reduciendo el asunto, para hacerla más asequible al público, por Spencer Northcot y Mons. Brownlow al inglés, por monsieur Allard al francés, por el profesor abate Kraus de Friburgo al alemán, y finalmente, un resumen de la misma obra se publicó en francés por el Conde Desbassayns de Richemont. Y no sólo se hicieron de cada una de estas traducciones una sola edición, sino varias, á muchas de las cuales el mismo Rossi enriqueció con uno de sus eruditos prólogos.

Hablando de esta obra decía un autor, que al leerla no es sólo la historia de las Catacumbas la que revive á nuestros ojos, sino la historia de la Iglesia; añadiendo un erudito genial, que en ella Rossi nos mostraba el *Almanaque de Gottha*, del tiempo de las persecuciones.

En los tres tomos que van publicados hace referencia á los descubrimientos consecuencia de las excavaciones llevadas á cabo en la catacumba ó cementerio de Calixto; en los últimos diez años de su vida Rossi trabajó con verdadero ardor en preparar la publicación del cuarto tomo, que debía comprender las Catacumbas de Santa Priscila y de Domi-

tilla; pero la muerte le impidió realizar su deseo, aunque, según creemos, las láminas que debían ilustrarlo están todas ellas terminadas.

Otra de las obras colosales, así puede llamarse, de Rossi, fué su *Boletín de Arqueología cristiana*, fundado y escrito por él por más de treinta años, vasto arsenal, continuación y preparación de las dos obras anteriormente mencionadas y tesoro inagotable de disertaciones variadísimas sobre todos los temas de la antigüedad cristiana; no bajan de trescientos los artículos que en esta Revista escribió Rossi, y todos ellos son á cual más interesantes. Los servicios que con este cúmulo de trabajo y con sus notables excavaciones y descubrimientos ha prestado á la causa católica son incalculables, y no es de extrañar que, hablando de él, dijera el Cardenal Pie que había creado un nuevo lugar teológico.

No queremos dejar de mencionar su notable obra titulada *Los mosaicos de las iglesias de Roma anteriores al siglo XV*, ilustrada con magníficas láminas cromolitografiadas y texto franco-italiano, pero que resulta de un precio excesivamente caro.

Entre las obras relativas á la epigrafía clásica, merece citarse el gigantesco trabajo titulado *Corpus inscriptionum latinarum*, de la Academia de Ciencias de Berlín, llevado á cabo en colaboración con el famoso epigrafista Mommsen y con Henzen, director del *Instituto germánico de Arqueología en Roma*. Rossi tuvo el honor de que la Academia de Berlín le invitara á tomar parte en esta obra con una carta asaz laudatoria, que presentó al Cardenal Mai, el Bibliotecario de la Iglesia de Roma; el cual, no sólo le concedió el oportuno permiso, sino que le animó con sus autorizados consejos para que colaborara

en beneficio de las letras y en honor de Roma y de la Biblioteca Vaticana, en la cual ya hemos dicho anteriormente era escritor.

Casi por la misma época Napoleón III encargó á una Comisión de sabios franceses, alemanes é italianos la publicación de *Las obras completas de Bartolomé Borghesi*, y entre aquéllos Rossi fué uno de los principales colaboradores.

En la tercera clase de escritos de Rossi son notables, sobre todo, el *Índice* que formó de los Códices latinos de la Biblioteca Vaticana; los cinco tomos de que consta, y que hacen referencia á más de dos mil seiscientos Códices, representan un trabajo de investigación, una paciencia de benedictino y una instrucción tan extraordinaria, que esta sola obra bastaría para darle fama; pero aún tuvo alientos para escribir la magnífica disertación que sirve de prólogo al curioso inventario ó catálogo de los Códices palatinos, llevado á cabo por los Arqueólogos Stevenson, padre é hijo, de orden de Su Santidad León XIII.

No es posible ni siquiera pasar revista á sus numerosos opúsculos, memorias y artículos publicados, unos sueltos y otros en distintas Revistas; el catálogo de sus obras inserto en el álbum que antes hemos mencionado, no cita menos de ciento ochenta y siete, esto sin contar sus cartas eruditas publicadas en varias obras, y las numerosas inscripciones latinas compuestas por él mismo.

*
* *

Causa asombro que un hombre solo, en cincuenta años, haya podido escribir tal cúmulo de obras y

realizar el inmenso trabajo previo que representan; pero unía á una memoria felicísima una inteligencia privilegiada, una perseverancia que jamás desmayaba, una diligencia siempre despierta, y, finalmente, un riguroso método en sus estudios y tareas. Y aquí viene el hablar de las prendas de su carácter: ya anteriormente hemos hecho notar que ante todo era un ferviente católico, devoto cual pocos de los Santos Mártires; modesto en sus costumbres, y llano y simpático en su trato; desinteresado, hasta el punto de renunciar á varios cargos con que le honró Pío IX, como el de Asesor del Ayuntamiento y Profesor de Sagrada Arqueología de la *Sapienza*; y á este propósito, y como prueba también de lo que aquel Pontífice le apreciaba y quería, creemos pertinente recordar dos anécdotas de su vida.

En su juventud, y cuando comenzó á hacerse notar de Pío IX por sus progresos científicos y por sus notables descubrimientos, no menos que por su irreprehensible conducta y sentimientos religiosos, el Santo Padre le aconsejó que vistiera el hábito sacerdotal, sin duda alguna con idea de que los negocios mundanos no le distrajeran de sus estudios, tan beneficiosos á nuestra Religión, y evidentemente con ánimo de elevarle á las altas dignidades de la Iglesia. No alucinó tan brillante porvenir á Rossi, y supo demostrar con tales razones á Pío IX que en su estado de seglar serviría mejor á la verdad católica, que el Pontífice no volvió á insistir sobre su propósito. El tiempo se ha cuidado de demostrar con cuánto acierto obró Rossi en esta ocasión, pues es dudoso que muchos racionalistas hubieran prestado atención á sus doctrinas, á haber sido expuestas por un Sacerdote.

La segunda anécdota se refiere al Archivo secreto del Vaticano. Al comenzar el año 1870 decidió Pío IX nombrar á Rossi Prefecto de dicho Archivo, entregándole las llaves del mismo, para que pudiese servirse de él á su gusto; la respuesta que con tal motivo dió al Pontífice es asaz curiosa: «Padre Santo, ofrecer á un aficionado á ciencias históricas las llaves del archivo secreto, tan cuidadosamente guardadas hasta ahora, es lo mismo que ofrecerme las llaves del Paraíso; pero no puedo penetrar en él, estoy demasiado engolfado en la Arqueología.»

En tiempo de Pío IX, que tanto distinguió á Rossi, fué éste nombrado Ordenador y Director del Museo Laterano, cuyas inscripciones clasificó con su habitual talento. No era posible que Pontífice tan insigne como el que actualmente rige con vigorosa mano el mundo Católico, León XIII, dejara también de distinguir á esta lumbrera de la Arqueología cristiana, y así fué que desde el comienzo de su Pontificado, el 23 de Octubre del 78, concedió á Rossi un honor que rarísimamente tiene lugar en la Curia romana, agregando el Museo cristiano á la Biblioteca Vaticana y nombrando al ilustre arqueólogo Prefecto y curador de aquél por toda su vida; ni ha dejado el eximio León XIII de animarle y ayudarle en todo tiempo en sus tareas de arqueólogo y epigrafista, y en las excavaciones de las Catacumbas, que han continuado de una manera regular por cuenta de la Santa Sede; en el transcurso de esta narración tendremos lugar de recordar otras distinciones que el sabio católico ha merecido del actual sucesor de San Pedro.

No es posible olvidar que cuando Rossi entregó á Pío IX el primer volumen de su *Roma sotterranea*,

al ver el Santo Padre la dedicatoria, que comenzaba con estas palabras: «*Pio IX Pontifici Maximo Alteri Damaso*», sonrióse con benevolencia y exclamó, dirigiéndose al sabio: «Si yo soy un segundo Dámaso, es porque he encontrado en vos mi San Jerónimo.»

Aunque sea de pasada, bueno es recordar el cariño entrañable que unía á Rossi y á su hermano Miguel, distinguido ingeniero, colaborador asiduo en las excavaciones que aquél dirigía. Así que todos los dibujos que acompañan á la monumental obra, tantas veces citada, la *Roma sotterranea*, son del ingeniero que desarrolló en el texto, con gran talento y claridad, cuanto hacía referencia á la geología y arquitectura de las Catacumbas; inventó además un aparato especial que permitió levantar planos exactos de aquellos verdaderos laberintos subterráneos.

Es digno de llamar la atención que, á pesar de trabajarse hace tantos años en la excavación y desescombrado de las Catacumbas, ruinosas en muchos puntos, no haya habido que lamentar desgracia alguna entre los *fossore*; y de los visitantes, tan sólo se recuerda la del ilustre P. Bruzza, Presidente de la *Comisión de Arqueología cristiana*, á quien una caída en el cementerio de San Hipólito ocasionó ulteriores complicaciones que tuvieron un funesto desenlace. El mismo Rossi corrió grave peligro en diversas ocasiones, pero en todas ellas resultó ileso, por lo cual, cuando refería sus aventuras, decía con gran fe: «Los Santos Mártires me han ayudado siempre.»

*
* *
*

Hombre de talento tan extraordinario en la Arqueología, y de laboriosidad tan envidiable, no es de extrañar que figurara como jefe, puede decirse, de casi todas las sociedades que en Roma cultivan la ciencia de las antigüedades paganas, y cristianas más especialmente. Así fué Presidente de la antigua y renombrada *Academia pontificia de Arqueología*, y Secretario sustituto del Cardenal Presidente de la *Comisión de Arqueología sagrada*; además, á la muerte de su íntimo amigo el P. Bruzza, fundador de la *Sociedad de cultivadores de Arqueología cristiana*, fué nombrado Presidente de la misma por aclamación, cargo que desempeñó sin interrupción hasta su fallecimiento. Finalmente, la Sociedad denominada *Collegium cultorum Martyrum*, fundada en 1878 por algunos jóvenes arqueólogos extranjeros y romanos, le contó en su seno desde su creación, y algunos años después, por renuncia de su Presidente, Mons. De Waal, ocupó esta vacante á petición de sus socios. Este *Colegio* tenía por fin principal el que sus miembros se reunieran mensualmente en alguno de los antiguos hipogeos cristianos, donde un tiempo reposaron mártires ilustres, y celebrar en la cripta de alguno de éstos, y á poder ser en el día de su fiesta, una Misa solemne, que era seguida de una conferencia familiar relativa á la historia del cementerio sitio de la reunión. El éxito que alcanzaron las conferencias, que por espacio de años pronunció Rossi, excede á toda ponderación; ningún extranjero ha visitado Roma en estos últimos catorce años, que no haya tenido ocasión y no se haya apresurado á oír la autorizada palabra de este hombre extraordinario, en el teatro mismo de sus descubrimientos. La claridad y evidencia con que desarrollaba temas

científicos de una manera asequible aun á los profanos á la Arqueología, era asombrosa, y más si se tiene en cuenta que en sus conferencias se dirigía, no sólo á personas de toda edad y condición, sino de distintas creencias, á las cuales conseguía, sin embargo, persuadir.

Á este propósito es útil recordar la siguiente anécdota que se refiere en Roma: «Señor, dijo un día al arqueólogo romano un visitante desconocido: ¿qué impresión causan vuestras palabras sobre los protestantes que conducís á las Catacumbas? — Lo ignoro, respondió Rossi; les digo lo que sé, y no me inquieto por lo demás. — Es que yo soy protestante, replicó el interlocutor, veo la seriedad de vuestros trabajos, la sinceridad de vuestra ciencia; esto me hace reflexionar, y es muy grave.» Y el visitante se despidió al decir esto. ¿Es posible figurarse dónde le habrán conducido estas reflexiones? ¿Habrá nadie, sobre todo, que pueda decir cuántos habrán pensado en buscar, en los escritos de Rossi, el complemento de la luz, cuyo primer rayo habrá herido su vista durante una rápida visita á las Catacumbas, y habrán encontrado la fe en las páginas en las cuales la ciencia sólo hace oír su austero lenguaje?

*
*
*

Desde su juventud Rossi cultivó la amistad de los hombres más eminentes y doctos de todos los países; y desde aquella edad, con el método y orden que siempre fueron rasgos salientes de su carácter, procedió á guardar cuidadosamente ordenadas cuantas cartas recibía que contuvieran alguna noticia interesante á la Historia y á la Arqueología; más de diez

mil cartas tenía coleccionadas de este modo, y es incalculable el arsenal de curiosos datos é interesantes noticias que por tal procedimiento ha tenido siempre á su disposición, y del cual se ha servido en muchas ocasiones de su vida al escribir ó disertar sobre algún punto de sus estudios favoritos, con la profundidad que distingue todos sus trabajos.

Entre los arqueólogos italianos y extranjeros con los cuales tuvo íntima amistad Rossi, además del P. Marchi y el Cardenal Mai, antes citados, conviene recordar al Cardenal Pitra, que de humilde monje benedictino llegó á la alta dignidad cardenalicia y ocupó el puesto de Bibliotecario de la Santa Iglesia Romana; puede decirse que las primicias de los escritos de Rossi fueron para este amigo, pues en su *Spicilegium Solesmense* escribió dos disertaciones, la una el año 55 sobre el ΙΧΘΥΣ de los monumentos cristianos, y la otra sobre las inscripciones cristianas del África. También fué íntimo amigo del Padre Bruzza, hasta el punto que los demás amigos decían en tono de broma que « Rossi y Bruzza eran consubstanciales. »

Entre los alemanes sus amigos fueron Mommsen, el Dr. Kraus, de Friburgo (Baden); Mons. Kirsch, de Friburgo (Suiza), y en especial el Director del Instituto germánico de Arqueología en Roma, Guillermo Henzen, con el cual colaboró repetidas veces y del cual siempre hablaba con gran cariño y entusiasmo.

Rossi cultivó mucho la amistad con los arqueólogos franceses, lo cual le facilitó el que poseyera la lengua francesa, en la cual se expresaba con elegancia y cual si fuera la suya propia, tanto, que muchas de sus conferencias públicas las pronunciaba

en francés. Al Abate Martigny, autor del conocido *Diccionario de antigüedades cristianas*, le distinguió hasta el punto de corregirle y anotarle esta obra para su segunda edición. El Abate Duchesne, continuador del anterior en la traducción del *Boletín de cristiana arqueología*, fué también muy amigo suyo y colaborador en una de sus últimas producciones, la edición crítica del antiguo martirologio llamado *Martyrologium Hieronymianum*. Finalmente, Delisle, el paleógrafo é historiador de la Biblioteca Nacional de París, y los Directores de la *Escuela francesa de Roma*, Le Blant y Geffroy, se han contado entre los amigos del célebre arqueólogo romano; siendo curioso recordar que Le Blant se manifestó arqueólogo á consecuencia de una conversación con Rossi.

Ni en Inglaterra dejó de tener arqueólogos amigos, tales como Spencer Northcote, Brownlow y Lewis, los dos primeros ya citados anteriormente al hablar de las traducciones de la obra *Roma sotterranea cristiana*.

Un escaso número de jóvenes romanos, en estos últimos años, se han dedicado al estudio de las antigüedades cristianas bajo la dirección de tan gran maestro, y éste distinguía especialmente, con el nombre de discípulos, á Armellini, Maruchi y Stevenson, bien conocidos, por sus producciones notables, de cuantas personas se dedican á esta clase de estudios. Finalmente, el Profesor José Gatti, no sólo era el amigo más íntimo de Rossi, sino casi pudiera decirse su confidente y el poseedor del secreto de sus obras, según Baungartem, el cual cuenta además entre los amigos de Rossi á Mons. Galante, de Nápoles, al Abate Cozza-Luzi, Vicebibliotecario de la Biblioteca Vaticana, al Profesor Stornaiuolo, escri-

tor de la misma, al Profesor Scagliosi, al P. Germano, á Mons. De Waal y Mons. Wilpert, al P. Hartmann Grisar, Profesor de Innsbruck, y otros.

*
* *

Ya hemos manifestado anteriormente los honores y distinciones que Rossi mereció de los dos grandes Pontífices Pío IX y León XIII; casi todas las naciones y soberanos de Europa le habían condecorado con diferentes cruces que, dada su ingénita modestia, rara vez ostentaba, como no fuera la Encomienda de la Orden Piana que León XIII le había concedido y estimaba sobre todas las demás. Además de ser socio extranjero de la Academia de París, puede decirse que apenas existe en el mundo civilizado Academia de historia, literatura ó Arqueología que no le contara entre sus socios correspondientes, y numerosas las Universidades extranjeras, en especial las alemanas, que no le hubieran agraciado con el título de doctor *ad honorem*. Pero sobre todo esto, lo que demuestra mejor la admiración que producían sus obras maestras y admirables descubrimientos al mundo de los sabios, es el inusitado honor que se le dispensó por dos veces con motivo del sexagésimo y septuagésimo aniversario de su nacimiento, disponiendo unas fiestas en las que tomaron parte representaciones de las principales Academias y Universidades, y numerosas sociedades científicas y literarias, no ya de Europa, sino hasta de América, contribuyendo á los gastos necesarios á tal objeto muchos soberanos y príncipes, cardenales, órdenes religiosas, sociedades varias y numerosas personas particulares, entre los cuales merece recordarse á

los estudiantes de la Universidad de Berlín y los modestos *fossores* de las Catacumbas.

No habiendo tenido ocasión de ser testigos de la primera de las mencionadas fiestas, que tuvo lugar el 11 de Diciembre del 82, por concesión especial de Su Santidad León XIII, en la gran Aula de los sarcófagos del Museo Laterano, habremos de ceñirnos á recordar que con tan plausible motivo fué acuñada por suscripción pública una medalla á la memoria del arqueólogo Rossi, á quien se ofreció por sus admiradores un ejemplar acuñado en oro. En cambio, cábenos la satisfacción de haber asistido á las fiestas del septuagésimo aniversario del ilustre anciano, y no es para olvidada la grata impresión y el imperecedero recuerdo que de ellas conservamos, ya por presenciar el triunfo del modesto sabio reverenciador de los santos mártires del Catolicismo, que le cuenta entre sus hijos más preclaros, ya porque fué una de las pocas ocasiones en que nuestra querida patria se unió á las demás naciones que alardean de adelantadas y por las cuales, sin embargo, no fué sobrepujada en las muestras de distinción que concedió al nuevo Colón de las Catacumbas. Por eso, aun á riesgo de alargar esta noticia, vamos á dar una ligerísima reseña de aquella solemnidad, que no es para olvidada.

Formóse á principios del año 1892 un Comité promotor, á cuyo frente figuraba el sabio Prefecto de la Biblioteca vaticana Mons. Carini, de imperecedera memoria, que inició una suscripción para erigir un busto en mármol al sabio Rossi en el sitio mismo de sus inmortales descubrimientos, en la vía Appia, sobre el cementerio de Calixto, cerca de la Cripta de los Pontífices y de la mártir Cecilia. Y á fin de que

podieran asistir á la solemnidad que se disponía los numerosos extranjeros y las representaciones de las distintas sociedades que lo solicitaban, pareció mejor al Comité promotor señalar el 20 de Abril, y no el 23 de Febrero, para proceder á descubrir el mencionado busto, obra del escultor Luchetti, que se había colocado en el lado izquierdo de la antigua Basílica triabsidal de los Santos Sixto y Cecilia, que ya se ha mencionado repetidas veces en el curso de estas conferencias, entre las antiguas inscripciones ilustradas y colocadas allí por el mismo Rossi.

Llegado el día señalado, fué numerosa la concurrencia de Prelados y personajes de todas las naciones que tomaron parte en la fiesta; habíase dispuesto á la parte izquierda un estrado, que ocupó el Comité promotor, presidido por Rossi, entre los calurosos aplausos del público que llenaba, no sólo la modesta Basílica, sino que se oprimía en un vasto cobertizo dispuesto delante de la puerta de entrada. De frente al estrado se hallaban las representaciones de las diversas Universidades y Academias de las naciones europeas y americanas, presididas por el Marqués de Pidal, Embajador de España cerca de la Santa Sede, que ocupaba el puesto de honor. Á una señal del Secretario del Comité, Sr. Stevenson, levantóse Mons. Carini, quien á nombre de la *Sociedad cultivadores de la Arqueología cristiana* pronunció un magnífico discurso en italiano, al terminar el cual se descubrió el busto de Rossi entre las aclamaciones del docto público allí reunido. Habló después en correcto latín Mons. De Waal á nombre del *Collegium Cultorum Martyrum*; y tras él, en correcto italiano, el Dr. Petersen, *primer Secretario del imperial Instituto germánico de Arqueología*, dió cuenta del

mensaje dirigido á Rossi por la Dirección Central de este Instituto, cuya residencia es Berlín. Finalmente, Mr. Geffroy, Director de la *Escuela francesa de Roma*, en su idioma patrio, anunció que el Gobierno de la República francesa nombraba al festejado arqueólogo Gran Oficial de la Legión de Honor.

He aquí con qué palabras se refiere la parte que España tomó en esta solemnidad en el álbum oficial que aquel mismo año se publicó á expensas y por el cuidado del Comité promotor. ¹

« Después que terminaron sus discursos los Monseñores Carini y de Waal, y los Sres. Geffroy y Petersen, se descubrió un bajorrelieve en yeso, magistralmente ejecutado en brevísimo tiempo por el señor D. Aniceto Marinas, escultor pensionado de la Real Academia Española de Bellas Artes en Roma, á expensas de S. E. el Marqués de Pidal, Embajador de S. M. Católica cerca de la Santa Sede, de Monseñor Benavides, Prelado doméstico de Su Santidad y Correspondiente de la Real Academia de la Historia, y del Sr. D. Joaquín Pavía y Bermingham, Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y pensionado de mérito de la expresada Academia Española de Bellas Artes en Roma. Dicho bajorrelieve representa al Comendador Rossi, en el acto de explicar al Pontífice Pío IX los notables descubrimientos efectuados en la cripta de los Papas, en el cementerio de Calixto, cuando el día 11 de Mayo de 1854 descendió á visitar las tumbas de sus antecesores halladas por aquel entonces, coro-

¹ *Albo dei sottoscrittori pel busto marmoreo del Comm. G. B. de Rossi e relazione dell'inaugurazione fattane nei di XX e XXV aprile MDCCCXCII sopra il cimitero di Calisto per festeggiare il settantesimo anno del Principe della sacra Archeologia. - Roma, 1892.*

nando de este modo, con su soberano aplauso, el inmortal descubrimiento del ilustre arqueólogo. Esta notable obra de arte se fundirá en bronce. Al pie del bajorrelieve se leía la siguiente inscripción:

PIO · IX · PONTIFICI · MAXIMO
 V · IDUS · MAIAS · ANN · MDCCCLIV
 DECESSORUM · MARTYRUM · CRYPTAM · IN · CALLISTI · COEMETERIO
 INVISENTI
 JOANNES · BAPT · DE · ROSSI
 DE · EA · QVAM · DETEXERAT · SCITE · DISSERIT

Sobre el bajorrelieve había la siguiente inscripción:

IOANNI · BAPTISTAE · DE · ROSSI
 ANNO · LXX · AETATIS · SVAE
 ALIOS · MULTOS · EXOPTAT · HISPANICA · GENS · FELICITER

Al descubrirse el bajorrelieve, S. E. el Sr. Marqués de Pidal, con breves, pero elocuentes frases, anunció que el Gobierno de su país le había encargado oficialmente el tomar parte en la solemnidad; y al expresar á Rossi sus felicitaciones, le anunció que Su Majestad la Reina Regente de España lo nombraba Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica. El anuncio de tan especial y extraordinaria distinción fué saludado con nutridísimos aplausos.»

Acto seguido, Monseñor Benavides pronunció en español un caluroso y patriótico discurso, ensalzando los méritos de Rossi y explicando que el bajorrelieve que acababa de descubrirse no sería extraño que, antes de mucho tiempo, se viera reproducido en

bronce en la cripta del Papa español San Dámaso, que tanto hizo en su época por el culto de los santos mártires. También el laureado pintor español señor Palmaroli, Director de la Academia de Bellas Artes de España en Roma, en castizo italiano saludó al Príncipe de la Arqueología cristiana en frases sentidas, como dictadas por el entusiasmo de artista.

No es posible ni pertinente á este lugar el referir las numerosas comisiones que fueron desfilando por delante de Rossi, ni las numerosas felicitaciones y telegramas á que se fué dando lectura, hasta que terminada ésta, puesto en pie el ilustre sabio tan festejado, con voz que la emoción hacía temblar, narró primero, con aquella claridad y sencillez, con aquella unción religiosa que tanto encanto presta á su palabra, las circunstancias que concurrieron al descubrimiento del cementerio de San Calixto, de la cripta de los Papas del siglo III, y del *cubiculum* de Santa Cecilia, el decidido apoyo que siempre le prestó Pío IX, terminando por dar gracias, ante todo, al Dios Todopoderoso, de quien era instrumento y para cuya gloria había trabajado, y á todas las Naciones, Corporaciones y particulares que acababan de tomar parte en aquella solemnidad, de la cual conservaría grato recuerdo mientras viviera: frenéticos aplausos acogieron el final de este discurso, que cerró la fiesta del primer día. Calurosa fué en esta ocasión, por parte de Rossi, la expresión de sus sentimientos de gratitud hacia la generosa nación española y su Academia, por la Comisión que la representaba, por la honrosa condecoración que le había concedido y de la cual no había tenido noticia hasta el momento que se lo anunció el Embajador Marqués de Pidal, y por el bajorrelieve de

Marinas, que alababa como una notable obra de arte; y á este propósito, grato nos es recordar que Rossi se dignó, no sólo visitar el estudio del modesto escultor español cuando éste modelaba su obra, alabándola cual lo merecía, sino que se prestó á servir de modelo con complacencia suma, procurando además un retrato suyo ejecutado en su edad juvenil, que guiara al artista para representarle con parecido en el bajorrelieve.

Pero de todos cuantos obsequios recibió el anciano arqueólogo en día tan señalado, ninguno le produjo mayor alegría que una notabilísima Carta que Su Santidad León XIII se había dignado escribirle la víspera, felicitándole con afecto sumo en el septuagésimo aniversario de su nacimiento, deseándole largos años de vida para honra de Roma, utilidad de la Iglesia y consuelo de la Santa Sede, y mandándole la Bendición Apostólica para sí y su familia. Esta carta afectuosa y de tanto valor, le fué entregada á Rossi por medio de Monseñor Crostarosa, juntamente con otra del Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de Su Santidad, que probaba la estrecha amistad que ligaba desde hacía muchos años al Príncipe de la Iglesia y al fundador de la ciencia de las antigüedades cristianas.

Á la solemnidad literaria del 20 de Abril se unieron el 25 del mismo mes las solemnidades religiosas, con las cuales terminaron dignamente las fiestas celebradas en obsequio de Rossi, dando gracias á la divina Providencia por haber suscitado un hombre como él para esplendor de la ciencia, é implorando de Dios se dignara concederle aún largos años de vida. Cuantos tuvimos la dicha de asistir á las conmovedoras ceremonias de este día, conservaremos

del mismo un agradable é imperecedero recuerdo durante nuestra vida.

En el centro de la Basílica de los Santos Sixto y Cecilia se dispuso un modesto altar, en el cual, á las nueve de la mañana, el Eminentísimo Cardenal Parocchi, Vicario de Su Santidad, celebró una Misa rezada, á la cual asistió el Embajador de España, para el cual se había dispuesto un reclinatorio en el ábside de la derecha. Terminado el Evangelio, el Cardenal Vicario, ante el numeroso público que llenaba la Basílica, pronunció un bellissimo discurso, encaminado á hacer notar que, por la misericordia divina, en nuestros tiempos los estudios arqueológicos han venido á probar la verdad de la Iglesia Católica, alabando al Todopoderoso, que había permitido los notables descubrimientos de la edad heroica del Cristianismo, realizados por Rossi, y que corroboran la autenticidad de las Catacumbas y de las Actas de los Mártires, terminando su discurso por aconsejar á los discípulos del padre de la Arqueología cristiana pidieran á Dios una gracia: imitar las virtudes de su maestro.

Terminada esta Misa, durante la cual un coro de jóvenes, dirigidos por el Padre Muller, dejó oír á voces solas diversos *motetes* en el estilo gregoriano, cantados con afinación y sentimientos sumos, el insigne Rossi se dirigió á dar gracias al Cardenal, que ocupaba el asiento principal del ábside central, principiando con estas palabras: «Vuestra Eminencia, después de once siglos, ha renovado el Augusto Sacrificio del Altar en este lugar sacrosanto;» imposible describir el efecto de estas sencillas palabras: todos se sienten conmovidos, y no pocos de los asistentes hacen esfuerzos para contener las lágrimas

que pugnan por salir de sus ojos. Y continuó el arqueólogo recordando haber dicho al *nuevo Dámaso*, que aquella pequeña Basílica era la *Sistina* de los primeros siglos; añadiendo que la Sagrada liturgia, solemnemente renovada por el Vicario de Su Santidad en un sitio tan venerado, era un acontecimiento que estimaba como el mejor premio á los incesantes trabajos de su vida, terminando por pedir que aquel lugar venerado fuera restituído al culto.

Celebróse después una Misa solemne, con acompañamiento del coro de la Escuela Gregoriana, cuyos suaves cánticos hacían recordar aquella frase de Pío IX en la cripta de Santa Cecilia: «Si tan bella es la música de este mundo, ¿qué no será la de los ángeles?» y terminó la función litúrgica con un solemne *Te Deum* entonado por el Cardenal Vicario y contestado por los asistentes. Concluído el *Te Deum*, el modesto Rossi, subido en una silla, pronunció, en medio del religioso silencio de los circunstantes, una interesante conferencia en francés, que versó sobre el Cementerio de Calixto y los monumentos que encierra.

La segunda parte de la fiesta del 25 de Abril fué sumamente característica, una comida fraternal: un *agape* de ciento cuarenta personas en una sala dispuesta al efecto en la viña Ferrari, próxima á las Catacumbas de San Calixto; presidióla el Cardenal Vicario, que tenía á su derecha al Marqués de Pidal, Embajador de España, y á su izquierda á Rossi, y ocupaban las mesas las diversas representaciones nacionales y extranjeras y una distinguida y docta concurrencia. Curioso fué el *menú* que hallaron los

convidados, compuesto por el profesor Marucchi. He aquí esta *ordo cœnæ*:

COLLEGIUM · CULTORUM · MARTYRUM
 VII · KAL · MAIUS · A · MDCCCXCII
 OB · NATALEM · LXX · MAGISTRI · NOSTRI
 IOAN · BAPT · DE · ROSSI
 LAETI · ET · HILARES · SOLDALES · EPVLEMVR

HABEMUS · IN · COENA
 IVS · CUM · PARVVLIS · CRVSTIS
 PASTILLOS · CARNIS · ET · FARINAE · SVBAGTAE
 LVMBOS · VITVLINOS · CVM · PISIS
 PVLLVM · IVRE · COAGVLATO · CONDITVM
 EX · PVLLIS · ET · PISCIBVS · PVULTEM
 DVLCIARIA
 CASEVM · ET · MALA
 VINA · ITALICA
 POTIONEM · EX · FABA · ARABICA

SIC · VII · SIC · DECENNALIA
 FELICITER

Al terminar el *agape* brindó el primero el Cardenal Vicario en correcto latín; siguióle Rossi, que al dar gracias á los asistentes terminó con las palabras de una inscripción cristiana del Africa: *Salvete, fratres, puro corde et simplici*, y continuaron varios comensales; terminando el Secretario del Comité promotor, señor Stevenson, para agradecer á cuantos habían tomado parte en aquellas fiestas, y muy particularmente á España, con calurosas frases, que nos es grato reproducir; helas aquí: «Nuestro agradeci-

miento nos obliga á dirigirnos á vos, oh Ilustre Marqués, representante de la Majestad Soberana de España, la misma que hace cuatro siglos acogió á Cristóbal Colón, descubridor de ignoradas regiones. Bebo á vuestra salud y la de la noble y valiente Nación que no ha querido ser sobrepujada por las demás al honrar al nuevo Colón, explorador de los ignorados retiros de las Catacumbas romanas.» Las sentidas frases con que el Marqués de Pidal contestó al insigne epigrafista, fueron el final de aquel fraternal banquete.

Jornada tan llena de emociones terminó con una fiesta religiosa tierna y conmovedora: una procesión en las Catacumbas, durante la cual se entonaba la Letanía de los Santos. Á la numerosa turba del pueblo fiel precede la Cruz en aquellos enmarañados laberintos, alumbrados con miles de luces. «No es posible, decía por entonces un testigo presencial ¹, explicar el efecto de la plegaria elevada allí junto á los sepulcros de tantos Pontífices mártires. Los salmos penitenciales, las Letanías de los Santos, las oraciones, tienen algo que se descubre solamente allí, y por quien tiene alma para comprenderlo.

¿Quién puede repetir lo que dice al corazón el *Oremus pro Pontifice nostro Leone* junto al sepulcro de San Cornelio? La palabra no puede expresar el pensamiento y el efecto producido: que se lo imagine quien no tenga corazón de mármol. Yo he dudado cuando se me ha hablado de conversiones acaecidas en aquellos sitios á la vista de aquellas venerandas ruinas, y parecíame también exagerado

1 *La Libertà Cattolica*, de Nápoles, 26-27 de Abril 1892.

lo que refieren todos: que los mártires habían sido instruidos allá abajo. Hoy creo en todo ello.

Hemos andado cerca de una hora. Hemos estado en la cripta de los Papas y en el *cubiculum* de Santa Cecilia. ¡Cuántas memorias! ¡Cuántos recuerdos santos! ¡Cuánta poesía! La conmemoración no podría resultar más solemne y conmovedora.»

*
**

En los inexcrutables designios de la Providencia no entraba que se cumplieran los deseos de sus hijos fieles; no había de pasar mucho tiempo antes de que el virtuoso anciano, el sabio querido de todos, fuese sorprendido por cruel enfermedad, y tras de dos años de sufrimientos, soportados con cristiana resignación, fuera llamado al juicio por el que todos hemos de pasar. Nadie mejor que uno de los discípulos predilectos del ilustre maestro, el Sr. Stevenson, podía narrar esta última fase de la vida de Rossi, y por eso nos permitimos reproducir el sentido artículo que á la memoria del maestro escribió en *La Voce della Verità* el mismo día de su fallecimiento. He aquí la traducción hecha con la mayor fidelidad posible:

«Una vida preciosa se ha extinguido hoy 20 de Septiembre, á las tres de la tarde, en Castalgandolfo. El Comendador Juan Bautista de Rossi no existe ya. El dolor que oprime nuestro corazón apenas si nos permite escribir, y explicará la brevedad é imperfección de las noticias que hoy consagramos á su cara y venerada memoria.

» En Octubre de 1892 se le manifestaron los primeros síntomas de la enfermedad que debía conducirle

al sepulcro. Los insistentes ruegos de sus parientes y amigos no consiguieron hacerle someterse á ciertos cuidados, que fácilmente hubieran podido atajar los lentos pero continuos progresos del mal. Consagrado enteramente á la ciencia, no quería disminuir el ardor del estudio, que formaba en él una segunda naturaleza.

»Así fué que en Mayo del año siguiente se vió atacado de una parálisis que le privó de todo movimiento de la parte derecha del cuerpo. Todos recuerdan la dolorosa sensación que produjo esta noticia, que fué grave desventura para sus numerosos amigos y admiradores, y triste pronóstico de una catástrofe más dolorosa. Sin embargo, la naturaleza robusta y vigorosa del paciente luchaba con la enfermedad. Su inteligencia se conservaba con plena lucidez. Y era cosa de maravillarse el ver á aquel hombre tan despejado de espíritu, tan feliz de memoria, proseguir infatigable los estudios con juvenil actividad, venciendo las dificultades materiales que le ocasionaban la falta de movimiento de su brazo y la torpeza para moverse que afectaba al resto de su cuerpo. Á pesar del mal estado de salud, brotaba de su pluma, en el corto espacio de tiempo transcurrido desde Mayo del 92, una obra de valor antiguo inestimable, que se publicaba pocos días antes de su fallecimiento. Nos referimos á la edición del *Martirologio Jeronimiano*, preciosa pero intrincada fuente de la antigua agiografía cristiana. Llevaba á cabo este difícilísimo trabajo de crítica en colaboración con el abate Duchesne de París, con la misma facilidad, claridad, elegancia del fraseo latino y profundidad de doctrina que se admiran en las obras de su más vigorosa virilidad. Y aun más: él

encontraba medio de dictar artículos para el *Boletín Arqueológico municipal*, y publicaba varios cuadernos del *Boletín de Arqueología Cristiana*, fundado y escrito sólo por él durante más de treinta años. El último cuaderno del *Boletín*, que salió á luz pocos días antes de su fallecimiento, es una numerosa y docta miscelánea de notables artículos á cual más interesantes.

»El verano del 93, apenas el Pontífice León XIII tuvo conocimiento de que Rossi buscaba, en los saludables aires de Castelgandolfo, un alivio á su enfermedad, ofreció espontáneamente algunas habitaciones del Palacio Apostólico para que sirvieran de residencia al ilustre arqueólogo que tantos servicios había prestado, á la Iglesia con sus doctos trabajos. Y es digna de notarse una coincidencia: hacía veintisiete años que en el mismo Palacio había tenido Rossi el alto honor de presentar, al Sumo Pontífice Pío IX, el primer volumen de aquella *Roma sotterranea*, que es uno de los más grandes monumentos erigidos por él á la ciencia de las antigüedades cristianas, que como tal fué reconocido por la mente sagaz del Papa, al aparecer por primera vez, y como tal apreciado y alabado. Habiéndose repetido el ofrecimiento por el Pontífice reinante León XIII este mismo año, Rossi ocupó nuevamente las habitaciones del Palacio de Castelgandolfo. Allí, en una galería que da sobre el ameno lago, el docto arqueólogo pasaba hace poco las horas de la tarde, y sentado en una modesta silla recibía las frecuentes visitas de los parientes y amigos. Hasta en aquellas plácidas horas de recreo no cesaba de pensar en sus caros estudios, sea discutiendo argumentos científicos, sea ideando nuevas publicaciones. Á pesar de sus sufrimientos, jamás le

faltaba una palabra para los amigos, á menudo jovial, siempre cortés. Á aquellas conversaciones tan amenas añadía gracia y agrado la presencia y la parte que en ellas tomaba su noble esposa Constanza, Condesa Bruno di S. Giorgio, asidua y cariñosa enfermera del querido paciente.

»El viernes 14 de Septiembre comenzó á empeorar el estado de la quebrantada salud de Rossi. Se presentaron los primeros síntomas de una parálisis intestinal, que venía á agravar su lesión cardíaca y la anterior parálisis parcial. El lunes 17 la enfermedad había tomado tal incremento, que suscitó vivos celos.

»Al día siguiente declararon los médicos que apenas si quedaba esperanza alguna de salvar al enfermo. Perdida ya esta última esperanza, el miércoles, á las nueve de la mañana, le fué administrado á Rossi el Santo Viático. Á pesar de la agravación de su dolencia, el ilustre enfermo conservaba aún el pleno goce de sus facultades mentales, saludando cariñosamente á su esposa, á su hija la Marquesa de Ferraioli, á su hermano Miguel y á los numerosos parientes que se habían apresurado á acudir á la cabecera de su lecho. Á las nueve de la noche, entre el amargo llanto de las personas para él tan queridas, recibía la Extremaunción, juntamente con una bendición especial del Santo Padre. Á las once principió la penosa agonía, durante la cual la sana y vigorosa constitución física de Rossi libraba la última lucha por espacio de diez y seis horas interminables. Á las tres de la tarde de hoy jueves 20 de Septiembre, la bella alma de Juan Bautista de Rossi volaba al Cielo á recibir el premio de sus virtudes.»

«Su muerte fué la del justo, decía uno de los testi-

gos presenciales de aquella luctuosa escena, muerte tranquila, serena, absorto en aquellos pensamientos celestiales que los santos mártires inspiraron, sin duda alguna á su panegirista. Una de las últimas oraciones que repitió varias veces con labio moribundo, pero reanimándose su rostro al oírsele al Reverendo P. Carini, que le ayudaba en su agonía, fué esta jaculatoria: *Omnes sancti martyres, orate pro me.*» Sí, los mártires, cuya memoria tanto había honrado recibirían su alma, y de las oscuridades, ya luminosas, de la Roma subterránea, la introducirían en las claridades sin sombra de la Jerusalén celeste. No en vano Baumgarten lo proponía, aun en vida, como ejemplo, más que de sabio, de cristiano devoto profundamente convencido de la verdad de nuestra santa Fe, que ni aun en medio de los mayores éxitos se alejó del sendero de la humildad cristiana.

Los funerales, que por el eterno descanso del alma de Rossi se celebraron en la ciudad papal de Castalgandolfo, fueron suntuosos: el féretro de roble que encerraba su cadáver fué conducido á hombros de los camareros del Palacio Pontificio, engalanados con gran librea de luto, y desaparecía por la multitud de ricas coronas sobre él colocadas: el Municipio de Roma, que bajo otro régimen hubiera tenido el honor de coronar á Rossi durante su vida en el Capitolio, quiso al menos coronarlo después de su muerte.

Sobre la puerta de la iglesia se destacaba la inscripción siguiente:

«Rogad por el reposo—del alma bendita del gran arqueólogo—Comendador Juan Bautista de Rossi—que en la ciencia cultivada por su genio—ha buscado la gloria de Dios.»

Inmenso público y numerosos amigos y representaciones de sociedades de todo género ocuparon las naves del templo, artísticamente adornadas de ricos cortinones negros recamados de plata, y terminadas las honras fúnebres fué conducido su cadaver al Cementerio de Roma llamado Campo-Verano, donde recibió cristiana sepultura.

Terminemos esta reseña de la vida y obras del cristiano arquólogo, con los inspirados pensamientos y calurosos períodos del discurso, ya citado, de Grossi-Gondi.

«¿Por ventura fué la Religión el escollo de la gloria de Rossi? ¿Cortóle aquélla las alas de su genio? ¿Quizás su fidelidad al Pontífice Romano atenuó su fama? No ciertamente; antes bien fueron su sostén más valioso y por lo que llegó al apogeo de su grandeza.

»Á la sombra augusta de la gigantesca mole del Vaticano, el genio humano siente nuevos bríos; allí conquista parte de la verdadera grandeza y de la universalidad que irradia la Sede del Vicario de Dios, que es luz de verdad. Rafael y Miguel-Ángel se rodearon de la misma aureola inmortal que circundó la frente de León X.

»Á su vez, Rossi se ha rodeado de la gloria que por todos los siglos irá unida al nombre de Pío IX y de León XIII, y su nombre será conocido mientras subsista el Papado, hasta el fin de los siglos..... y ahora séanos permitido expresar un deseo: el cuerpo de Rossi reposa en el cementerio Campo-Verano; pero si los ricos pueden reposar en sus fastuosas posesiones; si los Príncipes reinantes tienen el honor de recibir sepultura en los sagrados templos, sea concedido al príncipe de la sagrada Arqueología, al fundador

de una nueva ciencia, al que con esto hizo grande el nombre de Italia y de Roma, que disfrute el reposo sempiterno en el sitio de sus triunfos, allá sobre las Catacumbas de Calixto. Cuando entonces se conduzcan sus restos mortales, volverá á renovarse en toda su belleza la tierna escena que inmortalizó Fracasini: volveremos á ver un cortejo piadoso que camina con solemnidad por la gloriosa vía Appia en dirección á las Catacumbas. Aquél será el triunfo del arqueólogo de los mártires, y allí se encontrará presente toda la Roma cristiana. »



ÍNDICE

	PÁGINAS
<i>Licencia del Ordinario</i>	V
PRÓLOGO.....	VII

CONFERENCIA PRIMERA

I.—Objeto y alcance de estas Conferencias.

¿A qué obedecieron estas Conferencias.....	3
Recuerdos de la infancia.— <i>Los Mártires</i> .— <i>Las Catacumbas</i>	5
Recuerdos de la adolescencia.— <i>Fabiola</i>	6
Ciencia arqueológica.—Pío IX y Rossi.—Derrota de protestantes y racionalistas.—Verdad de las <i>Actas de los Mártires</i> y autenticidad cristiana de las <i>Catacumbas</i>	7
Interés que despierta el estudio de las <i>Catacumbas</i> de Roma.—Límites á que han debido ajustarse estas Conferencias.....	9

II.—Origen, disposición y descripción de las *Catacumbas*.

Origen de las <i>Catacumbas</i> .—Cementerios cristianos.—Dogmas de la resurrección é inmortalidad del alma....	12
Objeciones de los librepensadores.—Inmensidad de las <i>Catacumbas</i> .—Opiniones del P. Marchi y de Rossi.....	14

Disposición de las Catacumbas.—Galerías denichos.—Cámaras sepulcrales.—Sarcófagos.—Basilicas.—Profundidad de las Catacumbas.....	17
Opinión equivocada de que fueron canteras abandonadas.—Nunca se pudo extraer de ellas materiales de construcción.—Sepulcros (<i>fossovi</i>).....	21
Cremación de cadáveres.—Hipogeos paganos, judíos y cristianos.—Diferencias que distinguen unos de otros.....	23
Relaciones de la Iglesia y el poder civil.—Respeto del paganismo á las tumbas.—Eran una propiedad inalienable.—Las primeras Catacumbas cristianas fueron hipogeos particulares.—Aumentan de extensión y cambian de situación.....	25
Esfuerzos de la Iglesia para vivir en paz con el poder civil.—Testimonio de Tertuliano.—La Iglesia pasa á ser propietaria legal de los cementerios cristianos.—Asociaciones para los funerales.—Sus ventajas para la Iglesia. Sus inconvenientes.—Situación doble de la Iglesia con relación al Estado.....	29

III.—Inscripciones de las Catacumbas.

Epigrafía cristiana.—Carácter de la epigrafía pagana.....	40
Diferencias entre el Cristianismo y el paganismo demostradas por los epitafios.....	42
Inscripciones publicadas por Rossi de orden y á espensas de Pío IX.....	42
Empleo en ellas del griego y del latín.—Faltas de ortografía.....	43
Sobriedad é igualdad de los epitafios primitivos.—Testimonio de Lactancio.....	45
Cualidades que recuerdan.—Jerarquías eclesiásticas.....	46

	PÁGINAS
Confirmación de los dogmas católicos.....	48
Ternura de las inscripciones.....	49
Bella respuesta de Rossi.....	49

IV.—Pinturas murales de las Catacumbas.

Comienzos del arte cristiano.—Bellezas del Cristianismo.....	50
Simbolismo religioso.— Poesía y arte.....	51
Pintura.—Escultura.....	53
Primeros signos simbólicos.—Elementos tomados al arte pagano.—Marco y cuadro.—Tipos pictóricos de la antigüedad.— <i>Orfeo</i> .— <i>El Buen Pastor</i>	54
Asuntos de las Santas Escrituras.—Opinión de Rossi.—Asuntos históricos del Antiguo y Nuevo Testamento.....	58
Misión de los Apóstoles.....	60
Signo de la Cruz.....	61
Sacramentos.—Eucaristía.—Monograma de Cristo.....	61
Hombre nuevo ó cristiano.—Resurrección....	63
Heroísmo de la mujer cristiana.— <i>La Virgen Madre</i> .—Pasión de Jesucristo.—Escenas de martirio.—Razón de que aquélla y éstas no aparezcan representadas en las pinturas de las Catacumbas.....	65

CONFERENCIA SEGUNDA

I.—La predicación apostólica.

La historia de las Catacumbas va unida íntimamente á la historia de la Iglesia, sobre todo á la de los tres primeros siglos.....	71
--	----

División de este estudio en tres partes: 1. ^a , desde la predicación apostólica hasta Constantino; 2. ^a , hasta el abandono de las Catacumbas en el siglo ix; 3. ^a , desde el descubrimiento de los hipogeos cristianos en el siglo xvi hasta nuestros días.....	73
En un error refutado por la Arqueología cristiana que la doctrina evangélica reclutó sus adeptos únicamente entre las clases más abyectas.....	74
Misión del Patriciado romano. — El centurión Cornelio. — La cohorte itálica. — <i>Tessera hospitalis</i> . — San Pedro huésped de Cornelio Pudens.....	76
Pomponia Graecina, conocida entre los cristianos por Lucina.....	80
Cementerio <i>Ostrianum</i> . — Cátedra de San Pedro. — Difusión del Cristianismo.....	82
Catacumbas <i>Vaticana</i> y de Santa <i>Priscila</i> , esposa de Cornelio Pudens. — La piadosa Lucina construye las Catacumbas de las vías <i>Aurelia</i> y <i>Ostiense</i> , y la de su nombre en la vía <i>Appia</i> . — Catacumbas de <i>Pretextato</i> , de los <i>Cecilios</i> , y en la vía <i>Ardeatina</i> la de <i>Flavia Domitilla</i> y la de los Santos <i>Nereo</i> y <i>Aquileo</i>	85
Aulus Plautius, el vencedor de Bretaña y los Flavios. — Santa Petronila.....	88
El barrio patricio. — San Cleto y San Clemente. — Martirio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. — Origen histórico de la palabra catacumba.....	90

II.—Los Flavios.

Destrucción de Jerusalén. — La inscripción de Q. C. Pudenciano. — Flavio Sabino, yerno de Lucina. — El cristianismo en la familia de Flavia.....	93
San Clemente y las <i>Actas de los Mártires</i> . —	

Persecución de Domiciano. — San Juan Evangelista. — Mártires, de la familia imperial. — La vestal máxima, Cornelia. — Primer monasterio cristiano.....	96
Catacumbas de Pretextato y de los Cecilios en la vía Appia. — Catacumba de Domitilla en la vía Ardeatina.....	100

III.—Los Antoninos.

Siglo II. — Influencia del Cristianismo en las leyes y en las costumbres del Imperio....	102
Desarrollo del Cristianismo. — Testimonio de Tertuliano corroborado por las Catacumbas.	104
Trajano y su leyenda. — Mártires de esta época. — Elio Hadriano. — Primeros apologistas cristianos. — Santa Sinforosa. — Paz de Antonino. — El filósofo y apologista San Justino.....	107
Marco Aurelio. — Su odio y envidia a los cristianos. — Sus cartas a Fronton. — Odio de los judíos según San Justino. — Santa Felicitas y sus siete hijos. — Descubrimiento de sus tumbas. — Milagro de la legión Fulminante. — Nuevas apologías. — Cruel respuesta de Marco Aurelio.....	110

IV.—La difusión del Cristianismo y Santa Cecilia.

Difusión del Cristianismo en el siglo II. — Riqueza y Caridad de la Iglesia de Roma. — Catacumbas de la vía Appia. — El <i>Pagus Triopius</i> y el <i>locus trucidatorum</i>	115
Las actas de Santa Cecilia restablecidas por Rossi. — Los Valerios. — Amachius. — Martirio de Santa Cecilia. — El Obispo Urbano. — El sepulcro de Santa Cecilia.....	118

Conversiones en las familias patricias.—Urania la hija de Herodes Attico.—El senador Apolonio.—Conmodo y Marcia.....	123
--	-----

V.— Las persecuciones del siglo III.

Septimio Severo y el esclavo cristiano Torpación.— San Ceferino —El <i>Philosofumena</i> .— El cementerio de San Calixto.—La cripta de los Papas.—Traslación de los restos de San Pedro y San Pablo.—La <i>plutonia</i> y las <i>Catacumbas</i>	125
Muerte de San Calixto.— Sus cuatro sucesores.—San Cornelio y el Emperador Decio.— Persecución de Valeriano.—La Cátedra de San Sixto II.....	130
San Dionisio y Cornelia Salonina.—Persecución de Diocleciano y sus colegas.—San Sebastián y Santa Inés.—Invocación del poeta Prudencio.....	134

VI.— La paz de Constantino.

Termina la Era de los Mártires.— Triunfo de la Santa Cruz.....	136
Entrada triunfal de Constantino.— El Foro Trajano.— Discurso de Constantino.....	137
El Pontifice, soberano de Roma.—Constantinopla.—Inicuo despojo del Pontificado.— Palabras del cantor de los Mártires.—Impotencia de la fuerza contra la verdad eterna.	140

CONFERENCIA TERCERA

I. — Días de triunfo.

PÁGINAS

Veneración á las Catacumbas.—Basilicas y Confesiones.—Calendarios.—Testimonio de San Jerónimo y del español Prudencio.....	145
El Papa español San Dámaso.—Sus poesías é inscripciones.....	150
La cripta de los Papas del siglo III.—Las <i>Actas de los Mártires</i> y la reconstitución de su texto primitivo.....	152

II. — Devastación de las Catacumbas.

San Silverio y Vitijes.—San Gregorio el Magno.—La Reina Teodolinda y el aceite de los Mártires.....	154
Itinerarios de las Catacumbas.—Guías de Roma en los siglos VII y VIII.....	156
Los lombardos.—Traslación de los restos de los Mártires.—Testimonio de Paulo I.—Pascual I en el siglo IX.....	158
Reconstrucción de la Basilica de Santa Cecilia.—Investigaciones para hallar el cuerpo de la Santa.—Célebre diploma de Pascual I.	160

III.—Abandono y olvido de las Catacumbas.

Se olvida la existencia de los cementerios cristianos.—El Protestantismo.....	167
---	-----

IV.—Descubrimiento de las Catacumbas.

Hundimiento en el cementerio de la vía Salaria.— Bossio y su Obra.— Primeras investigaciones.— Errores.....	170
Clemente VIII y el Cardenal Sfondrato.— Trabajos para encontrar la tumba de Santa Cecilia y sus compañeros.— Hallazgo del incorrupto cuerpo de la Santa.....	173
Baronius comisionado por el Papa para su examen.— Alegría de Clemente VIII y de la ciudad de Roma.— Fastuosa deposición de los venerables restos de la Santa.....	178
Recuerdos de la Basílica de Santa Cecilia.— La estatua de Maderna.....	180
Descubrimiento del cuerpo de Santa Inés.— Epitafio de Sfondrato.....	182

V.— Juan Bautista de Rossi.

El jesuíta P. Marchi.— Sus obras.— Demuestra que las Catacumbas no fueron canteras abandonadas.— Instruye á Rossi.....	183
Descubre Rossi la Basílica de los Santos Sixto y Cecilia.— Hallazgo de la tumba de San Cornelio.— Monseñor Merode.— Se encuentra el cementerio de Lucina.....	185
Pío IX funda la <i>Comisión de Arqueología Cristiana</i> .— Predice Rossi el descubrimiento de la cripta de los Papas y del <i>cubiculum</i> de Santa Cecilia.— Respuesta de Pío IX.....	188
Trabajos para hallar el cementerio de San Calixto.— Los <i>graffiti</i> de los peregrinos.— La tumba de San Sixto y la inscripción de San Dámaso.— Visita de Pío IX á la cripta de los papas del siglo III.....	188
Rossi encuentra la tumba de Santa Cecilia.— Nuevos triunfos.— Enfermedad de Rossi.—	

Su cristiana resignación y entereza de carácter.....	191
--	-----

IV. — Conclusión.

Término de estas conferencias. — La ignorancia causa de irreligión.— Testimonio de Mazo. — Palabras de Chateaubriand.— Obligación de los católicos.....	193
---	-----

APÉNDICE

Noticia acerca de la vida y obras del arqueólogo romano Juan Bautista de Rossi.

Su educación y estudios.....	199
Sus obras.	202
Honores que le fueron dispensados por Pío IX y León XIII.....	205
Su influencia en las sociedades arqueológicas de Roma.....	209
Sus relaciones con los arqueólogos de varios países.....	210
Las fiestas del septuagésimo aniversario de su nacimiento.	213
Enfermedad y muerte del fundador de la ciencia de la Arqueología cristiana.....	224

